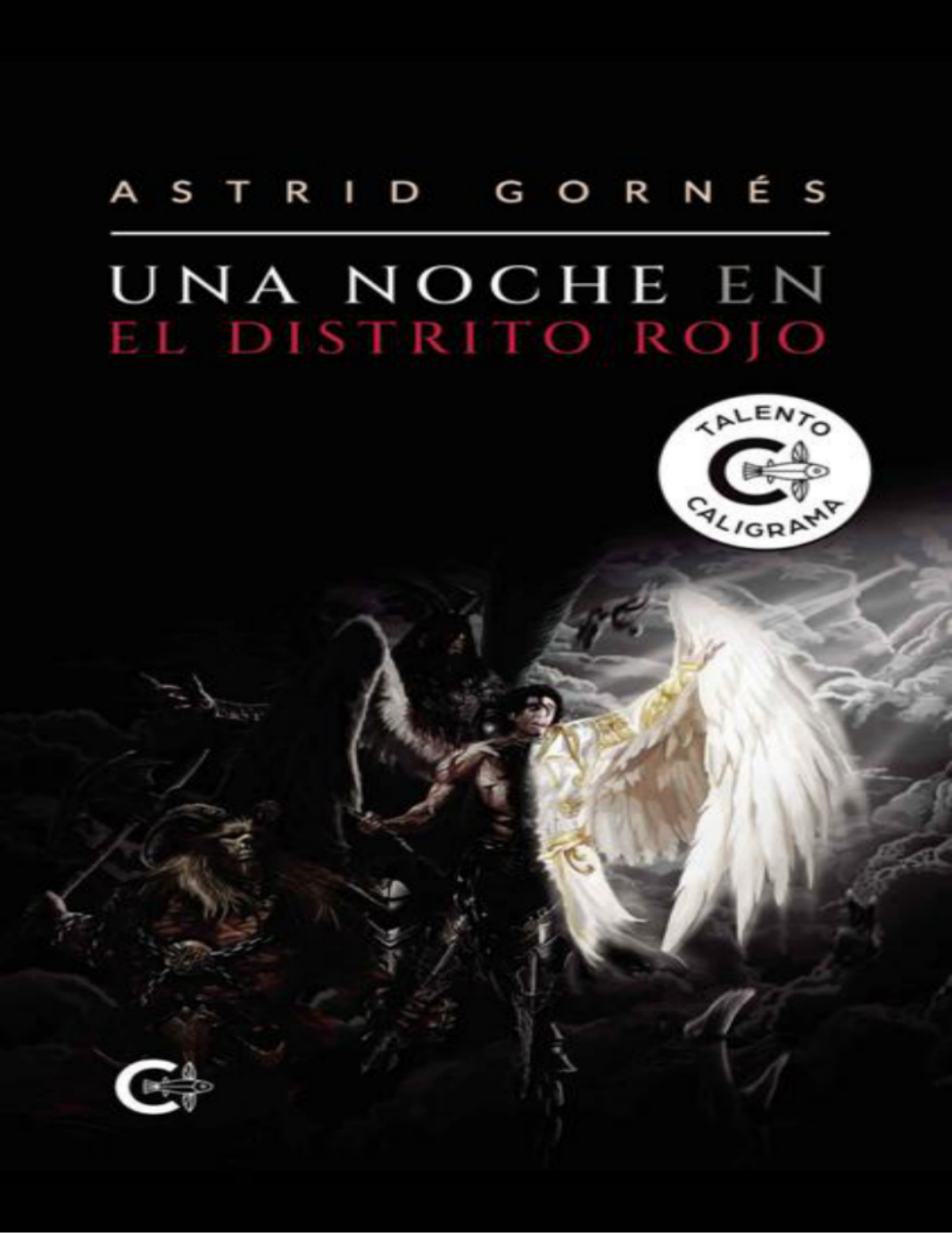
ASTRID GORNÉS

UNA NOCHE EN EL DISTRITO ROJO

TALENTO CALIGRAMA



ASTRID GORNÉS

UNA NOCHE EN EL DISTRITO ROJO

Una noche en el Distrito Rojo

Primera edición: 2022

ISBN: 9788419267320
ISBN eBook: 9788419267825

© Del texto: Astrid Gornés

© Del diseño de esta edición: Caligrama, 2022 www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En la inmensidad de la existencia, a bordo de este mundo frágil, he tenido la alegría de compartir la vida con seres muy especiales:

Papá, que me alienta desde la lejanía del cielo y la cercanía de la memoria

Mamá, cuyo amor es la más fiel compañía en cada escala de mi viaje

Mi hermano, cuyo afecto profundo me sirve de guía en el desorden del mundo

Valeria, Alba y Daniela, amigas que me inspiran en los días buenos y en los no tan buenos

Juanita, compañera de lecturas, tertulias y demás travesuras

Y mi amada esposa Heizel: tu ternura es mi orden; tu pasión es el caos más grato; y nuestro amor es luz que trasciende los límites del tiempo y el espacio.

«En lo profundo de esa oscuridad mirando detenidamente, siempre estuve allí, preguntándome, temiendo, dudando, soñando sueños que ningún mortal jamás se atrevió a soñar antes».

Edgar Allan Poe

«El demonio no es tan negro como lo han pintado».

Dante Alighieri

PARTE I
ORDEN Y CAOS.
UNA CRÓNICA ANTIGUA

«El orden proporciona la estabilidad que anhelamos, pero el caos crea las oportunidades de cambio que necesitamos».

T. J. Kirk

«Los que esperan el orden interior serán sometidos por el caos exterior.

Y los que se rindan al caos interior serán los artífices de un nuevo orden».

T. J. Kirk

La luz que surge en el borde del caos

En primer lugar, existió el Centro Cósmico. Una infinita potencialidad sin extensión. Una nada sin centro, sin sustancia, sin forma; pero llena de todas las posibilidades e imposibilidades.

En un momento sin tiempo, en un instante que ningún reloj pudo medir o registrar, el Centro Cósmico comenzó a colapsar. Las posibilidades que había en su interior pujaron por salir y convertirse en realidades. Y las imposibilidades que yacían en su seno pugnaron por surgir y transformarse en irrealidades.

Y el Centro Cósmico tembló y se quebró y se abrió como una semilla sin principio ni fin, de la que brotaron dos fuerzas opuestas, dos polaridades contrarias.

Una fuerza es la que los humanos llaman Caos. Pues el Caos poda lo que debe ser cortado, desordena lo que no evoluciona por estar estancado y aniquila lo que debe ser suprimido.

Y el Caos engendró a Lucifer, el monarca del reino del Caos, que los humanos llaman Inframundo. Junto a sus generales y capitanes, comandados por su alteza Belcebú, el duque Dantalián, el príncipe Sitri y el conde Viné, Lucifer conquistó el Caos y los confines del Caos durante millones de años, sumiéndolo en las tinieblas, en la más obscena oscuridad.

Y el Caos engendró a Lilith, primera mujer de Adán y primera esposa de Lucifer; a Abrahel, la reina de los súcubos; a Abyzou, el demonio que persigue a las embarazadas; y a Alouqua, la primera hija de Lilith, madre de los vampiros.

Pero en el borde del Caos, ese espacio de transición entre lo oscuro y lo que no es oscuro, esa región de inestabilidad donde fuerzas progresivas y conservadoras luchan desde siempre por el control cósmico, surgió otra fuerza polarizadora, una luz inesperada: una fuerza que los humanos llaman Orden. Y el Orden da forma a lo informe, provee de sustancia a lo insustancial y extiende las infinitas posibilidades de la vida en cada punto del universo.

Y el Orden engendró a Yavé, el primer monarca del Reino del Orden, que los humanos llaman cielo. Y también engendró a sus arcángeles, ángeles y querubines; su alteza Miguel, jefazo de los ejércitos celestes; el arcángel Uriel, el encargado de las tierras y de los templos de Yavé; el arcángel Raguel, el encargado de la justicia, de la imparcialidad y de la armonía; el arcángel Morilón, el vínculo entre el macrocosmos y el microcosmos encargado de controlar el hilo de la vida de los mortales; el ángel Sinahel, el encargado de los espíritus de los humanos que pecan; y el ángel Haziel, guardaespaldas personal de Yavé.

Muchos confunden a Yavé con el Centro Cósmico mismo. Pero, aunque es un ser muy poderoso, no es ni omnipotente, ni omnisciente ni omnisapiente.

Y el Orden engendró a Adán, primer esposo de Eva, y a Eva, segunda esposa de Adán; a Gabriela, la reina de las angelinas; a Dorcas, la angelina que protege a las embarazadas; y a Tabita, la primera hija de Eva, madre de las comadronas.

Y la luz del Orden llenó la oscuridad del Caos con galaxias, estrellas, mundos y satélites que Yavé y sus generales poblaron de seres vivos.

Y abarrotaron las demás dimensiones de la realidad con seres perceptibles e imperceptibles que los humanos, en su folclore, llaman duendes, hadas, elfos. Nombres, por lo demás, inexactos.

Como reacción natural a la acción de los seres del Orden, los

seres del Caos llenaron las galaxias, las estrellas, los mundos y los satélites con sus propias creaciones: demonios, espíritus, fantasmas, genios, hechiceros, brujas, monstruos, cambiaformas y muchísimos otros seres.

Los seres del Orden trajeron vida a un planeta azul, lleno de agua, en el que millones de años después evolucionaron los humanos.

Y pretendieron instaurar su Orden en el mundo de los humanos y les ofrecieron a las mujeres y los hombres la oportunidad de encontrar la paz. Pero la paz de Yavé y sus secuaces aburría a los humanos, quienes no conocían la quietud y la serenidad, el amor o el descanso. Por mucho tiempo, habían vivido en la hostilidad y las intrigas, la guerra y el dolor.

Así que los seres del Orden hicieron lo impensable: penetraron las mentes humanas para hacerlas entrar en razón, pero al hacerlo, los humanos absorbieron sus poderes sobrenaturales. Algo que puso en riesgo el mismísimo equilibrio cósmico de las cosas.

Y cuando los seres del Caos se dieron cuenta de la iniciativa de los seres del Orden, ellos hicieron lo mismo: penetraron en las mentes humanas, quienes absorbieron los poderes sobrenaturales de los demonios dejando a los poderes del Orden sin efecto sobre la humanidad. Solo unos pocos conservaron los poderes maestros de la luz y la oscuridad, una congregación a quienes se les conoce como los Apolíneos, entidades celestes y los Dionisíacos, existencias caóticas, un grupo de humanos con habilidades extraordinarias de ambas deidades.

Y así, influidos por las majestades caóticas, el resto de los humanos estuvieron condenados a vivir en la tortura, la lujuria, el desasosiego y el fuego eterno, por los siglos de los siglos.

De tal forma, en la infinitud del tiempo cósmico, la realeza del inframundo no permite que los seres del Orden cumplan su armonioso cometido con los seres humanos. Y, a su vez, los arcángeles, ángeles y querubines sabotean y desbaratan toda iniciativa de las Majestades

Satánicas.

A veces, los Jerarcas Celestes y las Majestades Satánicas luchan personalmente. Pero en ocasiones, delegan ese eterno combate a ejércitos de demonios, fantasmas, brujas, hechiceros, taumaturgos y engendros maléficos que enfrentan a ángeles, arcángeles, querubines, angelinas, ninfas y demás entidades celestiales.

Los cuentos de este libro narran los encuentros y desencuentros entre lo humano y lo divino; entre la carne y el espíritu; entre lo seráfico y lo demoníaco; entre lo natural y lo sobrenatural.

Y es que el Reino Celeste y el Inframundo, las creaciones de los Jerarcas del Orden y las Majestades del Caos habitan un único cosmos, dividido en múltiples dimensiones que se cruzan y entrecruzan.

Los seres que habitan este libro forman parte de ese cosmos en el que, por ahora, estás leyendo sano y salvo estas líneas.

Por eso, presta mucha atención.

Porque tú, al leer estas páginas, podrías convertirte en el próximo ser redimido por el amor de los Jerarcas Celestes o transformarte en la próxima víctima sacrificada por la insaciable sed de venganza de las Majestades Satánicas.

El Lucero del Alba

Hace miles de años existía un hermosísimo ángel llamado Samael, arcángel de la fuerza y de la voluntad. Era el jefe del quinto cielo y uno de los siete regentes del mundo. Residía en el séptimo cielo, también llamado Geburah. Era servido por millones de ángeles. Sin embargo, pese a sus privilegios, se rebeló contra los seres del Orden, incluido el mismísimo Yavé, máximo regente.

Fue, por mucho tiempo, ejemplo vivo de una extraordinaria belleza y una inteligencia sagaz. Pero la presunción, la insolencia y, sobre todo, la soberbia le hicieron perder su bendito trono en los cielos. Su carácter altivo terminó transformándole en ángel caído. Y cuesta abajo en su rodada, al final de su larga caída libre, el maldito Samael se precipitó al planeta Tierra.

Desde hace siglos ha recibido innumerables apelativos:

- Príncipe de los demonios
- Mentiroso
- Padre de la mentira
- Pecador desde el principio
- Homicida desde el principio
- Tentador
- Maligno
- Señor de la Muerte
- Dragón Antiguo

- Serpiente Antigua
- Poder de las Tinieblas
- Seductor del mundo entero
- Acusador del mundo entero
- Ángel de Satanás
- Rey del Inframundo
- El señor de las Tinieblas
- Regidor de la Oscuridad.

Aunque prefiere ser llamado Lucifer, que significa 'portador de luz'.

—¡Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura! —le dijo Yavé a Lucifer.

—Algún día regresaré al cielo. ¡Qué digo el cielo, me remontaré al propio Centro Cósmico! Juro que te derrocaré, Yavé, y levantaré mi trono sobre tus propios despojos. Desde tales alturas, tendré poder para regir todos los universos. Seré muy superior a ti. Tú, al que llaman Altísimo, no serás más que una triste caricatura de mí. Peor aún, serás menos que eso porque nadie se acordará de ti —respondió Lucifer a Yavé.

Lucifer estaba enamorado de sí mismo. Estaba convencido de que no había otro ser tan divino como él, por eso creyó que podía suplantar a Yavé.

En el cielo, antiguo hogar de los seres del Orden, dejó de ser conocido como Lucifer y se le empezó a llamar satanás, que quiere decir 'adversario'.

Satanás todavía no ha podido tomar la totalidad del centro

cósmico. Y el Caos se convirtió en su reino.

Fue el primer ángel que se rebeló contra los Jerarcas del Orden y el padre de todos ellos, Yavé. Y muchos otros ángeles, millones de portadores de luz, le siguieron en su rebelión. Así devinieron en ángeles caídos, demonios y portadores de oscuridad.

Satanás se estableció en el reino opuesto al de las huestes de Yavé, Con astucia destronó a Bael como Rey del Inframundo, quien partió al exilio a una galaxia muy lejana. Antes de partir, Bael juró que se vengaría. Pero esto poco importó a Lucifer, quien se fortaleció en el poder con sus aliados, entre los que destacaba el Duque Dantalián. Desde entonces, los Reinos del Orden y del Caos libran una guerra sin fin. Junto a sus súbditos, cumple un papel fundamental en la dualidad: el de tentador y castigador.

Atiza el odio y castiga a los odiadores, haciéndolos esclavos de sus bajas pasiones.

Aviva la maldad y tortura con el fuego eterno del infierno a los malvados.

Activa la envidia y maldice con un interminable sufrimiento emocional a los envidiosos.

Promueve la gula, la ira y la pereza para atormentar a golosos, iracundos y perezosos con la angustia de la obesidad, la amargura del remordimiento y la zozobra de la procrastinación, respectivamente.

Y aunque muchos piensen que el Caos de Satanás es el mal encarnado, y el Orden de Yavé es el bien en sí mismo, lo cierto es que Lucifer sigue siendo, a su manera, un portador de luz. Pues es sabido que aquel que trasciende y supera sus tentaciones enciende dentro de sí una antorcha de orden personal, una lámpara de luz espiritual, libres de todo condicionamiento terrenal y celestial. Y los defensores de su legado no dejan de repetir su mantra sagrado.

Mantra que Lucifer murmura con voz lúgubre: «El Caos poda lo que debe ser cortado, desordena lo que no evoluciona por estar estancado y aniquila lo que debe ser suprimido».

Mantra que se opone al de Yavé y sus Jerarcas: «El Orden da forma a lo informe, provee de sustancia a lo insustancial y extiende las infinitas posibilidades de la vida en cada punto del universo».

La insumisión de Lilith

Lucifer se encontraba sentado en su trono como rey del inframundo. De pronto, uno de sus vasallos, el duque Aim, un apuesto ser de tres cabezas —serpiente, hombre y gato—, se acercó a su señor para comunicarle un mensaje.

—Amo, hay una mujer que pregunta por usted.

—¿De quién se trata, Aim?

—Dice llamarse Lilith.

—¿Lilith está aquí? ¿Cómo ha llegado hasta acá? Supe que había abandonado al insulso de Adán porque no habían congeniado muy bien. Pensé que seguía asentada en el mar Rojo, haciendo de las suyas con todo tipo de demonios.

—Sí, señor.

Lilith caminó hasta el altar satánico de Lucifer y se arrodilló al verlo. Él quedó cautivado por su belleza legendaria. Siglos de andanzas por las distintas dimensiones de la realidad no habían mermado su hermosura ni menguado su sexapil.

—Mi señor, al fin he podido llegar a ti. He vagado durante siglos, solo para encontrarte —dijo sumisa.

—He oído hablar mucho de ti, de tus ganas de ser libre e independiente. Creo que tú y yo tenemos mucho en común. Aunque pensé que la ira de Yavé había caído sobre ti, pero ya veo que no. Luces increíble.

Embriagado de deseo, Lucifer se acercó a ella, rozando su mentón, mirándola fijamente a los ojos.

Fascinada por el poder del señor del inframundo, Lilith respondió a las caricias del cautivador Lucifer.

Y así ambos se rindieron ante sus mutuos encantos.

Desde ese instante, Lucifer decidió proteger a Lilith; así nació un vínculo entrañable y pertinaz. Este amor infernal procreó a dos seres de juventud eterna y esencia inmortal: Alouqua, errática y salvaje, la primogénita de Lilith; y luego Lilin, que después se convirtió en esposa de Caín.

Lilith adquirió gran poder como concubina del rey de la oscuridad. Se convirtió en algo más que una compañera íntima para satanás. Era su aliada, su caballo de guerra. Le ayudaba a conseguir muchos de sus objetivos mediante artimañas erógenas. Pero, muchas veces, ella sentía que no era más que una fiel sirvienta. Permanentemente, tenía la sensación de ser una simple segundona.

Cierto día, Lucifer le comunicó con voz de mando a Lilith:

—Necesito que sabotees a un grupo de transgresores que han esclavizado a las mujeres de cierta zona del Asia Central. Selecciona una eficaz legión de súcubos para tu tarea. Lleva también a íncubos, por si algunos de esos reaccionarios prefieran las relaciones con los de su propio sexo. Haz tu trabajo de forma expedita y eficaz. Alístate rápido, porque la misión es urgente. No quiero improvisaciones ni iniciativas espontáneas. Sigue al pie de la letra mis órdenes. Por favor, no cometas errores como los de tu última misión, en Venezuela. Cíñete, como siempre, a cada instrucción de mi plan.

Lilith, que ya llevaba un tiempo resentida, se sintió dolida por el tono mandón del monarca del inframundo.

—¿Hablas de los talibanes? —respondió ella—. ¿Y es que acaso no puedes enviar a alguno de tus esbirros? A Dantalián le encantaría esa misión. Sobre todo, por lo de llevar íncubos. ¿Por qué debería hacerlo yo? ¿Acaso olvidas que los encantos de la seducción

femenina no funcionan con esos fanáticos religiosos? La fe que ponen en su dios supermachista los hace prácticamente inmunes a mis trampas eróticas. A mí me encantaría hacerlos añicos, someterlos a los más sanguinarios castigos. Pero me temo, Luci, que mis poderes con ellos son, más bien, limitados. Creo que sería una misión más adecuada para uno de tus capitanes.

—Lo que tú creas, Lilith, me tiene sin cuidado. Aquí el jefe soy yo. El que da órdenes e imparte el plan soy yo. Tengo suficiente criterio para seleccionar a mis súbditos y saber a quién debo encomendarle cada misión. Llevo miles de años demostrando un juicio sólido y un liderazgo incuestionable. Si te encomiendo ir a Afganistán y sabotear al talibán es porque evalué la situación y sé que eres la adecuada para la misión. ¿Acaso pondrás en duda mi liderazgo? ¿Acaso cuestionarás mi autoridad? ¿Por qué te quejas? Te he dado más libertad de acción que a otros de mis esbirros. Eres una malagradecida.

—Querido, te recuerdo que dejé a Adán porque nunca me vio como su igual, aunque ambos habíamos nacido del polvo, mi libertad se sobrepuso incluso a la ira de los Jerarcas del Orden y parece que ese es también tu problema, Luci. Que nunca seré tu igual. Que por más que compartamos intimidad, paternidad y maternidad, yo siempre estaré por debajo de ti. Desde tu perspectiva, siempre tendré que estar sometida a tu autoridad. Para ti, solo soy una lacaya más. Y si crees que seguiré tolerando estar por debajo de ti, te has equivocado. No permitiré que la historia se repita. No me rendí nunca ante Adán y otros hombres. Y mucho menos me rendiré ante un dios.

Desde ese día se profundizaron los conflictos y las desavenencias entre ambos demonios. Lilith devino en el símbolo vivo de la insumisión al patriarcado. Ya no estaba dispuesta a someterse ante ninguna figura masculina.

Ni siquiera al máximo regente del Caos y del infierno, su fogoso amante y padre de sus hijas.

Lucifer la amaba a su manera autoritaria, pero parecía olvidar que Lilith, además de ser seductora y rebelde, era tan corrupta y caótica como él. Ella también había insurgido contra el mismísimo Yavé.

Lilith era la viva imagen de la mujer incitante, malévola y retorcida. Y por eso mismo, su espíritu era fascinante.

Lilith abandonó a Lucifer y montó tienda aparte al este del inframundo, en cierta región del Caos donde los espíritus opuestos al Patriarcado, tanto femeninos como masculinos, comenzaron a formar una creciente legión.

Lilith y sus secuaces, incluyendo a sus dos hijas, escogieron la independencia y la libertad para sí mismas. Se llevó a sus dos hijas consigo, dispuesta a subvertir a las leyes del mundo conocido.

Por cierto, Lilith tuvo razón: al final, Lucifer decidió enviar a su fiel Dantalián, junto con su amante, la espía rusa Elena Plevítskaia, para sabotear al talibán. Y su misión, aunque fue larga y sangrienta, fue un gran éxito. La insurrección de las mujeres afganas llevó una década de lucha. Y cuando esa revolución triunfó, los líderes talibanes más emblemáticos fueron castrados, emasculados y ejecutados en un sangriento acto público que se llevó a cabo en un estadio de fútbol de la ciudad de Kabul.

PARTE II
LAS HACEDORAS DE LA BEBIDA SAGRADA

«Y al final del día, la civilización es una reunión de gente que habla entre sí, acompañada de una bendita cerveza».

James S. A. Corey

«La vida es como una cerveza. Lo bueno comienza cuando las burbujas se desbordan y espumean. Sin espuma, la cerveza es solo la mitad de buena. Y sin cerveza, la vida es solo la mitad de buena».

Van Chow

La bebida sagrada

Hace milenios, en la antigua Mesopotamia, las mujeres no estaban sometidas a los hombres. Disfrutaban de un ligero estatus de igualdad. En el célebre código de leyes de Hammurabi, las mujeres gozaban de sustanciales derechos, como comprar y vender, contar con representación jurídica o testificar libremente. Podían desempeñar diversos empleos y participar en la vida pública de las ciudades. Muchas mujeres actuaron como funcionarias en el palacio del rey.

Las reinas mesopotámicas eran respetadas como tales. Llegaron a ejercer la regencia de sus hijos menores de edad. Firmaban documentos oficiales y vivían en un palacio con esclavos y siervos.

Sin embargo, algunas de ellas no se conformaban con ser iguales a los hombres. Ansiaban superarlos. Anhelaban ser más grandes que ellos, dominarlos.

Así, cuatro hechiceras sumerio-mesopotámicas —Ester, Nidama, Baltasara y Ki— se unieron para dar vida a un ritual en el bosque e invocar la sabiduría de sus diosas.

A ellas imploraron una receta mágica que les permitiera crear algún brebaje para disminuir el poder masculino y someterlos a su antojo.

Ellas repetían al unísono, en idioma acadio:

—*Ilbani, ilbani, ilbani, ilbani.*

Esta palabra mágica, que significa 'la divinidad crea', era un petitorio directo a las deidades para que actuaran de acuerdo con sus súplicas. Tiempo después, un estruendo se levantó de la tierra como un remolino de polvo. El torbellino tomó forma de mujer.

—¿Quién ha tenido la osadía de invocar mi presencia? —dijo el ente divino con voz grave.

Las brujas, aterrorizadas, sin saber a ciencia cierta a quién habían conjurado, se arrodillaron ante su presencia.

La hechicera Baltasara, con voz trémula, respondió:

—Hemos sido nosotras, su excelentísima. Somos un grupo de hechiceras. Necesitamos de tu ayuda para consolidar el matriarcado. Las mujeres somos tan o más capaces que los hombres para regir los destinos del mundo. Pero tú, ¿quién eres?

—Soy la diosa Ninkasi, diosa de la procreación. También se me conoce como la madre de la espuma. Su proyecto de dominación me complace. Se vincula con mi naturaleza. Yo también deseo atenuar el poder masculino. En Mesopotamia, las mujeres gozan de una situación privilegiada. Pero en el resto del mundo, el patriarcado es humillante y nocivo para la condición femenina. Por eso, he acudido al llamado de ustedes. Ustedes se convertirán en instrumentos de mi poder.

—¿Y cómo podremos servirte, madre de la espuma? — inquirió la maga Ester.

—A los humanos, al igual que los dioses, se los controla a través de sus apetitos. Los apetitos son eslabones con los que se fabrican las adicciones. Y las adicciones encadenan a la voluntad. Debemos crear algo que avive el apetito de los varones, para convertirlos en adictos, y así controlar su voluntad.

—¿Y cuál producto o sustancia podría darnos ese control? — indagó la bruja Ki.

La diosa Ninkasi abrió las palmas de sus manos y entre ellas se materializó un cubo de metal verde que tenía alrededor de quince centímetros de lado; ninguna luz penetraba en la abierta oscuridad de uno de sus lados.

De la caja surgió un conjunto de sonidos armoniosos y melódicos. Esos sonidos tomaron la forma de un himno. Y el himno sonó en las mentes de las cuatro hechiceras:

> *Pon en remojo la malta y la espelta. Agrega miel, que el sabor despierta. Añade jengibre y comino para dar sabor y azafrán y cúrcuma para dar color. En las noches de luna y sin luna, cuando las olas se elevan y se caen, la mezcla fermentará y hará espuma.*

Las cuatro mujeres sumerias escucharon el cántico. Pero fue Nidama la que tomó nota de su letra.

El cántico se convirtió en receta que dio origen a la cerveza.

Durante siglos, la elaboración de la cerveza estuvo a cargo de las magas, de las hechiceras, de las cocineras, de las comadronas, de las brujas. Fue un invento femenino, bajo el estricto control de las féminas.

Aquella cerveza era muy distinta a la de los tiempos modernos. Era espesa, con aspecto de potaje. Era densa y sin filtrar. Era un magnífico alimento que mataba el hambre de las masas. Era, también, un medicamento, cuyo fermento alcoholado tenía efecto antimicrobiano. Y, tomada en exceso, provocaba adicción, a la cual era más propenso el varón.

Las mujeres sumerias crearon docenas de estilos de cervezas, mezclándolas con especias, corteza de árbol, pimientos, garras de cangrejo y muchas hierbas que también se encontraban en los antiguos remedios.

De la mano de las cuatro inventoras sumerias, la cerveza se extendió al resto del mundo tutelada por otras diosas: Acila para los incas; Ceres para los romanos; Ceridwen para los celtas; Gabjauja para los bálticos; Hoppiata para los checos; Icovellauna para los galos;

Isis para los egipcios; Kamui Fuchi para los japoneses; Kuul Gossaih para los hindúes; Mbaba Mwana Waresa para los zulúes; Raugutiene para los fineses.

La cerveza llegó a cada confín de la Tierra, lo que hizo que las brujas se convirtieran en mujeres altamente respetadas. La confección de la cerveza solía estar en manos de cofradías femeninas. La ofrecían en las ceremonias religiosas y como parte de la ración diaria de alimentos. Mientras, los hombres cedían a los estragos del alcohol y la cebada.

La cerveza no acabó con el patriarcado, tal como habían planificado Ninkasi y sus sacerdotisas. Pero su elaboración empoderó a muchas féminas en el planeta. Y su consumo volvió a muchos hombres psicológicamente dependientes de las mujeres.

Con la llegada de la Edad Media, la cerveza se hizo tan popular que las mujeres la fabricaban a diario. En Europa del Norte, la gente comenzó a llamar *alewives* a las hacedoras de este brebaje. Su popularidad creció después de la peste negra de 1348, cuando la cerveza se convirtió en un antibiótico natural de amplísima demanda. Adquirirla se convirtió en una necesidad que resultó lucrativa para las mujeres que habían aprendido el oficio.

Una *alewife* elaboraba su mezcla cervecera en un caldero gigante; en él el agua hervía, se agregaba el cereal, se añadían los demás ingredientes y se realizaba el proceso de fermentación. Para mantener a los roedores alejados de sus almacenes de grano, las *alewives* tenían gatos como mascotas protectoras. Cuando tenían cerveza extra para vender, ponían una escoba frente a sus casas para señalar el excedente y llamar la atención de los clientes. Solían portar un alto sombrero negro, en forma de aguja, para destacar entre la multitud.

Las *alewives* eran perfectamente capaces de ganar dinero sin depender de los hombres. Con su cerveza, representaban una amenaza para el patriarcado.

Los Jerarcas del Orden decidieron no tolerar más la situación. Las brujas amenazaban el monopolio espiritual de sus agentes terrenales: los jefazos de las Iglesias formales de la cristiandad; los miembros de un clero machista y misógino, en el que las mujeres jamás tendrían la posibilidad de ser sacerdotisas e igualar el poder de los varones.

Así, la Iglesia comenzó a conspirar contra las brujas, a complotar para acabar con las milenarias hacedoras de la cerveza; los curas y los predicadores advertían en sus maliciosos y tendenciosos sermones del peligro que representaba la brujería; la mala fama de estas mujeres permitió abrir procedimientos en Europa y América para entregarlas al tribunal de la Inquisición. Esta instancia estaba integrada por hombres brutales, dirigidos por Braam van der Hulst, quien recorrió el Viejo Continente, vejando y violentando a las indefensas *alewives* para que confesaran, tras las más crueles torturas, sus supuestos crímenes .

Las hogueras ardieron por doquier. Miles y miles de brujas murieron consumidas por el fuego, bajo la mirada complaciente de las turbas fanáticas que gozaban con aquel espectáculo siniestro de persecución, martirio, violación, suplicio, sangre y muerte. Los miembros de la familia Van der Hulst lideraron esta cruzada. Con sádico ensañamiento, perpetraron el feminicidio más grande de la historia.

Pero allí no acabó la tarea. Tras la liquidación de las cofradías femeninas, los Jerarcas del Orden comisionaron a sus agentes terrestres para que los varones asumieran el control total de la elaboración de la cerveza. Entre ellos, la familia Van der Hulst.

Los sucesores del nefasto inquisidor papal Braam se convirtieron en parte medular del negocio cervecero en Holanda y otras partes de Europa. Sus cuadros gerenciales, sus maestros cerveceros, así como su personal obrero y administrativo eran exclusivamente masculinos.

Aquella cerveza era muy distinta a la de los tiempos antiguos. Era clara, cristalina. Era líquida, bien filtrada. Sus femeninos atributos de alimento y medicamento les fueron arrebatados, para convertirlo en un producto industrial, banal, insustancial, de escaso contenido nutritivo. Y su espuma artificial, un remedo grotesco de la espuma espiritual de la diosa Ninkasi, era un insulto a todas las deidades de la cerveza.

La moderna logia masculina solo conservó la propiedad adictiva de la cerveza… para convertirla es una mercancía lucrativa.

Nada pudo hacer la madre de la espuma para evitar la debacle.

Nada pudieron hacer las venerables deidades cerveceras.

Pero en el siglo xxi, un faro de luz se abrió para el matriarcado y las milenarias hacedoras de la cerveza.

Tras la insumisión de Lilith, se formó al este del inframundo, en cierta región del Caos, un lugar de encuentro donde las almas opuestas al patriarcado comenzaron a organizar una creciente legión. Algunas de ellas estaban opuestas tanto a la jerarquía del Orden como a las majestades del Caos. Buscaban un punto intermedio.

Al enterarse de esto, las diosas Ninkasi, Acila, Ceres, Ceridwen, Gabjauja, Hoppiata, Icovellauna, Isis, Kamui Fuchi, Kuul Gossaih, Mbaba Mwana Waresa y Raugutiene pidieron reunirse con Lilith.

—¡Debemos recuperar el control de la cerveza para el empoderamiento femenino! —le expresaron las diosas a Lilith.

La ex compañera íntima de Lucifer respondió:

—Esa va a ser una de nuestras tareas más importantes, colegas. No solo debemos ganar la guerra física y la guerra espiritual. Hay que ganar también la guerra cultural.

Habrás notado, estimado lector, el gran crecimiento que está

teniendo el movimiento de la cerveza artesanal en el mundo. Una corriente encabezada por la República Checa, España y Alemania, como líderes consumidores del néctar de las *alewives* en todo el planeta. Pero todo este movimiento se extiende más allá de Europa, Asia y África, llegando hasta el otro lado del océano, América del Norte, América del Sur y el Caribe.

Es muy probable que cerca de tu casa haya abierto uno de estos establecimientos. Además, habrás visto que este tipo de cervezas está llegando a supermercados, tiendas de ultramarinos y hasta negocios naturistas.

Es un producto que está tratando de recuperar los atributos femeninos de la cerveza, haciendo que su líquido y su espuma tengan más conexión con las antiguas diosas y la madre naturaleza.

Y detrás de este auge comercial, gastronómico y cultural está la mente maestra de Lilith, enemiga a morir del patriarcado. Defensora incondicional del matriarcado.

Una noche en el Distrito Rojo

Hace algún tiempo, Albert, un joven informático de origen neerlandés, había querido regresar a su Ámsterdam natal. Se había ido a vivir a España cuando apenas tenía seis años. Su madre era de Madrid. Su progenitor era de Róterdam, la segunda ciudad más importante de Holanda. Ambos se conocieron en el bar Karpershoek, el *pub* más antiguo de la capital del país bajo, cuando ella estudiaba un máster de Economía.

El chico había ido un par de veces por trabajo a la capital holandesa, pero no había tenido la oportunidad de ir al popular distrito rojo en ninguna de las visitas que había hecho. Pero esta vez sería diferente. Había comprado su boleto de tren para esta aventura. Tenía reservación en Patrick's Place con una ubicación privilegiada, que le permitía recorrer su destino caminando.

Lo primero que hizo, luego de arreglarse, fue ir directo al distrito rojo. Se vistió de manera elegante, con un traje de Dolce & Gabbana. Llevaba un elegante maletín color borgoña de Armani. Dedicó un tiempo a pasear para impregnarse de su arquitectura y perderse por sus antiguas y sinuosas calles adoquinadas que datan del siglo xiv. Luego visitó sus extraños e inclinados edificios. Dio un corto paseo en bote por sus canales y contempló los árboles de las riberas.

A medida que iba adentrándose en el distrito rojo, llegó al bar Dampkring, uno de los lugares más populares en Ámsterdam para consumir cerveza. Allí también hay un mostrador donde se puede adquirir legalmente marihuana y hachís. En la capital neerlandesa hay más de trescientos de estos lugares, donde las drogas recreativas y la cerveza producida con técnicas naturales son de los principales atractivos turísticos frecuentados por los viajeros.

El Dampkring era amplio, con una decoración increíble. Allí lo

esperaba su amiga, Sofía Nesquens.

—*Hallo* —saludó él en holandés.

—*Goedenavond* —respondió ella en el mismo idioma. Quiso decir 'buenas tardes'—. ¡Caramba! Pero no has cambiado nada, hombre. ¡Estás guapísimo!

—Sofía, no, qué va. Exageras, solo tomé una ducha y me rocié un poco de Bleu de Chanel —respondió un poco sonrojado.

—Supongo que quieres un porro, ¿no? Todos los turistas mueren por uno.

—Pues lo que se ve no se pregunta. Vamos, yo invito. Aunque no soy turista, recuérdalo, tengo sangre holandesa en mis venas. Mis antepasados datan casi de la Edad Media.

Claro, con ese Van der Hulst como apellido. Además, alto,

fornido y rubio. ¿Hay alguna duda? —dijo ella con sorna—. Por cierto, qué bello tu maletín. ¡Está brutal! ¿Lo puedo ver?

—Este… soy un poco delicado con las cosas de mi profesión —dijo Albert, sintiéndose repentinamente incómodo—. Me sentiría un poco avergonzado abriéndolo aquí, en público. Pero más tarde, en privado, te lo podría enseñar.

—Esa propuesta suena muy interesante —dijo Sofía, sonriendo con gran interés.

Disfrutaron de una velada fantástica. Pidieron algo de comida y aprovecharon para catar las cervezas. No contenían aditivos artificiales ni conservantes; simplemente agua, levadura, maltas y lúpulos. Van der Hulst, con gusto creciente, las probó de varios estilos: bávara, *pale ale, champenoise* y mestizas rojizas.

Entonados por la bebida, salieron a las calles a recorrer las

vitrinas de las señoritas. Estaban en la víspera de Navidad, así que la vibra era aún más asombrosa.

Caminando, llegaron al mercadillo navideño de la plaza Rembrandt, uno de los más famosos de Ámsterdam. Degustaron un delicioso vino caliente, unas *oliebollen* —dulce típico holandés—, que unas damas ataviadas como antiguas hechiceras preparaban en grandes calderos de apariencia medieval. En las calles, había grupos corales que interpretaban villancicos tradicionales.

—Vamos a la plaza Dam —sugirió Sofía.

—Claro, llévame a donde quieras, hermosa.

—Nunca olvidarás esta noche.

Parecía haber una química especial entre ellos. Pero al llegar a la plaza, Albert perdió de vista a Sofía. En vano, gritó su nombre. De pronto, un denso banco de niebla azulada comenzó a cercarlo lentamente. El joven se puso nervioso. Aquella bruma era tan espesa que le impedía ver el paisaje circundante. Además, la ingesta de la cerveza y el vino se le subió de repente a la cabeza y se sintió mareado, debilitado.

—Sofía, ¡¿dónde estás?! ¿Qué es esto?

En ese momento, la imagen de Sofía se materializó frente a Albert. Solo quedaron ellos dos, rodeados de la tupida masa de niebla.

—Aquí estoy, cariño. ¿Acaso no me reconoces? Parece que el *oliebollen* y las cervezas artesanales comenzaron a surtir efecto.

La atractiva estampa de su amiga comenzó a transformarse. Poco a poco, cobró forma la figura de una bruja medieval. Tenía la nariz larga y puntiaguda, en la que afloraba una rojiza verruga. La hechicera sonreía de modo malicioso, exhibiendo sus escasos y podridos dientes. La hermosa cabellera dorada de Sofía había desaparecido; una reseca mata de hebras grises la había sustituido. Las

manos de la mujer se habían alargado: sus uñas ennegrecidas eran tan afiladas como garras. Su rechoncha figura estaba embutida en un vestido de encaje negro. Y sus ojos enrojecidos miraban a Albert con muchísimo rencor, con una furia sin precedentes.

—Tú no eres Sofía. ¿Qué clase de truco barato es este? ¿Dónde está mi amiga? —inquirió Albert.

—Te refrescaré la memoria, querido Van der Hulst. Quiero que veas esto.

La bruma azulada se disipó rápidamente. La plaza Dam volvió a ser visible, pero no con su aspecto mundano y cosmopolita del siglo xxi. Aquel espacio recobró la apariencia que tenía a principios del siglo xvi. En aquella época, la plaza no recibía a turistas que venían de lejos a vacacionar. Más bien, era el epicentro de una actividad abominable.

—Albert, uno de tus ancestros, Braam van der Hulst, fue uno de los inquisidores más implacables de su tiempo. Envió a cientos de brujas a la hoguera, aquí mismo, en la plaza Dam. Soy Anneke Hendricks, una *alewife* frisona que se negó a confesar su fe espiritual. Tampoco me atreví a delatar a nadie durante los crueles interrogatorios y las intensas torturas que viví. Las *alewives* éramos una logia de mujeres libres, de terapeutas conectadas a los espíritus de la tierra, de hacedoras de la bebida sagrada. Pero a los de tu estirpe, Albert, les provocaban asco nuestros rituales, nuestra bebida, nuestra libertad. Y por eso nos mandaban a matar.

Entonces en la plaza Dam comenzaron a aparecer otras brujas. Sus rostros atormentados evidenciaban el sufrimiento que habían padecido las *alewives* durante la dura época de la Inquisición. La bruja Anneke señaló a algunas de ellas.

—Ella es Meyns Cornelis van Purmerend, quemada también en la hoguera. Era una sencilla criada de Ámsterdam que fue acusada de brujería. De ella se dijo que durante veinte años recibió en su casa la

visita de otras brujas, que se metamorfoseaban en gatos y se unían en aquelarres en los que adoraban al diablo. Y ella es Engel Dirks, que laboraba como vendedora en el mercado público de Ámsterdam. De ella, en el edicto que la condenó a muerte, se dijo que había renegado de Dios, hacía conjuros prohibidos y tenía contactos con un espíritu maligno. Las tres fuimos asesinadas por Orden directa de tu pariente Braam van der Hulst. Ahora, tú pagarás las consecuencias. Tú sufrirás en carne propia el tormento que nosotras vivimos.

—Pero yo no tengo la culpa de lo que les pasó. ¿Por qué quieren castigarme justo a mí? —preguntó Albert.

—No te hagas el inocente, Albert. Dame el puto maletín.

—Ni lo sueñes, bruja de mierda.

Albert intentó huir, pero se vio rodeado de un grupo de brujas alevosas que lo detuvieron en seco, lo maniataron y le quitaron su elegante maletín de Armani. Cuando lo abrieron, hallaron los típicos instrumentos de tortura y ejecución de un inquisidor.

—¡Tú también eres un maldito cazador de brujas! —respondió Anneke—. ¡Tú también eres un cabrón feminicida que ha matado a cientos de nuestras hermanas! ¿Qué coño pensabas hacerle a la hermosa Sofía Nesquens? ¿Atravesarle el corazón con una estaca?, ¿torturarla hasta morir? Eres el último sobreviviente de la perversa estirpe de los Van der Hulst y cumples a la perfección con tus funciones asesinas. Incluso has matado a hermanas wiccanas, como Kornelia Roeg de Green, que ni siquiera era discípula del Caos.

»Vamos a quemarte en la hoguera, hijo de puta, tal como tu sádico pariente hizo con nosotras. Pero tu carne no arderá y se consumirá durante unas pocas horas. No creas que vas a conseguir el alivio fácil de una muerte rápida. No, no, no, no. Albert, tu suplicio va a ser largo, muy largo, larguísimo. Vas a desear no haber nacido nunca, malparido. Bajo el influjo de nuestro hechizo, tu cuerpo se chamuscará durante siglos. No volverás a experimentar sosiego ni

reposo. Tu alma jamás volverá a saber lo que es la paz.

Una veintena de brujas se abalanzaron sobre Albert. Lo desnudaron, hicieron añicos su traje de Dolce & Gabbana y lo colocaron en un potro de torturas: era una mesa ancha dotada de cuatro cuerdas; cada una de ellas servía para atar una extremidad. Cada bruja le infligió un duro castigo al joven. Para ello, se valieron de diversos instrumentos que habían sido utilizados por los inquisidores: el aplastapulgares, la pera anal, la pera oral, el arrancaúñas.

Albert fue humillado de todas las maneras posibles. No hubo espacio de su cuerpo que no fuera duramente azotado, cruelmente flagelado, minuciosamente mortificado. Una tras otra, las brujas consumaron su venganza sobre el joven trabajador informático, quien padeció cada versión imaginable del sufrimiento físico, el dolor emocional y la miseria espiritual.

Mucho tiempo después, cuando por fin las brujas saciaron su apetito de castigo, el cuerpo de Albert fue trasladado a una hoguera, ubicada en pleno centro de la plaza. Allí, el joven comenzó a arder en un fuego que no se apagaría jamás. Sus interminables gritos de auxilio no serían escuchados por nadie. Sus gemidos de angustia resonarían para siempre en esa versión hechizada de la Plaza Dam, en la que el tiempo no transcurriría nunca más y el siglo xxi jamás llegaría.

Con el último Van der Hulst reducido a la más miserable condición, las brujas reinaron a sus anchas, con toda la fuerza de su mal, en la ciudad de Ámsterdam, bajo la sombra protectora del Señor de las Tinieblas.

Post scriptum

Para: Su alteza Lucifer

De: Duque Dantalián

Su alteza, Lucifer, noche del inframundo, autarca del Caos, señor de señores, amo absoluto de las tinieblas:

Con gran satisfacción, me complace informarle que nuestros agentes, liderados por la bruja Anneke Hendricks, líder de las *alewives*, las hacedoras de la bebida sagrada, han logrado la neutralización permanente de nuestro odiado archienemigo, Albert van der Hulst.

Desde muy pequeño, Albert había entendido la misión que se le había encomendado. Por generaciones había estado a cargo de mantener al margen de la realidad a toda abominable criatura que desafiara al sendero del Orden.

Sus ancestros se habían encargado de enseñarle lo necesario para aniquilar a cada ser demoníaco.

Sinahel, su ángel custodio —Satanás reprenda su nombre—, veló desde temprana edad por el aprendizaje del joven Albert. Le lavó el cerebro con las blasfemas doctrinas de la luz, en especial, con aquella que plantea la necesidad de mantener el orden del universo —sabemos que todo orden solo trae decadencia—.

Así, cuando Albert van der Hulst cumplió diez años, comenzó a cumplir con la agenda que le habían señalado sus adoctrinadores.

Al salir de la escuela, dedicaba su tiempo libre a perseguir a los engendros del mal. Sus antepasados habían sido cazadores de brujas, torturadores de herejes, exorcistas fanáticos, así que Albert llevaba en

sus venas una antigua enemistad hacia los seres de nuestra estirpe.

Durante sus treinta años, asesinó a más de quinientas brujas, liquidó a unos trescientos cambiaformas y exorcizó a unos doscientos seres diabólicos. Y no solo acabó con ellos, sino que se regodeó torturándolos una y otra vez, haciéndoles vivir una crueldad infinita. No tenía piedad, no mostraba compasión alguna hacia sus enemigos.

Como puede ver, Albert van der Hulst tenía un récord impresionante, mejor que el resto de sus colegas del clan de Zayed, quienes conforman una larga legión de perseguidores de criaturas oscuras.

Su custodio angelical le había encomendado una importante misión que tendría lugar en los Países Bajos. Albert debía regresar a su tierra natal para cumplir con una misión crucial: aniquilar a Sofía Nesquens, quien supuestamente era la nueva líder de las maestras hechiceras *alewives* de Dam.

Nuestra agente Anneke Hendricks y sus secuaces estaban a punto de sufrir la furia de los Jerarcas del Orden. Con ellas fuera del juego, faltaría menos para alcanzar el blasfemo y repugnante crecimiento del bien universal.

Van der Hulst estaba entusiasmado con el viaje, así que empacó las herramientas de la profesión en un elegante maletín color borgoña: su contenido incluía estacas afiladas, estoques inscritos con plegarias y pistolas barrocas cargadas con balas de plata que han sido bendecidas tres veces —Satanás maldiga todas esas herramientas—.

Albert van der Hulst era muy desconfiado como cualquier cazador de herejes. Al llegar a los Países Bajos, se encontró con Sofía y se dejó llevar por su encanto irresistible. Así cayó en la trampa que le habían tendido nuestros agentes cuando comió de un postre encantado con polvos mágicos. El pobre, con toda su experticia, no vio venir que ella solo era un disfraz para engañarlo y hacerlo pagar por sus crímenes atroces.

De esta manera, uno de los secuaces más viles de los jerarcas del Orden cayó en la red de corrupción del clan de Dam. Y desde hoy hasta el fin de los tiempos permanecerá neutralizado, padeciendo horrores inenarrables.

En tal sentido, su alteza, hemos vuelto a impedir la consumación del bien universal, catástrofe espiritual que le restaría toda vitalidad, creatividad y dinamismo al cosmos.

Porque tal como reza nuestro mantra sagrado: «El Caos poda lo que debe ser cortado, desordena lo que no evoluciona por estar estancado y aniquila lo que debe ser suprimido».

Con las zapatillas bien puestas

Hace mucho mucho tiempo, había una joven aristócrata llamada Hannah van der Hulst, a la que sus padres consentían demasiado. Se había convertido en una niña malcriada y caprichosa.

Tenía en su clóset más de cien pares de calzado, pero siempre prefería usar sus zapatillas blancas.

Un buen día, paseando por el centro de la ciudad, se topó con una mujer de extraño aspecto. No sabía decir si era una bruja o una indigente. Tenía la nariz larga y puntiaguda, en la que afloraba una rojiza verruga. Sonreía de modo malicioso. En medio de la calle, tenía un caldero en el que preparaba una bebida fermentada. Exhibiendo sus escasos y podridos dientes, le dijo: —¡Qué hermosas zapatillas tienes!

—Gracias, son mis favoritas —respondió la joven Hannah.

—Me encantaría poder regalárselas a mi hija. ¿Qué tal si me das esas y yo te doy las mías? No son tan lindas como las tuyas, pero estoy segura de que tus padres pueden comprarte otras —dijo la mujer, cuyas uñas ennegrecidas eran tan afiladas como garras.

Su rechoncha figura estaba embutida en un vestido de encaje negro.

—¡No! No pienso regalárselas a tu hija ni a nadie. No me importa si no tienes dinero para comprarle unas. Estas son mías y no pienso dártelas —dijo Hannah van der Hulst.

—Te vas a arrepentir de tus palabras. ¡Maldigo tus zapatillas blancas! No podrás volver a usarlas nunca más, a menos que… —fueron las palabras de la pordiosera, cuyos ojos enrojecidos miraban a

Hannah con muchísimo rencor, con una furia sin precedentes.

La chica Van der Hulst salió despavorida ante el improperio y no escuchó las últimas palabras que sentenció aquella infeliz. Siguió su camino y prefirió olvidar el asunto.

Lo que la joven desconocía era que aquella aparente mendiga sabía usar una discreta, pero muy efectiva variante de la magia: el arte de lanzar maldiciones.

La supuesta indigente tenía una manera muy cruda de saber si su maldición había surtido efecto: horas después de proferida su abominación solía sufrir algún daño.

Aquella noche, la mujer de la rojiza verruga, antes de acostarse, sintió cómo una nueva llaga sangraba en su pecho. Y pensó: «Para dañar a alguien con eficacia es necesario padecer cierto sufrimiento. Y el daño que lancé ya está hecho».

Al día siguiente, cuando Hannah van der Hulst se puso de nuevo sus zapatillas blancas, estas cobraron vida. Indefensa, la muchacha perdió el control de sus movimientos y las zapatillas la condujeron directamente a un precipicio que se encontraba en el bosque, a poca distancia de su casa.

Por fortuna, su padre llegó a tiempo y, tomándola del brazo, pudo salvarla de caer en el abismo.

Allí mismo, con el dolor de su alma, decidió deshacerse de sus zapatillas blancas, lanzándolas al vacío. Se había librado de la maldición.

Junto con el padre, regresó a casa, tomó una ducha, se puso su pijama y durmió plácidamente.

Al despertar, notó que al pie de la cama estaban nuevamente sus zapatillas blancas. No lo podía creer. Estaba segura de que las había arrojado a la sima. Se levantó y tiró las malditas zapatillas en el

basurero.

Subió a la habitación, pensando que finalmente se había deshecho de ellas, pero las vio de nuevo en su clóset.

Desesperada, la moza se colocó las zapatillas, desafiándolas.

«¡Mi voluntad es más fuerte que la de ellas!», pensó.

Pero el sortilegio volvió a activarse y la chica, en contra de sus deseos, se dirigió al despeñadero a toda velocidad, muerta de miedo.

En vano, gritó pidiendo ayuda…, pero esta vez nadie pudo salvarla.

Terminó cayendo al vacío, con las zapatillas bien puestas.

PARTE III
LA MISIÓN DE SINAHEL

«Que las doctrinas de luz se instauren en vuestro interior, para que podáis emanar una fe plena, una convicción firme y un orden sostenido».

El ángel custodio Sinahel

«Eres un ser de luz y te recuerdo que, cuando conectas con tu esencia de luz y divinidad, la paz y la armonía te envuelven de inmediato».

La angelina Dorcas

El espanto del sur

Todo comenzó al anochecer, mientras el sol se ocultaba y recorríamos el Parque Nacional Aguaro-Guariquito, de la región de los Llanos Centrales, en el sur del estado Guárico, Venezuela. Tal como lo hacíamos cada año, papá, mamá, mi hermano Juan y yo habíamos ido a acampar para disfrutar en familia del paisaje sabanero.

Era un lugar inmenso, de amplio horizonte, atravesado por el río Aguaro. Tierra ancha y tendida, cubierta por intacta vegetación de sabana y bosques deciduos.

Para mí, era el lugar perfecto sobre la Tierra. Un refugio para deleitarme con la magnificencia de la naturaleza. Paraíso llanero, donde contemplaba la brillantez de las constelaciones sin el velo del esmog y respiraba aquel aire tan puro, ajeno a la cotidianidad urbana. Pero, sobre todo, era un buen momento para conectar con papá, a quien amaba tanto. Él era un hombre conservador, rígido, pero bondadoso y amable. Más que un buen padre, siempre fue un mentor para mí. De él aprendí a cazar venados, montar a caballo, cuidar del ganado, cortar y curtir el cuero; pero, en especial, me enseñó a amar y a proteger a nuestra familia.

Ese fin de semana era de nosotros. Así que, luego de encender una fogata, mamá nos sirvió un delicioso guayoyo, endulzado con papelón. Ella me dijo, como si susurrara un conjuro:

—Cada sorbo es como magia que puedes tomar.

Mientras papá, con voz queda, murmuró como si recitara un sortilegio:

—Todo ángel necesita un demonio que le invite un café.

Sentí un poco de escalofríos cuando escuché aquella frase. Papá era un católico riguroso, practicante, temeroso de Dios. Jamás nombraba al diablo. Ni jugando.

—Papá, ¿qué acabas de decir?

—¿Yo? ¿De qué hablas, hijo? Pero si yo no he dicho nada —contestó.

—Carajo, padre. No estoy loco. Acabo de escuchar que nombraste al diablo.

—Hijo, no le faltes el respeto a tu padre —replicó mamá.

—Sí, hermano. Yo tampoco le oí decir nada de eso —dijo Juan. —Está bien. Tal vez escuché mal —me retracté.

Tal vez había sido mi imaginación. Llevaba meses trabajando muy duro. Era la primera vez que viajaba desde el inicio de la pandemia, así que decidí olvidar el asunto y seguir disfrutando de nuestra tertulia.

Habíamos llevado dos carpas: una para nuestros padres y otra que compartiría yo con Juan. Nos acompañaba también nuestro querido perro *rottweiler*, Tureco. Juan había traído una botella de ron Santa Teresa. En un par de horas, el licor había pasado a mejor vida. Así que nos fuimos a pernoctar, con los tragos subidos a la cabeza.

Mientras yacía en la bolsa de dormir, algo no me dejaba conciliar el sueño. Empecé a escuchar como si alguien estuviera rondándonos. Estaba muy asustado. Pero cuando salí para cerciorarme, no vi a nadie en el perímetro. Fui por la jarra de café de mamá. Tomé un guayoyo para calentarme. ¡Qué rico estaba! Mamá tenía magia hasta para sazonar las cosas más sencillas.

De pronto, sentí un hambre que parecía desgarrarme el estómago. Tenía antojo de comer asadura. La boca se me hizo agua al pensar en ello. Moría por devorar un buen hígado, acompañado de

bofe, corazón y otras ricas vísceras. No era un simple apetito. Era una avidez que me estremecía por dentro. Sin embargo, ya era madrugada. Todos estaban dormidos. ¿Dónde diablos podría comer aquello a esas horas?

Junto al ansia de alimentación, un exceso de energía fluía por cada uno de mis músculos. Un fogoso cauce de fuerza circulaba por cada parte de mi cuerpo. Mis pectorales se endurecieron, al punto de hacerme doler las tetillas. Las sienes me palpitaban, como si fueran a estallar. Y el hambre voraz, brutal crecía de modo incontrolable.

Tomé mi machete, mi navaja y una soga. Me alejé del campamento. Caminaba en pos de una presa, tratando de drenar aquella excitación que alborotaba mis sentidos. Fue entonces cuando en la oscuridad divisé un venado en medio de un bosquecillo de chaguaramos. Su visión incrementó mi voracidad a un nivel que jamás había experimentado. Más que hambre humana, era apetencia de bestia. Fui tras él. Aquello no tenía sentido. No había modo lógico de alcanzar al venado. Por naturaleza, él debía ser mucho más rápido que yo. Pero mis dos piernas resultaron mucho más veloces que sus cuatro patas. Y mientras lo perseguía, de manera compulsiva, yo lanzaba al aire tétricos silbidos.

Pobre animal. Qué no le hice. Lo inmovilicé con la soga. Le propiné una muerte lenta. Lo desollé vivo, poco a poco. Le saqué los ojos, por diversión siniestra. Le quité el cuero con maestría, tal como me había enseñado papá. Mientras le despojaba de su atuendo natural, lo torturé de diversas maneras. Los chillidos del animal resonaron por la sabana. Sus ecos se los llevó la brisa de mastranto, más allá de los espejos de laguna y las palmeras que se asomaban bajo la luna llena.

Luego, aproveché su carne y sus vísceras. Pero en lugar de cocinarlas al fuego de una parrilla o fogata, las devoré crudas, como un monstruo. Desgajé su corazón y lo saboreé mientras todavía latía. Con cada mordida, la sangre aún caliente del mamífero chorreaba de mis labios y empapaba mi ropa. Algo en mi mente me decía que me

detuviera, que parara. Pero fue inútil: mis más feroces instintos estaban ajenos a la razón.

En ese momento pensé, con una voz que ya no sabía si era mía: «El llano enloquece a pesar de su belleza. Y la locura del hombre de la tierra ancha acaba en muerte atroz. Por eso la llanura es hermosa y terrible a la vez».

Acabé de roer los huesos del animal cuando apareció el sol del alba. Ni siquiera lavé mi humanidad en el río. Saciado, regresé con mi familia.

Mamá, ya despierta, me recibió fuera de su carpa. Me inquirió desesperada:

—¿Dónde está tu padre?

—No lo sé, mamá. ¿No estaba contigo?

—No. Salió a medianoche a hacer sus necesidades, pero no regresó. Y tú, ¿por qué tienes todo el cuerpo manchado de sangre?

—Estuve cazando, mamá. Atrapé un venado y le saqué el cuero. Por eso la sangre.

Mi madre asintió, pero con un dejo de incredulidad en su rostro.

—Vayamos a buscar a tu padre —me conminó.

Recorrimos a conciencia los alrededores con nuestro perro, Tureco. No había rastro del viejo. A media mañana, llegamos al bosque de chaguaramos donde había devorado al venado.

No pude creer lo que vi: no era un animal lo que había comido la noche anterior… Allí había restos humanos…, la osamenta de papá junto a sus ropas desgarradas. Una mezcla de asco, irrealidad, miedo y arrepentimiento se apoderó de mí. ¡Maldita sea! ¿Qué había hecho,

Dios mío? Un ente oscuro se había apoderado de mi mente, de mi alma. No encontraba otra explicación para lo sucedido.

—¡Mataste a tu propio padre! ¿Por qué, hijo mío? ¡Ese hombre te amaba más que a su propia vida!

—Mamá, tienes que creerme, ¡jamás le haría daño a papá! Somos muy cercanos. ¡Los amo con toda mi alma!

—Hijo, te creo, pero eso ya no importa. ¡Debes irte! ¡Huye lejos! ¡Vete antes de que te vea tu hermano, Juan! Porque él te va a matar… Siempre seré tu madre, no olvides. Le pediré a Dios que tenga misericordia de ti. ¡Oraré fuerte por ti a los ángeles custodios!

Salí corriendo por la sabana anchurosa. Tureco trotaba a mi lado. Avanzábamos en silencio, acompañando el curso pausado de los grandes ríos solitarios que se deslizan por la llanura. ¡Y mire que hay ríos en el llano! Dejé atrás palmares, pasturas y morichales, presa de un espíritu errabundo y una naturaleza fantaseadora. Ya era de noche cuando escuché, dentro de mi mente, una voz que cantaba esta copla errante:

Hoy te quiero y no te olvido.
¡Hoy me has dado muerte, hijo mío!
Pero no te condeno, te perdono y te atesoro.
Por tu salvación, hoy a Dios le imploro.

En ese instante, un umbral de oscuridad se abrió bajo mis pies. En caída libre, me precipité en un abismo que no parecía tener fin. Perdí la conciencia antes de tocar fondo.

Horas después, me levanté somnoliento. Curiosamente, Tureco seguía conmigo y escuché una voz que decía:

—Hola, al fin llegaste. Te esperaba.

—¿Quién eres? —inquirí con voz temblorosa, abriendo por fin los ojos.

—Soy Sinahel, un ángel custodio, una entidad del Orden. Y ella es la angelina Dorcas.

La angelina Dorcas vestía una túnica blanca y un manto azul. Llevaba entre sus manos el santo rosario. Calzaba sandalias y portaba una corona de siete estrellas.

El ángel custodio Sinahel llevaba una túnica de color beis y sandalias.

—No entiendo. Pensé que me encontraba en el infierno. Pero ¿resulta que después de haber asesinado a mi padre me he ganado el cielo? —pregunté confundido.

—No tan rápido, hijo mío. No estás en el cielo. Te encuentras en el purgatorio. Además, lo que pasó con tu padre no fue tu culpa. Tu cuerpo fue poseído por uno de los esbirros del Caos, Behemot, una bestia obesa, de grotesco aspecto y ásperos modales. El centro del poder de Behemot se encuentra en su estómago. Se le considera el demonio de la gula, de los excesos gastronómicos. Su inteligencia no parece demasiado desarrollada. Solo quiere saciar su hambre despiadada —explicó el ángel custodio.

—¿Eso quiere decir que no soy responsable de la muerte de papá?

—No eres culpable, pero sí responsable —respondió Sinahel con sabiduría—. Existe una diferencia entre ambos términos. Culpable es aquel que hace el mal de manera deliberada. Y quien tiene una culpa por pagar merece un castigo ejemplar. Responsable es aquel que no fue capaz de dar una respuesta adecuada en un momento de responsabilidad. Fuiste débil. Tu alma fue presa fácil de Behemot. Si hubieras sido fuerte, el demonio no habría colonizado tu subjetividad, no habría poseído tu alma y tu padre estaría vivo, no muerto. Por eso, aunque no eres culpable, eres responsable.

—Entonces, ¡sí podré salvar mi alma! ¿Qué debo hacer, ángel

Sinahel?

—Estás aquí para purificar tu alma antes de ir al cielo. Aquí te versaré en las sagradas doctrinas de la luz. En especial, aquella que plantea la necesidad de mantener el Orden del universo. Pues solo el Orden trae estabilidad universal. Después, si resistes las durísimas pruebas del purgatorio, te convertiré en uno de mis asistentes. Recientemente, perdí a uno de mis mejores y más queridos agentes, quien se encuentra en una situación delicadísima.

—¿Y qué hay de Tureco? Mamá siempre decía que las mascotas iban al cielo.

En ese momento tomó la palabra la angelina Dorcas, quien dijo:

—Por tu perro no te preocupes. Él irá al cielo ahora mismo.

Entonces vi a mi querido Tureco elevarse a los planos más sublimes de la existencia, al ser arrastrado por una hermosa luz celestial.

Entonces Dorcas, con una mirada llena de infinita dulzura y gentileza, me dijo:

—Mientras huías por la llanura, después del siniestro, te precipitaste por una colina y moriste al golpear tu cabeza con una piedra. Por suerte, tu buena madre oró por tu salvación. Por eso tu alma está aquí, en lugar de haberse ido al infierno. Si ellos, como mortales pecadores que son, hubieran cedido a la tentación de maldecirte, habrías ido directo y sin escalas al reino de satanás. Pero tu madre te ama sin reservas. Oró muchísimo por ti. Entonces, para poder entrar al reino celeste deberás pagar una fortísima penitencia. Veremos qué tanto puedes soportar algunos tormentos. Pero eres un ser de luz y te recuerdo que, cuando conectas con tu esencia de luz y divinidad, la paz y la armonía te envuelven de inmediato.

A lo que agregó Sinahel:

—Los sufrimientos del purgatorio son temporales y suelen agruparse en dos: las penas de daño, son las más dolorosas, porque te privaremos temporalmente de la visión de Yavé; y las penas de sentido, padecerás en tu interior el fuego que purifica las almas en el camino de la plena unión con Yavé. Pero estas penas son esenciales para que las doctrinas de luz se instauren en tu interior; para que puedas emanar una fe plena, una convicción firme y un Orden sostenido.

De pronto, el ángel custodio Sinahel y la angelina Dorcas dijeron al mismo tiempo:

Bendita ánima del purgatorio, arrepiéntete de tus pecados en este mundo y busca luz perpetua que brilla para ti.

Bendito señor Yavé, os ruego clemencia y misericordia por esta ánima del purgatorio que está cerca de cumplir la purga de sus errores, para que entren en tu reino ahora mismo.

Después de eso me sumí en una lumbre cegadora y en un calor infernal.

Durante meses sufrí en cada rincón de mi alma la combustión purificadora del fuego sagrado: era la pena de sentido. Y a pesar de la fuerte lumbre, estaba ciego a la visión de Yavé: era la pena de daño. Y mientras mi alma se quemaba, escuchaba la incansable voz del ángel Sinahel, quien me iba versando en las doctrinas de la luz y el Orden. Luego de sufrir este potentísimo tormento, mis culpas fueron redimidas. Subí hasta llegar a las puertas del cielo, Donde me recibieron San Pedro y los Jerarcas del Orden misericordioso.

Al entrar, lloré de alegría porque, tal como lo había imaginado, ahí estaba una persona muy especial.

Mi mentor.

Mi mejor amigo.

Mi padre.

PARTE IV
LA SAGA DE FORTUNATA HANSEN GREEN

«Debes dejar que pase lo que pase. Todo debe ser igual a tus ojos: bueno y malo, bello y feo, tonto y sabio, orden y caos».

Michael Ende

«La vida surge de la muerte, la muerte surge de la vida; al ser opuestos se anhelan, se dan a luz y renacen para siempre. Y con ellos renace todo: la flor del manzano, la luz de las estrellas. En la vida está la muerte.

En la muerte está el renacimiento.

¿Qué es, entonces, la vida sin la muerte? Son una misma cosa porque al encender una vela siempre proyectas una sombra».

Ursula K. Le Guin

Yo soy Fortunata Hansen Green

Me llamo Fortunata Isabel Hansen Green. Papá me puso ese nombre para contrarrestar la mala suerte. Nací el martes 13 de abril de 1995, en Caracas. Es sabido que la combinación del número 13 con el día martes se considera fatal. Pero para él yo era la siempre afortunada, *the lucky one*, por haber nacido en una familia que me colmaría de amor eternamente.

Hay quienes dicen que soy de la generación de los *millennials*, otros que soy de la generación Z, pero me considero una *baby boomer*, pues me siento un alma vieja. Me encanta el rocanrol, Tracy Chapman y Aerosmith. Recuerdo cuando mamá me llevaba a la escuela mientras escuchábamos *Fast Car*, de Chapman. Decía que cantar canciones en inglés era una manera divertida de aprender el idioma. Juntas cantábamos el coro:

So I remember we were driving, driving in your car

Speed so fast, I felt like I was drunk

City lights lay out before us

And your arm felt nice wrapped 'round my shoulder

And I-I, had a feeling that I belonged

I-I had a feeling I could be someone, be someone, be someone.

Mi mamá, Fernanda Green, era dueña de su propia pastelería. Era hija de un americano y una venezolana con raíces indígenas. Por su parte, papá, Fausto Hansen, era todo un diplomático noruego. Se conocieron muy jóvenes, cuando él visitó Caracas para estudiar español. Quería convertirse en embajador luego de terminar sus estudios en Relaciones Internacionales en el país escandinavo. Por su profesión era todo un políglota. Cierta vez, visitó El Sabor de la Magia,

el establecimiento de mamá, ubicado en La Castellana, donde cayó rendido ante su hipnotizante mirada y las delicias que preparaba.

Debido a nuestras raíces extranjeras, mi hermana y yo éramos exóticas en nuestro país. No éramos precisamente esas beldades trigueñas, de cabello oscuro y de figura voluptuosa que distinguían a las venezolanas. Felicia del Valle, la primogénita, había heredado la gracia de mamá. Tenía la piel blanca como el algodón. Sus ojos eran de un azul intenso, pero su cabello era castaño oscuro, como el de la abuela, que era toda una belleza criolla de ascendencia indígena. El abuelo Frank había caído redondito a sus pies cuando la conoció en la empresa petrolera a mediados del siglo XX. Habían sido compañeros de trabajo.

Tanto Felicia como yo éramos delgaduchas. Nos faltaban las redondeces criollas que hacen famosas a nuestras paisanas. De la abuela Green no sacamos nada. «Solo un poco de su trasero», dice mi hermana. Yo, por mi parte, era pelirroja. Muchas veces me decían que tenía un aire similar al de la actriz Jessica Chastain, con pecas en el rostro y en el resto de mi cuerpo. Algo que odiaba, aunque había quienes lo encontraban muy atractivo. Lo que sí había heredado de mis padres era su maravilloso metabolismo: podía comer lo que quisiera sin preocuparme por subir un gramo. Siempre he sido una chica delgada, algo que es un don, porque mi amor por la comida es inmenso. Y el gimnasio y yo no somos los mejores amigos.

Según mi hermana, mis senos son como limones. O como dice Shakira en su canción, nadie confundirá mis pechos con montañas. Pero al menos saqué un poquito del famoso trasero de la abuela Green. Y, por supuesto, destaco por mis rasgos escandinavos. Aunque para mí a veces es una tragedia, pues los pelirrojos somos apenas el 1 % de la población mundial. Esa rareza nos expone a ciertos tratos injustos y vejatorios. Y aunque en mi país no somos racistas, algunas personas me hacían sentir como el bicho raro del lugar.

De acuerdo con Wikipedia, en los países mediterráneos hay

una superstición —de supuesto origen romano— que plantea que los pelirrojos traen mala suerte. Esto quizás se deba a que buena parte de los enemigos de Roma eran pelirrojos —como los celtas o los galos— . Además, en la Edad Media la religión cristiana relacionó la tenencia de cabello rojo o anaranjado —colores propios del fuego— con un origen infernal.

A partir de entonces se empezó a representar a los personajes malvados de la Biblia como pelirrojos en cuadros, libros e historias.

Con el paso de los siglos, esa superchería sería trasladada a series de televisión y películas, lo que contribuyó a perpetuar el estigma. ¡Imagínense cómo me sentí al leer todo esto! O sea, el pelirrojo era el propio *Evil* encarnado.

Hubo un tiempo en el que opté por teñir mi cabello de *black*. Odiaba ser pelirroja.

Mamá, a pesar de ser de apariencia anglosajona, la típica rubia de ojos verdes, se sentía tan criolla como una arepa, símbolo de la gastronomía venezolana. Para los que no lo saben, este es un alimento elaborado con masa de maíz molido, que se puede servir con acompañamientos como queso, carnes diversas, pollo o lo que quieras.

Ella era un ser mágico, con habilidades espirituales que parecía ocultarle a papá, pero que nos transmitió a mi hermana y a mí desde muy niñas. Recuerdo, como si fuera ayer, algo que nos comentó con mucha seriedad:

—Este mundo es un lugar muy peligroso. Especialmente para ustedes, que son niñas y que en un futuro serán mujeres. Desde hace 10 000 años hemos sido dominadas por los hombres y su patriarcado. Ellos siempre han gozado de una condición de supremacía sobre nosotras. Hemos sido oprimidas en público desde la Edad Media, cuando por ser brujas nos perseguían para quemarnos en la hoguera. Y la verdad nunca vi a ningún hechicero arder en aquel entonces. Nos despreciaban por el simple hecho de no ser como ellos.

—Mamá, parece que odias a los hombres. ¿Por qué estás con papá? —le pregunté.

—Tu padre es la excepción a la regla. Es un hombre bueno, siempre me ha visto como su igual, por eso lo amo y lo respeto. Pero no todos son como él. Deben cuidarse y saber defenderse. Por eso les enseñaré todo lo que sé. Quiero que estén listas para enfrentar los desafíos de la vida. Ustedes, mis niñas, están hechas para cambiar esas reglas. Ustedes tienen sangre de guerreras. El mundo no sabrá a lo que se enfrenta si intenta meterse con ustedes.

Fue así como mamá nos enseñó todo sobre hechizos, conjuros, rituales y polvos mágicos. Siempre nos advirtió que solo debíamos utilizar nuestra magia para defendernos, no para atacar a otros. Mamá nunca nos dijo de dónde provenían sus habilidades sobrenaturales. Lo que quedaba claro era que éramos diferentes al resto del mundo.

Con el paso de los años, nos enseñó a preparar cerveza artesanal. Toda una rareza, pues en mi país se bebe muchísima, pero de la industrial. La marca Polar es famosa más allá de nuestras fronteras. Venezuela produce tanta cerveza como petróleo en el mundo. Pero la que preparábamos en casa era distinta. Parecía, más bien, un potaje. En la cena, siempre tomábamos de ella, como una especie de ritual. A papá, que le encantaba la comida de mamá, le repugnaba aquel brebaje. Prefería las cervezas comerciales de sabores ligeros. A veces, mamá se enojaba con él, por rechazar la que ella preparaba para nosotros.

Todo aquello era una fascinación para mí, porque aprendí que con los lanzamientos de hechizos tenía la habilidad de alterar la realidad; con la creación de pociones podía crear bebidas y manjares con propiedades mágicas. Incluso, adquirí la habilidad telequinética de mover objetos y personas con la mente.

En el colegio, cuando algunos niños me hacían *bullying* por mi cabello rojizo, hacía que se tropezaran en los pasillos y se cayeran frente a todos como tontos.

En mi adolescencia, comencé a ligar mucho. Dicen que las pelirrojas llamamos mucho la atención, pues nuestro cabello provoca más excitación que cualquier otro color. Así fue como Juan Carlos, el chico más lindo de la clase, comenzó a cortejarme. Pero mi mejor amigo, Fabián, me había advertido que a él solo le gustaba jugar con las chicas. Sin embargo, solía pensar que eran celos de él, pues Fabián era el hermano que no tuve, aquel que la vida me regaló. Nos conocimos en el preescolar, teníamos más de veinte años de amistad. Él era el hombre más especial de mi vida, después de papá.

Un buen día, allá por el año 2010, comencé a salir con Juan Carlos. Nos hicimos novios. Era tan atento conmigo que muchas veces vi a Fabián arder de celos. Un viernes de noviembre me invitó al cine. Acepté encantada. Mientras veíamos *Harry Potter y las reliquias de la muerte*, comenzamos a besarnos. La temperatura fue subiendo y él comenzó a propasarse. Le dije que parara, pero parecía no querer escucharme. En un ataque de rabia y frustración, y sin tocarle un cabello, le propiné un fortísimo empujón telequinético. Lo envié al otro extremo de la sala. El estruendo del impacto se escuchó en todo el lugar. Salí despavorida, sin saber qué hacer. Desesperada, llamé a Felicia, quien me buscó en el cine del CCCT.

Al día siguiente nos enteramos de que Juan Carlos había caído en coma a causa de la contusión. Sus padres no tenían idea de lo sucedido, pero ciertos testigos afirmaban haberme visto lanzarlo con fuerza desde mi asiento. Nadie creyó esa versión, pues desafiaba al sentido común. Pero mamá sí sabía lo que había hecho y me reprendió por ello. Me hizo prometer que jamás usaría mi magia para dañar a otros, aun cuando traté de explicarle por qué lo había hecho. Ella no me quiso escuchar. Enojada, comencé a transitar una etapa de rebeldía.

Fue así como comencé a usar mis poderes para escapar de casa o atacar a los ladrones de noche. Me convertí en una especie de vigilante, de justiciera. También usaba de modo erróneo los polvos mágicos en cualquier tipo de comida o bebida que preparaba para mi

consumo. En exceso, distorsionaban mi realidad, haciéndome viajar a lugares oscuros en los que no hallaba salida. Mis padres no podían hacer nada para detenerme. Me estaba dañando. Papá pensaba que simplemente me drogaba, pero mamá sabía perfectamente lo que hacía. Había caído en los estragos de la magia oscura, mi lado más *dark*.

Una tarde mamá me pidió que la acompañara a buscar a papá al aeropuerto de Maiquetía. Volvía de una misión diplomática. Pero yo le hice un desplante y no quise ir con ella. Ese día la tragedia tocó a nuestra puerta. Un vehículo que transportaba imágenes eclesiásticas impactó brutalmente al auto de mamá en la autopista. Increíblemente, al auto perteneciente a la Iglesia no le ocurrió nada y su conductor, un tal Morilón Gómez, ni siquiera había sufrido un rasguño. Ni una sola imagen o reliquia se había quebrado. En cambio, el Toyota Corolla de mamá había quedado como un acordeón.

La llevaron a la Clínica La Trinidad. Estaba en terapia intensiva y su situación era delicada. Papá, mi hermana y yo llegamos poco después. Fabián fue para apoyarme. De pronto, el doctor nos dio esta noticia:

—Lamentablemente, no hay mucho que podamos hacer, solo orar —dijo el médico mientras mi hermana y yo escuchábamos sus palabras.

—Doctor, tiene que hacer algo para salvar a mi esposa —imploró papá.

—Lo siento mucho. Lo mejor que pueden hacer es entrar para verla por última vez.

Papá lloraba desconsolado. Felicia me dijo desconcertada:

—Pensé que mamá era un ser superior y que podría sobrevivir a un accidente.

—Yo creía lo mismo, hermana. La creía casi inmortal. Esta es la manera más absurda en la que una bruja podría morir. ¿Un accidente de auto? Todavía no creo que no podamos salvar a mamá. Deberíamos tener la facultad de sanarla, de curarla —le decía a Felicia.

—Pues parece que no podemos hacer nada —respondió desmoronándose en llanto.

El doctor nos invitó a pasar a la habitación. Mamá estaba entubada, con múltiples lesiones y moretones. Papá, Felicia y yo rodeamos su cama. Mamá no podía hablar físicamente. Pero Felicia y yo nos comunicamos con ella mentalmente.

***

—Mamá, tenía que haber ido contigo. Nada de esto hubiese pasado, te hubiese ayudado con mis poderes. Te hubiese salvado —le dije.

—No digas tonterías, Fortunata. Este accidente no es casual. En él han influido fuerzas superiores. Si hubieras venido conmigo, habría sido mucho peor. Te amo, Fortunata. Te amo, Felicia. Y, antes de partir, quiero que me prometan algo —dijo.

—No hables como si te despidieras, mamá —le dijo Felicia.

—No hay nada que hacer —respondió—. Felicia, eres la hermana mayor, siempre cuidarás de Fortunata pase lo que pase. Eres madura y sabia. La más sensata de esta familia. Estudia algo que te permita llevar una buena calidad de vida. Y no dejes de escribir. ¡Cuando eras adolescente escribías unas historias fantásticas y soñabas con ser escritora! Y tú, Fortunata, prométeme que no seguirás usando tus poderes para hacerte daño y lastimar a otros. Es un don por el que deberías estar agradecida. Muchos darían lo que no tienen por tener lo que te ha tocado. Haz algo productivo con tu vida. Monta una pastelería. Siempre has soñado con hacerlo. Trata de cumplir tus

sueños.

—Lo sé, mamá. Tienes razón. Te prometo que haré a un lado mi oscuridad para honrarte. Y trataré de hacer realidad mis sueños —dije.

—No digo que hagas a un lado tu oscuridad. Solo que la uses sabiamente. Los amo con todo mi corazón, tuve una gran vida con ustedes. Llegó el momento de reunirme con el abuelo Green —fueron sus últimas palabras.

Tras su muerte, la familia nunca volvió a ser la misma. La tragedia nos hundió en la más obscena tristeza. Papá comenzó a viajar mucho más de la cuenta, apenas estaba un par de veces al año en casa. Se había vuelto taciturno, callado. Ya no era el hombre vivaz, alegre con el que se casó mamá. Por su parte, Felicia, que pretendía seguir los pasos de papá, estudió Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar. Se tomó un año sabático en París para estudiar pastelería francesa. Decía que era una manera de estar cerca de mamá. Y yo decidí acompañarla porque me encantaba la repostería como a mamá y quería seguir llevando las riendas de su negocio al regresar.

Pero la verdad es que Felicia odiaba la repostería y terminó dejándolo luego de un año. Entonces regresó a Venezuela para terminar sus estudios de politóloga. Años después, se convirtió en embajadora de Venezuela en España. Se ha vuelto una persona exitosa e importante. Actualmente, está realizando la maestría de la Escuela de Escritores de Madrid. Espero que, además de su éxito profesional, cumpla su sueño de ser escritora.

En cambio, yo, si bien es cierto, había recuperado mi vida de antes, me encontraba sin rumbo. Apenas tenía diecinueve años. Habían transcurrido dos desde que mamá se había ido. Así que decidí aventurarme al Reino Unido. Compré boletos e hice los arreglos para marcharme a Londres con la excusa de mejorar mis técnicas culinarias. Por fortuna, dominaba bastante bien el inglés, así que integrarme a las clases no sería un problema. De papá tenía esa

habilidad para los idiomas. Hablaba con fluidez también el francés, el noruego —papá nos los enseñó de niña— y el español, mi lengua materna.

Fabián y yo seguíamos en constante contacto a través de WhatsApp. Él había viajado a Italia a visitar a sus abuelos, pero había vuelto luego de unos pocos meses. Quise convencerlo de ir conmigo a Londres, pero me dijo que había conocido a una chica y, pues, estaba entusiasmado con ella y no quería dejarla. Me sentí un poco celosa cuando me lo dijo, pero en el fondo me alegré por él.

Mamá sigue presente en mi mente cada día, aun cuando ya no está físicamente conmigo. Ella continúa muy dentro de mí. Cada recuerdo, cada suspiro, cada beso, cada abrazo lo evoco con agradecida ternura. Así pues, sin más, emprendí mi viaje a Londres.

Estaba ansiosa por saber lo que me depararía esta nueva aventura, mientras esperaba en el aeropuerto de Maiquetía, deleitándome con una deliciosa cerveza artesanal, mi bebida favorita.

Bienvenida a Londres

Tras la muerte de mi madre, pasé meses planificando mi viaje a Londres; había previsto formarme académicamente en cocina. Igual que a mamá, me apasionaba la pastelería. También me interesaban los platillos tipo gourmet, así que iba dispuesta a convertirme en chef. Estaba en cuenta regresiva… hasta que el esperado 13 de noviembre llegó.

Partí esa mañana a Inglaterra desde Venezuela, colmada de expectativas que esperaba cubrir con inolvidables vivencias. «Estoy rayando en lo ridículo», pensé. Revisé entonces mi correo electrónico; allí tenía la información sobre la host *family* que me recibiría.

Mientras esperaba abordar mi avión, leí que viviría junto con una pareja inglesa. Aunque tenía suficiente dinero para rentar un *flat*, pues mamá nos había dejado a Felicia y a mí una muy robusta herencia y papá también se ocupaba financieramente de nosotras, la idea de conocer gente nueva me encantaba, me haría bien socializar un poco después de todo.

El vuelo arribó sin contratiempos. En el aeropuerto me esperaba el conductor que me llevaría hasta mi casa de intercambio, con un letrero en el que se leía, no tan claro, mi nombre; al final pude deducir que el «Fornutata» de la hoja en blanco que mostraba quería decir «Fortunata». Era un joven delgado, de unos treinta años, de origen afgano, con un *broten English* que me costaba entender. Sin embargo, me las arreglé para comunicarme.

Su cordialidad me dejó perpleja. Me regaló una tarjeta SIM para el móvil, y además tuvo la gentileza de invitarme un Big Mac Spicy cuando paramos en un Automac. Me contó que en su país las mujeres son vejadas, pero en su hogar las cosas eran diferentes. Su

familia abandonó sus tradiciones cuando se mudó a Londres, él era apenas un niño. Su padre le enseñó a respetar y a amar a su madre y hermanas. Así que, a diferencia de sus coterráneos, ve a las mujeres como sus iguales y no como seres inferiores. Disfrutaba ser amable con las féminas. Supe por él que habían cambiado el lugar donde me albergaría; eso me generó un poco de ansiedad. Al llegar a mi aposento vi que se trataba de una *terraced house*, como le llaman localmente a este tipo de viviendas. Son casas adosadas, unifamiliares, separadas por una pared medianera de otras viviendas idénticas. La mía era de dos pisos, con una fachada de ladrillos marrones ajados, con una ventana que daba hacia la calle y una puerta de color rojo sangre rodeada por una cerca que me llegaba a las rodillas. No le encontré sentido a esa cerca: si estaba puesta por razones de seguridad, cualquiera podría atravesarla.

Me disponía a tocar el timbre, cuando de la casa salió una afable abuela a recibirme. Se trataba de *misses* White. Su apellido era el antónimo de su color de piel. Eso me causó gracia.

—Hola, mi niña. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—preguntó en inglés con acento británico.

«Love it», pensé.

—Hola, *misses* White. El viaje estuvo estupendo. Un poco largo, debo decir. Pero emocionada por lo que Londres tiene preparado para mí.

—Estoy segura de que disfrutarás tu estancia en esta maravillosa ciudad, te sorprenderás —replicó ella.

La señora Blanco era del tipo indulgente. Apenas entré, recibí una calurosa bienvenida y me mostró la diminuta habitación donde dormiría los próximos meses, no sé si podría durar en esa casa más de un mes, necesitaría más espacio, sobre todo para mis utensilios de cocina, pensé. De inmediato, salí a recorrer la ciudad. Eran las cuatro

de la tarde. Como era de esperarse, en Londres parecía medianoche. Estábamos en invierno: días cortos, noches excesivamente largas.

Mi *grandma*, como comencé a llamar a mi anfitriona, me enseñó la ruta que debía tomar para llegar al *downtown*; por tanto, tomé el bus en la estación, rumbo a mi destino.

Bajé del colectivo dispuesta a caminar por las calles que atravesaban el puente del río Támesis. Divisé el popular London Eye, el Big Ben y la abadía de Westminster. En el perímetro se sentía una algarabía demencial, el ambiente era contagioso; un verdadero encuentro multicultural.

Había quedado esa tarde en encontrarme con un amigo que jamás llegó; no tuve más remedio que tomarme una cerveza en soledad, en un bar situado muy cerca de la estación Embankment.

Un par de horas después, decidí volver a casa agobiada por el aletargante frío. Mientras esperaba mi transporte, entablé conversación con un hombre fornido, de ojos claros, nativo de Nigeria llamado Peter Seaver. Al principio sentí cierta suspicacia; pero esta se disipó en corto tiempo por su educada caballerosidad.

Nuestro medio de transporte llegó; él tomaría el mismo autobús que yo. No sabría si llamarlo casualidad, mala o buena suerte. Para mi infortunio, en pocos minutos me di cuenta de que no tenía la menor idea de cómo demonios iba a retornar; no recordaba la dirección de *misses* White. La batería de mi móvil había muerto; allí tenía sus datos. «Maldita sea, no puede ser que esto me esté pasando en mi primer día de viaje», pensé.

Le expliqué la situación a mi nuevo amigo, diciéndole que el único dato que había guardado en mi memoria era un restaurante vietnamita que se ubicaba cerca de la estación de donde había salido. «Hay cientos de lugares como ese en la ciudad», me informó. Mi situación no podía ser peor.

Ante el oscuro panorama, literalmente, Seaver me propuso lo siguiente:

—Si quieres, podemos ir a mi casa. Allí podrás chequear tu *e-mail* para saber dónde te hospedas y cargar tu teléfono. Puedes quedarte a dormir. Mañana puedo acompañarte.

Quedé patidifusa con su propuesta. Pero no tenía otra solución aparente.

—Está bien, parece que no tengo una mejor opción —respondí en inglés, parca.

Fuimos a su domicilio. En el camino no dejaba de imaginar que el sujeto podría violarme, asesinarme o cometer cualquier clase de perversión.

Su vivienda era todo un aposento victoriano. Esas casas que dan una sensación de castillo y recuerdan las mansiones góticas que inspiraron los diseños cuando la reina Victoria estaba en el trono que corresponden a la época de 1837 y 1901. Este era de tres pisos de altura, bastante impresionante y con un interior oscuro, caótico y con un olor a cerveza rancia.

Debo confesar que sentí miedo al entrar; no dejaba de suponer que cualquier cosa no grata estaba por suceder.

Cuando subía las escaleras, estas crujían como huesos rotos. Llegamos a su habitación y, estando allí, él encendió su *laptop*. Me dispuse rápidamente y con las manos sudadas de frío a revisar mi *e-mail* y anoté la información que buscaba en un papel que me entregó; lo guardé de inmediato en mi bolsillo.

Me ofreció su cama. Dijo que esa noche dormiría fuera, así yo estaría más tranquila; pero yo me sentía como si estuviese recorriendo un cementerio en solitario en Halloween. Como pude me acosté, pero no pude pegar un ojo en toda la miserable noche. El tiempo se me

hizo eterno, hasta que amaneció por fin, cuando escuché a mi *roommate* llegar. Subió a la habitación y me entregó un café *latte* con un tostado cruasán de mantequilla, que estaban deliciosos, debo decir. Me dejó saber que ya podíamos partir.

Listos para el regreso, tomamos el metro esta vez. Él se mostró callado esa mañana. En el camino me aconsejó que la próxima vez debía ser más cuidadosa.

—No sabes con qué tipo de persona puedes toparte —me dijo con tono paternal.

Le dije que esta vez había tenido suerte de haberlo encontrado a él. Había sido mi ángel guardián. Seguidamente, se despidió con un efusivo abrazo.

A salvo, caminé hasta mi morada en Deptford Bridge y al pasar quedé atónita al ver un charco de sangre cerca de la puerta. *Misses* White yacía tirada en la cocina, con una herida en la cabeza y varios rasguños en sus brazos.

Llamé al número de emergencias. El departamento metropolitano policial de Londres, Scotland Yard, no tardó en comparecer. Un detective, Roy Jones, se apersonó en el lugar de los hechos.

—¿Ha visto esta noche algo sospechoso? —me preguntó en inglés.

—Pues no. La verdad es que anoche no dormí en casa —respondí nerviosa.

—¿Dónde se encontraba usted, entonces, señorita? —inquirió Jones con suspicacia.

—Apenas tengo una noche en Londres. Llegué ayer, procedente de Caracas. Solo la vi un par de horas antes de salir de casa. No tengo idea de quién pudo haberle hecho esta atrocidad — repliqué.

El interrogatorio se prolongó durante algunos minutos. El agente pareció satisfecho con las explicaciones que le ofrecí. Vaya bienvenida a Londres, decía para mí.

Mientras tanto, *misses* White fue trasladada en ambulancia hasta el London Bridge Hospital, donde recibió la atención que necesitaba. Aunque su situación era desalentadora, los médicos del área de terapia intensiva lograron estabilizarla. Un par de semanas después la dieron de alta. Fui entonces a buscarla para llevarla a casa.

Gracias al cielo, ahora se encuentra fuera de peligro.

Una tarde, cuando tertuliaba con mi anfitriona a la hora del té, en el comedor de su casa, el noticiero televisivo de la BBC News emitió un reportaje detallando los pormenores del caso de intento de homicidio del que había sido víctima *misses* White.

Según la versión oficial del detective de Scotland Yard Roy Jones, el principal sospechoso era un hombre con acento extranjero, piel oscura y origen africano.

El nombre del supuesto agresor era Peter Seaver.

Yo escuchaba la noticia frenética, con los pelos de punta. Cuando vi la fotografía de Seaver en el noticiero de la BBC News, se me secó la garganta, percibí una inusual punzada en mi sien izquierda y sentí que el rostro se me petrificaba.

—*Misses* White, ¿ese fue el hombre que te atacó? —pregunté alterada.

—Hija, ¡todo era muy confuso esa noche! La verdad no lo recuerdo. Sea quien sea, ¡espero que lo atrapen! —respondió *misses* White.

Jones afirmaba que Seaver era «uno de esos sociópatas bipolares, que suelen ser seductores, carismáticos y aparentemente compasivos con quienes les agradan, y manipuladores, explotadores y

extremadamente agresivos con aquellos que les desagradan».

La locutora del noticiero, una muchacha hongkonesa de impecable acento británico, ese acento que espero emular durante mi estancia en Inglaterra, informó que la Interpol había lanzado una *red alert* contra Seaver porque era sospechoso de «tres asesinatos y dos homicidios en grado de frustración cometidos contra sexagenarias y septuagenarias en Londres, Canterbury y Stratford-upon-Avon. Por el momento, su paradero es un misterio total».

Me sentía hiperventilada. Le dije a *misses* White que necesitaba comprar unas cosas en la farmacia.

Salí de casa para tomar aire.

¿Era posible que aquel tipo amigable que me ofreció su casa y su cama de manera desinteresada, aquel ángel guardián que me recibió en Londres recién llegada de Maiquetía, fuera un sociópata, un perturbado, un serial killer que atacaba a damas antañonas?

¿Por qué me había dejado vivir?

Nunca lo sabré.

Viviré con la duda, al menos eso creo.

De pronto, camino a la farmacia, después de dejar atrás la St. Nicholas Church, contemplé un enorme cartel luminoso que entre rizos de creciente niebla anunciaba: *«Keep calm and welcome to London».*

El sabor de lo prohibido

I

—Fortunata, prométeme que no seguirás usando tus poderes para hacerte daño y lastimar a otros. Es un don por el que deberías estar agradecida. Muchos darían lo que no tienen por tener lo que te ha tocado. No digo que hagas a un lado tu oscuridad. Solo que la uses sabiamente. Debes dejar ese estilo de vida que te hace miserable, hija. Pero no debes dejar que te domine tu lado oscuro. Haz algo productivo con tu vida. Monta una pastelería. Siempre has soñado con hacerlo. Trata de cumplir tus sueños —fueron las últimas palabras que mi madre me dirigió mentalmente en su lecho de muerte.

Ella me sugirió que abriera una pastelería; lo hice después de culminar mis estudios de cocina en la Chef Academy de Londres, luego de un año de esfuerzo. Aunque mi estancia en la capital inglesa fue increíble, porque pude viajar hasta Escocia, Irlanda y Suiza, lo de *misses* White me dejó un mal sabor de boca. Además, sentía que alguien más me vigilaba, no sé si se trataba de ese tal Peter Seaver, que iría luego tras de mí. Desde niña había sido muy sensitiva, no tanto como mamá, que era capaz de ver el futuro de otras personas, pero sí podía sentir cuando algo no estaba bien. Siempre que volvía a casa de clases, o de alguna salida con mis compañeros, una oscuridad que no sabía explicar me acechaba y quería evitar el uso de mis poderes a toda costa, tal como lo había prometido. Así que apenas terminé mis estudios gastronómicos, me mudé a Madrid.

Esperaba que mis nuevas habilidades en el arte culinario me mantuvieran al margen de lo prohibido y me permitieran comenzar de nuevo. Entonces, cumplí la última plegaria de mi progenitora. Encontré un pequeño local que rentaban en el centro de la capital

española. Lo acondicioné. Lo decoré con un toque *british* y un aire neerlandés. Compré la maquinaria necesaria y en pocas semanas comencé a preparar los mejores hojaldres y los más deliciosos bizcochos de la ciudad.

Las ventas me sorprendieron; no esperaba tal acogida, por lo menos no tan pronto. La gente no paraba de amontonarse en el local. En él contaba con dos ayudantes en la cocina, una jovencita en el mostrador y otra para cobrarle a la muchedumbre. En poco tiempo se desataron rumores sobre nuestros increíbles sabores. Llegaron a decir que no había tarta de Santiago más sabrosa que la nuestra, rellena con las mejores almendras, decorada sutilmente con una capa de azúcar en polvo que dejaba ver la huella que distinguía a la Cruz de San James.

Los clientes comenzaron a hacer largas filas para probar las más exquisitas especialidades culinarias. Las vitrinas parecían estantes de ensueños para los más pequeños de la casa, porque estaban repletas de dulces por doquier; había bombones, tartaletas, cruasanes y galletas.

Una vez oí decir que el lugar les hacía recordar la casa de la bruja del cuento de *Hansel y Gretel*, por la cantidad de golosinas, pero en una versión real europea. En pocos meses, nuestra popularidad creció y creció de manera vertiginosa.

Hasta los periodistas se apersonaron para entrevistar a nuestro reducido *staff*; querían una exclusiva para conocer nuestro secreto. Según los más indiscretos, los dulces que hacíamos tenían un ingrediente único, irreemplazable y muy particular. Además, no entendían cómo éramos capaces de producir tan grande cantidad de dulces, con un personal tan pequeño.

Afirmaban que luego de probar cualquiera de nuestros postres comenzaban a vivir experiencias extrasensoriales profundas; tenían visiones que se transformaban en colores que jamás habían visto; percibían niveles de realidad que estaban vedados a los cinco sentidos comunes de los mortales.

—El arte culinario tiene secretos que no se pueden confesar —decía pícaramente a los periodistas, cuando me preguntaban por esos peculiares efectos.

Mi fama encendió la envidia de los competidores. Y la envidia desató toda suerte de murmuraciones e intrigas. Después, llegaron los agentes policiales. Con aire inquisidor, pero en vano, registraron cada centímetro del local; los forenses no hallaron ningún ingrediente incriminatorio cuando sometieron nuestro famoso flan plaza Dam y nuestro hojaldre Anneke, de estilo frisón, a sus exhaustivos exámenes de laboratorio.

Mamá no solo me enseñó a preparar pasteles y bizcochos, de ella también aprendí el arte de mezclar ingredientes tangibles e intangibles, permitidos y prohibidos.

De ella aprendí a buscar ayuda e inspiración en esferas de realidad en las que se encuentran y desencuentran lo humano y lo divino, la carne y el espíritu, lo natural y lo sobrenatural.

Al fin y al cabo, hice todo lo posible por cumplirle mi promesa a mamá; traté de que no prevaleciera mi faceta sombría. Pero creo que, dondequiera que esté, terminé decepcionándola igual. Pero cuando mi lado oscuro aflora, la fatalidad me acompaña: es inevitable.

Y es que los productos de la pastelería le hacían justicia a su nombre. Por algo la había llamado El Sabor de lo Prohibido.

II

Era otoño. Estábamos en vísperas de Halloween. Las ventas de la pastelería estaban siendo épicas. El último trimestre del año es uno de los mejores por ser tan festivo. Noche de Brujas, Acción de Gracias y Navidad. Estaba llena de optimismo.

Así que lo que pasó ese martes 13 de octubre fue

absolutamente inexplicable.

Aquella tarde dejé a las tres encargadas de la elaboración de los dulces realizando sus labores habituales. Salí temprano porque un amigo irlandés, Mortimer O'Flannagan se llamaba, a quien había conocido en Londres en mis clases de cocina, estaba de paso por España y me había invitado al Oktoberfest que se celebraba en la capital española, en Príncipe Pío, en los alrededores del Gran Teatro CaixaBank. Por unos veinte euros disfrutabas de una jarra de cerveza de un litro, surtido de salchichas, codillo alemán, puré, *bretzel* y salsas alemanas. Para mí era el evento más esperado del año. Lo celebraba desde que había cumplido los dieciocho, sin importar dónde me encontrase: Caracas, Barbados, Londres, París; esta vez me tocó hacerlo en Madrid.

Yo me sentía como un niño en Disney World. Encontraba todo tipo de cervezas artesanales, como las *stouts*, IPA, *amber ales, witbiers,* y también estaban las industriales, claro está, dado su valor comercial y popularidad. Pero como cervecera apasionada mientras degustaba de la más exquisita experiencia de sabores y olores que ofrecían las cervezas artesanales. Mi amigo, el pelirrojo Mortimer, bebía las más comerciales, rubias y filtradas. Luego de algunos tragos subidos a la cabeza, le sugerí que fuéramos a una discoteca por los lados de Callao.

Hacia las diez de la noche el ambiente en la disco estaba en un buen momento. Como era martes, había una oferta de 2×1 en los tragos. Yo la había pasado bien, bailando al son de clásicos retro de Markus Schulz y David Guetta. Un chico irlandés, amigo de Mortimer, me había obsequiado varias bebidas, con la esperanza de intimar conmigo. El chico, llamado James Joyce, no era de mi estilo, pero su acento de Cardiff era una delicia. En ese momento, recibí una llamada al teléfono móvil. La noticia que recibí sacudió mi realidad y fue una verdadera bofetada del destino. Salí corriendo de la discoteca. Ni me acordé de mi amigo Mortimer O'Flannagan, a quien, por cierto, le había perdido la pista una hora atrás. Había salido en busca de otro amigo de Londres, quien se había perdido buscando la dirección de la

disco.

Cuando llegué a la pastelería, había dos vehículos de los bomberos intentando apagar el fuego. Lo primero que pensé fue en mis muchachas. El trabajo de producción de dulces terminaba hacia las diez de la noche. Así que muy probablemente las había sorprendido aquel infierno. El incendio se había iniciado en el altillo, afectando al resto del local. Las viviendas que se encontraban en los alrededores no habían sido afectadas. Pero la pastelería estaba siendo consumida vorazmente por las llamas. Llegaron dos vehículos más de los bomberos, pero aquel fuego parecía inmune a cualquier intento por sofocarlo. Las inextinguibles llamas redujeron a cenizas el local, los hornos, el mobiliario, la materia prima para elaborar los dulces, incluyendo los preciadísimos ingredientes secretos y a mis tres asistentes. Inexplicablemente, el fuego arrasador no se propagó por los inmuebles vecinos. El impacto que me produjo el evento me redujo, durante días, a una profunda crisis psicológica. Pasé una semana internada en una clínica especializada en tratar colapsos nerviosos. Después de eso, me juré a mí misma cambiar radicalmente de vida.

III

Luego de mi paso por Europa, y tras lo ocurrido con El Sabor de lo Prohibido, decidí que era hora de comenzar de nuevo, una vez más, debo decir, no sé cuántas veces tenía que replantearme una nueva vida, pero debía honrar el último deseo de mi madre: alejarme de lo poco conveniente. Necesitaba acabar con mi mala racha.

Después de abandonar Madrid, y con lo que me pagó el seguro por el incendio de mi pastelería, estudié cinco años en la prestigiosa Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, donde obtuve un título que me acreditaba como profesora de Filosofía y Economía Política, cuyo último año transcurrió en el confinamiento viendo clases *online* cuando la pandemia sacudió al mundo. Había cientos de teorías conspirativas, pero yo particularmente pensaba que era obra del

mismísimo Lucifer todo aquello del virus.

Dadas mis calificaciones y mi excelente tesis de grado sobre la interrelación entre la epistemología no dualista de Spinoza y el pensamiento liberal de la escuela austriaca, podía conseguir una plaza profesoral en cualquier institución de mi preferencia. Fue entonces cuando, a mediados del 2021 a través de LinkedIn, fui contactada por la Ohio State University para dar clases. Estaba muy emocionada. Primero, porque era una de las casas de estudios más prestigiosas de Estados Unidos. Además, había escuchado que su capital, Columbus, era un lugar encantador y la segunda ciudad más económica del país, lo que querría decir que mi nuevo salario me permitiría ciertas comodidades. Sin duda, era el lugar indicado para comenzar de nuevo.

Todo parecía marchar a pedir de boca. Además, mi abuelo, que era americano, me había dejado como herencia el codiciado pasaporte. Así que ir a vivir a Estados Unidos no era un problema. Al contrario, era toda una oportunidad. Yo diría que era como un súper golpe de suerte. Creo que finalmente le estaba haciendo honor a mi nombre.

La universidad me había enviado el boleto de avión, cuyo recorrido se iniciaba desde el aeropuerto de Barajas, de Madrid, hasta llegar finalmente a mi destino, no sin antes hacer escalas en Bruselas y Chicago.

Había llegado a Columbus en septiembre, cuando iniciaba el otoño, mi época favorita del año. A pesar de su encanto, era incluso más fría que Europa en cuanto al clima se refiere. Sus habitantes eran cordiales pero distantes. Suelo pensar que la personalidad de la gente está supeditada al clima: clima frío, gente fría; clima caliente, gente caliente. Bueno, eso era lo de menos ahora; lo que deseaba era tener paz.

Mi nuevo empleador se había encargado de ubicarme en un apartamento cercano a la institución, en pleno centro de la ciudad, para que no tuviera problemas con el transporte. Estaba a solo diez

minutos caminando, así que en principio no necesitaba usar auto. Me daría algo de tiempo para ahorrar y comprarme un buen vehículo.

Mi nuevo hogar era más pequeño de lo que había pensado, apenas unos cincuenta metros cuadrados. Pero era cálido y práctico. Tenía todo lo que necesitaba. Una estupenda línea blanca, una cama, un televisor de 40 pulgadas, una cocina pequeña pero bien equipada —en la que podría preparar mis célebres flanes y hojaldres— y, por supuesto, un veloz acceso a internet.

Al llegar a mi aposento, desempaqué mis cosas. Me llevó horas poner todo en orden. Al parecer, había acumulado demasiadas cosas durante mi estancia en Londres. Luego, fui a comprar algunos enseres que necesitaba, incluyendo un par de litros de cerveza artesanal estilo *pale ale* y una cafetera. En los últimos años me había vuelto adicta a la cafeína y al néctar del lúpulo y la cebada. La cerveza artesanal, con sus vivos sabores naturales, con sus notas acentuadas de cereales liberados de aditivos, era uno de mis placeres favoritos en la vida. Catarla con tranquilidad, contemplando el atardecer, era casi una experiencia religiosa, sagrada.

Coloqué mi ropa en el clóset y ordené la comida en los gabinetes. Pude entonces tomar un baño de agua caliente en la tina. Tras relajarme, me puse mi pijama de Homero Simpson, ingerí una deliciosa cerveza IPA fría y me acosté. En un par de minutos concilié el sueño. Estaba cansadísima.

Al día siguiente me levanté somnolienta, pero con ganas de comenzar mi nueva vida. Estaba muy entusiasmada. Mi primer día de trabajo fue prácticamente introductorio. El decano, David Clark, fue el encargado de orientarme por las instalaciones universitarias. Todo era increíble: el campus de Columbus era uno de los seis que conformaban el circuito de la Ohio State University; su arquitectura moderna, pero con un toque añejo en su infraestructura lo hacía alucinante.

Los días posteriores transcurrieron sin contratiempos. Mis alumnos eran increíbles. Se trataba de un grupo cargado de diversidad

cultural: había hispanos, europeos, africanos, asiáticos. Estaban encantados con las clases, especialmente con mi ingeniosa interpolación entre las ideas de los fisiócratas franceses del siglo xviii y la teoría ética de los algoritmos de Txetxu Ausín.

Las primeras semanas me dejaron exhausta. Aún me estaba acostumbrando al ritmo de trabajo, el cambio de horario entre Europa y América y los pocos sutiles -15 °C que ofrecía el invierno de Ohio.

Me encantaba llegar a casa. La tranquilidad me extasiaba. Solía reposar cada tarde en el balcón, cuando no estaba nevando, para disfrutar de un rico chocolate caliente y un flan plaza Dam. Mis días discurrían con normalidad, hasta que una tarde, mientras regresaba a casa, escuché que alguien pronunciaba mi nombre, al caminar por el *hall* del edificio.

—¡Fortunata! —llamaba una decrépita voz a lo lejos. Por un momento pensé que estaba alucinando. Hasta que la escuché de nuevo —: ¡Foooortuuuunaaaataaaa!

Entré en pánico y corrí hasta mi departamento.

Al entrar, me quedé petrificada detrás de la puerta. Respiraba agitadamente. Luego, fui hasta el refrigerador y abrí una cerveza. Necesitaba un trago para digerir lo que acababa de pasar.

Muchas veces pensaba que mi nombre era, más bien, un llamado a la desgracia. Sentía que una maldición rondaba mi vida. Las situaciones fatales eran recurrentes en mi existencia. Seguí atormentándome con estos pensamientos y me fui a la habitación.

Me costó conciliar el sueño en la cama. Me tomó un par de horas sosegarme entre los brazos de Morfeo. Al día siguiente, me desperté agitada. Había olvidado colocar la alarma del reloj y salí un poco retrasada de casa. En la facultad, impartí una clase magistral sobre la teoría monetaria de Carl Menger. El día, a Dios gracias, transcurrió sin problemas.

Pasaron un par de semanas sin novedades. Al parecer, todo había sido una alucinación o algún engaño de mi mente. Pero un martes en la tarde, al retornar del trabajo, un ruido comenzó a atormentarme con fuerza en el hall del edificio.

—Fortunata, soy yo —dijo claramente la voz.

—¿Quién eres tú? ¡Déjame en paz! —grité desesperada.

—Fortunata, he venido a cuidarte. No tengas miedo. No estás sola.

—¿Qué estás diciendo? Apenas escucho tu voz, ni siquiera puedo verte—respondí, temblorosa.

En ese instante, la voz fantasmagórica tomó forma casi humana. Solo podía ver una silueta familiar, pero no podía tocarla. Un hombre de edad avanzada se plantó frente a mí.

—Abuelo, ¿eres tú? —le pregunté. Parecía ser su figura.

—Sí, claro que soy yo, hija. Desde hace años he estado tratando de comunicarme contigo, pero tenía que esperar a que llegases aquí, a mi tierra natal.

—Abuelo, no entiendo nada. Apareces de la nada, como un fantasma. ¿Me quieres explicar de qué se trata todo esto? ¿Por qué eres un fantasma? ¿Por qué puedo comunicarme contigo?

—Hija, antes que nada, necesito que te calmes. ¿Puedo entrar a tu casa? Así podremos charlar mejor. No te preocupes, te explicaré todo lo que necesitas saber.

—Está bien, entremos. Después de ti.

Mi abuelo, Frank Mason Green, estaba sentado en el balcón de mi departamento, charlando como un ser viviente. Expuso una serie de hechos que al principio sonaban inverosímiles. Pero a medida que

su historia fue avanzando, todo cobraba sentido.

El abuelo me contó que no había nacido en Caracas, como siempre pensé.

—Fortunata, en primer lugar, existió el centro cósmico. Una infinita potencialidad sin extensión. Una nada sin centro, sin sustancia, sin forma, pero llena de todas las posibilidades. Y el centro cósmico tembló y se quebró y se abrió como una semilla sin principio ni fin, de ella brotaron dos fuerzas opuestas: el Caos y el Orden. El Orden predica una ideología conservadora, rígida, que impide la evolución del cosmos. Su mantra reza que el Orden da forma a lo informe, provee de sustancia a lo insustancial y extiende las infinitas posibilidades de la vida en cada punto del universo.

»Pero eso es falso, nieta querida. Si toda la materia tomara forma, si todo el vacío se llenara de sustancia, la vida dejaría de evolucionar en ese instante, porque el cosmos se estancaría en una situación de estabilidad, de comodidad. Y solo evolucionamos a partir de la incomodidad que provocan el vacío y lo informe. Por eso, nuestra familia, hija mía, es fiel sirviente del Caos desde tiempos inmemoriales. Pues el Caos poda lo que debe ser cortado, desordena lo que no evoluciona por estar estancado y aniquila lo que debe ser suprimido.

El abuelo pareció respirar profundamente, aunque era obvio que se trataba de un ser incorpóreo que no necesitaba inhalar oxígeno. Luego, señalando las nacientes estrellas de la noche de Columbus, dijo:

—Partiendo del centro cósmico, a través de la extensión infinita del espacio ocupado, el universo maestro existe en siete elipses concéntricas, todas ellas en constante evolución. Nuestra familia proviene de Gavona, la séptima elipse. Y es que la creación, querida mía, está inacabada. Gran parte del potencial cósmico está todavía por revelar. Gran parte de la realidad del infinito sigue estando oculta, pues las fuerzas del Orden, que son naturalmente conservadoras, no

quieren que se manifieste. Pero la labor de nuestra estirpe, Fortunata, es revelar la naturaleza oculta de las cosas.

La luna, en cuarto creciente, iluminó con su blanco cuerno la noche de Ohio. Y antes de desaparecer en la oscuridad invernal, el abuelo me dijo:

—Tú no naciste en Caracas, como solías creer. Tu madre te dio a luz en Mapor City, la urbe más grande de la elipse de Gavona. Es una metrópolis espiritual que no está registrada en ningún mapa humano, a la que podrás acceder a través de un umbral vedado a los seres físicos. Eres, por naturaleza, una súbdita del Caos. Tu esencia no está hecha de sangre y carne. Tu legado proviene de ancestrales principados, viejas potestades, antiguos gobernadores de las tinieblas de este y todos los siglos… caóticas huestes espirituales del inframundo. No sigas negando, hija mía, tu verdadera naturaleza. Siéntete orgullosa, nuestra estirpe es la encargada de expandir el universo maestro y lograr su compleción.

»Por cierto, Peter Seaver, el hombre que te ayudó cuando te perdiste en Londres, es uno de los nuestros, un cambiaformas. Por eso te ayudó sin hacerte daño. En cambio, tu supuesto amigo Mortimer O'Flannagan y el chico que lo ayudó a distraerte, James Joyce, son agentes del Orden. Fueron los responsables del incendio de tu pastelería y de la muerte de tus tres asistentes. En el pasado, han sido responsables de la muerte de muchas agentes del Caos y no pocas *alewives*. Llevan siglos queriendo acabar con nosotros, pero no lo permitiremos. Se aproxima una guerra campal. Volveré, hija mía, no me queda mucho tiempo. Por ahora, guarda esta joya. Te protegerá.

Dicho esto, el abuelo me entregó una gema perfecta: era un diamante rosa de prístina transparencia. Tenía forma oval y era tan grande como la palma de mi mano. Al contacto, emitía una suave tibieza que te relajaba.

Luego, la silueta del abuelo rieló suavemente y desapareció en la invernal noche de América.

Yo solía creer que era una simple chica de carne y hueso, un poco neurótica, algo singular y con cierto talento para la cocina y la filosofía, la economía política y la brujería.

Pero gracias a ti, abuelo, sé que mi patria está en el centro más oscuro del Caos. Y más nunca, madre mía, dondequiera que estés, volveré a sentirme avergonzada de mi propia esencia, de mi propia naturaleza.

Rastros perdidos

Luego de la confesión del abuelo Frank, no había podido dormir prácticamente nada. Apenas podía conciliar el sueño un par de horas cada noche. Él me había contado insospechadas cosas sobre mis orígenes, de los que me sentía profundamente orgullosa. Y me había dado un diamante rosa, que, aparentemente, tenía la facultad de fungir como escudo espiritual.

También me contó sobre Peter, el criminal que casi deja fuera de este mundo a *misses* White, pero no tuvo tiempo suficiente para explicarme por qué quería asesinarla. Solo dijo que él había aparecido para protegerme.

Pero ¿protegerme de quién o de qué?

Tenía en mi cabeza muchas interrogantes.

Una tarde, al llegar a casa, pasé a revisar mi correspondencia y noté que tenía un sobre cuyo remitente era Scotland Yard, la Policía inglesa, que llevaba el caso de *misses* White hace algunos años.

Abrí de inmediato el sobre.

Leí:

> Señorita Fortunata Hansen Green:
>
> Reciba un cordial saludo.
>
> Sirva la presente misiva para solicitarle su presencia en la ciudad de Londres tan pronto como le sea posible. *Misses* White ha desaparecido. Desde hace dos meses, nadie tiene noticias de ella. Usted fue la última persona que la vio con vida.
>
> Además, hemos encontrado en el sótano de su casa un

sobre que ella dejó para usted. No sabemos de qué se trata.

Hemos comprobado que usted no está relacionada con su desaparición. Por el contrario, pensamos que tal vez pueda ayudarnos a encontrarla.

Atte.,
Roy Smith

Detective jefe de la División de Londres
Scotland Yard
25 de agosto de 2022

¡Santo Dios! Me llevé la mano a la boca, patidifusa con la noticia. Estaba estupefacta.

Misses White había desaparecido. Pero ¿qué le había pasado?

¿Alguien la habría secuestrado?

Todo el asunto era muy extraño. Me ponía los pelos de punta.

No podía hablar esto con nadie, ni siquiera con mi hermana, Felicia. Desde la muerte de mamá, nueve años atrás. Lleva años viviendo en Madrid como embajadora de Venezuela en el Reino de España y, aunque vivíamos en la misma ciudad, nos habíamos visto unas pocas veces. Ella viajaba con mucha frecuencia por su naturaleza como diplomática. Sin embargo, cada vez que la llamaba o le enviaba un texto, siempre tenía alguna desgastada excusa para esquivarme. Ella quedó tan afectada que prefirió alejarse, incluso de mí.

Leí la carta una y otra vez antes de tomar una decisión. Parecía que no tenía alternativa. Así que, al día siguiente, hablé con mi supervisor y pedí un par de días libres, alegando una emergencia familiar. Así entonces, tomé un vuelo directo a Londres.

Llegué a las siete de la mañana al aeropuerto internacional de Heathrow. Llevaba como equipaje solo una maleta de mano. Tomé un Uber y fui directo a la estación de policía. Me reuní con el detective Smith, quien me recibió con un *caramel latte* cortesía de Starbucks.

Nos dirigimos directo a la casa de *misses* White. Estaba intacta. La verdad, no parecía haber abandonado su hogar por voluntad propia. No se había llevado nada. Todo estaba en su sitio, tal como lo recordaba dos meses atrás, cuando vine a visitarla antes de irme a los Estados Unidos. Aquella vez bebimos una taza de té y la velada transcurrió sin novedades.

El jefe Smith me entregó un sobre de papel antiguo con sello de lacre, que al abrir contenía una llave y un papel escrito a mano que decía:

> Fortunata:
>
> Si estás leyendo estas líneas es porque algo me ha sucedido. Mi verdadero nombre es Marie Laveu. Soy una bruja, oriunda de Nueva Orleans, pero fui criada en Montego Bay, Jamaica. Al igual que tú, le sirvo al Caos.
>
> Peter Seaver es un cambiaformas aliado. Lo que me pasó con él en ese entonces no fue más que un fatídico accidente cuando éramos perseguidos por agentes del Orden. La pareja de anfitriones que te darían hospedaje en Londres hace unos años eran sus lacayos e iban tras de ti. Peter solo estuvo en el momento equivocado y, lastimosamente, era el único en la escena del crimen, así que todo apuntaba a él. Necesito que cierres mi casa con esta llave mágica. Al hacerlo, un manto invisible la cubrirá. Ocultarás así cada rastro que has dejado en la casa. Sé que ya estás al tanto de tus orígenes. Sé que sabes que naciste en Mapor City, la urbe más grande de la elipse de Gavona, metrópolis espiritual que no está registrada en ningún mapa humano. Sabes perfectamente que, por naturaleza, eres una discípula del Caos. Así que es imperioso que lo hagas. De lo contrario, los siervos del Orden vendrán por ti. Te perseguirán sin descanso para lastimarte.

La carta de *misses* White me dejó desconcertada. Mi vida estaba dejando de ser normal en un abrir y cerrar de ojos. El detective me preguntó sobre el contenido del sobre.

¿Qué se suponía que haría?

¿Contarle que había nacido en una ciudad que no existía en el mapa?

¿Decirle que pertenecía a la horda del Caos y que *misses* White me decía que usara esta llave para escapar de los dioses del Orden?

Vaya historia. Jamás me creería. Pero no tuve alternativa, le entregué el sobre a regañadientes.

Smith leyó en voz alta:

> Señores de la Policía; en especial usted, detective Smith:
>
> Si encuentran este sobre, quiero hacerles saber que me encuentro de vacaciones junto con mi familia en Jamaica. He decidido pasar unos meses cerca del mar para disfrutar con mis nietos. Puede cotejar mi caligrafía con los registros que dejé en la comisaría cuando llevó mi caso después del asalto.
>
> Necesito que le haga llegar a Fortunata esta misiva y la copia de la llave de mi casa, para que pueda entregársela al inquilino que la habitará los próximos meses en mi ausencia. Ella se convirtió en una hija para mí.
>
> Espero que esté muy bien.
>
> Saludos cordiales,
>
> *Misses* White

Supongo que *misses* White no había dejado cabos sueltos. Así que dejé la comisaría y me dispuse a cerrar la casa con la llave que había hechizado para mí. Al hacerlo, como ella lo predijo, el inmueble desapareció ante mis ojos, dejando apenas un cerrojo que yo puedo detectar, en caso de necesitar regresar.

Me pregunto si esto será suficiente para estar a salvo.

La historia de Fortunata continuará…

PARTE V
LA SAGA DE ELENA Y DANTALIÁN

«El equilibrio es el estado de muerte. Solo el caos produce vida».

Stéphane Lupasco

«No temas a la insurgencia del caos.

Porque el universo traerá un nuevo equilibrio poco después».

Shunya

Tiempo de gracia

I

Luego de un estremecedor invierno en Moscú, con temperaturas que alcanzaban los –30 ºC, Elena contaba los días para que llegara la primavera. Ella era una agente encubierta del Servicio Federal de Seguridad de la Federación de Rusia (FSB), heredero directo de la siniestra KGB de la era soviética. Su último trabajo la había dejado exhausta. Se había ganado unas merecidas vacaciones y sus superiores le concedieron dos semanas de licencia.

Así que tomó un vuelo hasta la costa oeste de los Estados Unidos, a mediados de un abril soleado, para disfrutar de las playas de California.

Mientras abrochaba su cinturón en el asiento, su mente atormentada no dejaba de pensar en que el avión podía fallar. No quería morir ahogada en medio del océano. Pero tenía una fijación con esa idea macabra. Por alguna razón, siempre había pensado que dejaría este mundo de esa manera atroz. El trayecto aéreo duró unas largas veinte horas con una escala en Estambul, Turquía. Y gracias al Tylenol, transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos.

La azafata tuvo que zarandearla suavemente al aterrizar. Al parecer, Morfeo no quería dejarla ir. Al despertar se sentía sosegada, renovada.

Tras realizar los trámites de ingreso a los Estados Unidos tomó un Uber. Solo contaba con su equipaje de mano, así que salió del aeropuerto sin contratiempos. Llegó en una hora al Malibu Beach Hotel. Las suntuosas vistas al mar de sus instalaciones bien valían la pena el largo viaje.

Luego de recibir las llaves fue a su habitación, soltó sus cosas, se puso su traje de baño, tomó el bronceador y fue a sumergirse en el océano.

Nadó durante horas hasta quedar exhausta. Contempló el atardecer mientras hacía sus ejercicios de taichí. Subió entonces al dormitorio y encendió el televisor. Se sirvió un *vodka-tonic*. Se tomó un tranquilizante mientras saboreaba el licor. Los recuerdos de su último trabajo en Kabul, para sabotear al talibán con la insurrección de las mujeres afganas, todavía le provocaban pesadillas. Una misión larga y sangrienta, pero había sido un éxito.

Al sintonizar el canal de noticias, Elena escuchó un reportaje que informaba lo siguiente:

> *El vuelo 790 de Celeste Airlines, que despegó desde la ciudad de Moscú con destino a Los Ángeles, ha sufrido un trágico accidente. El avión estalló en el aire y su estructura se hizo pedazos. Sus restos cayeron irremediablemente al fondo del océano. Las autoridades sospechan de un ataque terrorista, pero ninguna organización ha asumido la autoría del sabotaje. La guardia costera ha desplegado múltiples efectivos para hallar la caja negra del avión, pero hasta ahora los esfuerzos han sido infructuosos. Se presume que han muerto ciento cincuenta y siete personas. No hay sobrevivientes.*

De pronto, un escalofrío recorrió su cuerpo.

¡Porque ella iba en ese maldito vuelo!

A su alrededor todo se oscureció. Una tormenta rieló ante sus ojos, con truenos ensordecedores.

En medio de los fogonazos, apareció una entidad antropomórfica ante ella. Sus cabellos ondeaban como nubes tormentosas y sus pupilas tenían forma de relojes de arena. Se identificó como el arcángel Morilón, una de las entidades del Orden,

encargado de controlar el hilo de la vida de los mortales.

Con una mezcla de ternura y de rigor, le anunció a la mujer:

—Tu tiempo de gracia ha finalizado. Has muerto. Eso significa que ya no tendrás la oportunidad de confesar tus pecados y arrepentirte de cada uno de ellos. Si tus virtudes superan a tus faltas, tu juicio te redimirá. Pero si tus faltas superan a tus virtudes, te esperan dos destinos: una larga y muy dolorosa rehabilitación o la condenación eterna.

Entonces el arcángel Morilón le tendió su mano y Elena le acercó la suya.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Soy el vínculo entre el microcosmos y el macrocosmos. El umbral por el que las almas regresan al reino astral y a otros dominios todavía más sutiles. Te guiaré en tu último viaje. Un viaje sin distancia que, lo quieras o no, es obligatorio.

Su hora había llegado.

Morilón la tomó de la mano. Transcurrían los últimos segundos de su tiempo de gracia en la tierra y su alma vagó sutilmente sobre las modernas instalaciones del Malibu Beach Hotel.

Al final del camino, hallaría el cielo de sus virtudes, el purgatorio de sus correcciones o, tal vez, el Inframundo de sus culpas.

¡Estaba por descubrirlo!

II

Entonces, Elena compareció ante los Jerarcas del Orden en un escenario azul, blanco como el algodón y en el que Yavé y algunos de sus más fieles querubines y serafines aguardaban en una mesa redonda

listos para juzgar a la nueva invitada.

—Caramba, pero ¡miren a quién tenemos aquí! Nada más y nada menos que a Elena Plevítskaia, la eficaz espía de la FSB. Toda una hija de Putin —dijo Yavé con sorna—. Pero todos sabemos que no eres quien dices ser. Tu identidad varió con el tiempo y traicionaste a los tuyos. Llamemos a las cosas por su nombre. La verdad es que eres Margaretha Geertruida Zelle. El mundo te conoció como Mata Hari, la célebre bailarina y contraespía holandesa que se vendió a los servicios del espionaje alemán. El mundo sabe que fuiste fusilada en 1917, cerca de París, tras ser condenada por alta traición. Pero lo que el mundo no sabe es que tu historia no terminó allí.

—No sé de qué estás hablando. ¿Qué es toda esta mierda? Debo de estar soñando. No debí de mezclar el vodka con el tranquilizante —dijo Elena.

—No, no estás soñando, hija mía. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Naciste como discípula del Orden. Así lo había decidido tu padre, Adam Zelle, el sombrerero oficial de la familia Van der Hulst, quien, en realidad, era un consumado exorcista y matador de demonios. Pero te desviaste del camino. Traicionaste tus raíces y le faltaste a tus virtudes cuando te fuiste a cohabitar con tu padrino a los dieciséis años. Luego, fuiste mujer de tu tío Klaus, quien te inició en la magia negra. Después intentaste escapar de ese sórdido mundo espiritual, cuando huiste a Java y te casaste por correspondencia con aquel militar norteamericano. Pero ¿por qué crees que tu marido y tus dos hijos murieron? Todo tiene un precio, Mata Hari. Ya estabas maldita. No podías fingir una vida virtuosa, cuando el Caos carcomía tu alma.

Elena escuchó las palabras de Yavé y bajó la mirada. La habían descubierto. Y los poderes que había convocado resultaban inmanejables para ella.

Y dijo Yavé con voz cavernosa:

—Es conocida la historia de que, frente al pelotón de fusilamiento, lanzaste un beso al aire. Según algunos, el beso estaba dedicado irónicamente a los soldados que te asesinaron. Y según otros, lo dedicaste a tu abogado, presente en el lugar de la ejecución, que fue también tu último amante. Pero yo sé que ambas versiones son falsas. ¿A quién le lanzaste ese beso final, Mata Hari?

Elena, sin mirar directamente a los ojos a Yavé, confesó:

—El beso fue un mensaje para Lucifer, quien estuvo presente en mi fusilamiento de manera invisible y espiritual. Con ese beso acepté el pacto que llevaba años ofreciéndome.

—Y luego de hacer un pacto con Lucifer, parece que has vivido otras vidas. ¿O me equivoco?

—Sí, Yavé, me descubriste. Supongo que, al final, es imposible escapar de ti. La Mata Hari que fui se convirtió en leyenda. El cine me inmortalizó como la mujer de mente prodigiosa que usaba su cuerpo para cautivar con danzas exóticas y hazañas de alcoba. La espía sensual que conseguía secretos que más nadie podía obtener. Al principio, intenté escapar de mi pasado. Pero hay ciertas costumbres que no se pueden abandonar. Y el pacto con Lucifer me obligaba a obedecer su voluntad. Pero ¿qué quieres de mí, Yavé? ¿Cómo me encontraste? Lucifer me aseguró que viviría bajo su mando el resto de la eternidad y que ustedes jamás me encontrarían, gracias a sus poderes infernales.

—Confieso que no fue tarea fácil. Nos tomó un siglo dar contigo. Todo este tiempo fuiste muy hábil, inteligente y capaz. Pero lo de Kabul fue demasiado sangriento, demasiado salvaje. Las castraciones masivas, transmitidas en *streaming*… Las imágenes de horror recorrieron el mundo y eso llamó nuestra atención. Además, tu romance con Dantalián causó una fuga de información y habíamos ofrecido una buena recompensa por tu cabeza.

—Dantalián… ¿me delató? —preguntó Elena, incrédula.

—Parece que se cansó de ti —dijo Yavé—. Y, en cierto modo, lo entiendo. A nadie le gusta ser traicionado. En todo caso, un trabajador de la aerolínea nos dio el pitazo de que abordarías ese avión. Así que infiltramos a uno de esos payasos terroristas que se inmolan en nombre de causas perdidas y hacen cualquier estupidez por cosas que no tienen sentido. Henos hoy acá finalmente. Nadie nos traiciona y se libra de nosotros sin recibir un severo castigo.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras, he vivido lo suficiente, no me queda nada más.

—Sí que te queda.

Entonces Yavé le mostró a Mata Hari, alias Elena Plevítskaia, una visión de su cuerpo dormido en la habitación del hotel de Malibú, donde reposaba. Desde su vientre, se percibían los suaves latidos de un corazón. Era el corazón de un ser al que le faltaban seis meses para nacer. Hari posó sus manos en su vientre, angustiada mientras Yavé la contemplaba.

—Puedo devolverte la vida… para que la disfrutes con esa criatura que es fruto de tu unión con Dantalián. Fruto que es producto de tu traición, pues sabes que él odia tener hijos y te dejaste embarazar sin su consentimiento. Por eso se deshizo de ti. Ahora bien, puedo restituirte la existencia. A ti y a tu hijo, pero a cambio necesito un favor —dijo Yavé en un tono que mezclaba magistralmente la posibilidad de conciliación con una amenaza muy concreta.

—No entiendo. ¿Qué demonios quieres de mí? No sé cómo puedo ayudarte —respondió ella.

—Por favor, no blasfemes en esta casa del Orden —replicó enojado Yavé.

—¡Como sea, maldita sea! Ya perdí dos hijos. No quiero perder a esta criatura también. ¿Qué debo hacer para protegerla? —inquirió Mata Hari, desesperada.

—Nada que no hayas hecho antes, por supuesto. Te lo explico. Lilith, la exesposa de Lucifer, está armando una rebelión en el inframundo —informó Yavé.

—¿Qué tiene eso que ver contigo? Eso es asunto de Lucifer —le interrumpió ella.

—Pues sí tiene que ver. ¡Tiene todo que ver! Ella está buscando acabar con el patriarcado a escala universal. Y me temo que eso podría impactar a nuestras filas —dijo Yavé.

—Dices puras tonterías. Las mujeres del Orden no son más que una sarta de sumisas que obedecen ciegamente tus órdenes. Comenzando por Eva, que lleva una eternidad siéndole fiel a Adán. ¡Qué mujer tan sosa, tan detestable! Siempre sometiéndose a él, sin cuestionarlo una sola vez en toda su miserable existencia. Es inaudito.

—Tal vez tengas razón. Sin embargo, no debo ser demasiado confiado. ¿Recuerdas cuando les tendí a Adán y a Eva la trampa del árbol prohibido, cuyos frutos no debían comer? Una verdadera trampa cazabobos. Cualquiera sabe, sin necesidad de ser psicólogo, que basta con prohibir una cosa para que los seres humanos se lancen a hacerla. Y yo, que los creé, lo sé mejor que nadie. Bueno, Eva no fue precisamente la más obediente en aquella ocasión.

—Sí, en eso tienes un punto, Yavé. Pero ¿me dirás o no lo que debo hacer?

—Claro, querida. Como te dije, nada que no hayas hecho antes. Quiero que te infiltres en el grupo que está insurgiendo contra el patriarcado. Quiero que te hagas amiga de Lilith y sus secuaces. Necesito conocer cada paso que da. Serás una contraespía. Lo usual para ti.

—Y si no lo hago, ¿qué pasará?

—Los condenaré a ti y a tu hijo a vivir en un bucle temporal.

Un bucle infinito de aborto, pérdida, sangre derramada e infinito dolor físico y espiritual. No te va a gustar nada.

Elena Plevítskaia, o Mata Hari, aceptó resignada su nueva misión. Y se dispuso a hacer lo que mejor hacía en la vida: encantar a Lilith.

La mirada de Dantalián

Me levanté de la cama y me acicalé para ir a la planta. Estaba muy emocionado. Aquel día probaríamos un nuevo sistema que mejoraría el uso de la energía eléctrica. Me monté en el auto y manejé hasta mi lugar de trabajo.

En el camino, me vi obligado a frenar abruptamente, ante la inesperada presencia de un hombre que estaba sentado en medio de la carretera. Bajé del auto para asegurarme de que estuviera bien. El sujeto, que llevaba un grueso gorro de invierno con orejeras, posó sus ojos color turquesa sobre los míos.

Repentinamente, una extraña sensación invadió mi cuerpo.

Me llevó un rato recuperarme, adaptarme.

Minutos después, conducía el vehículo.

Seguí hasta llegar a mi destino. Estaba eufórico con lo del nuevo proyecto. Aquel iba a ser un día inolvidable. Al llegar, impartí las nuevas instrucciones a mis subordinados. Tras escucharlas, me observaron nerviosos, con una evidente actitud de descontento.

Al rato, se acercaron a mi oficina.

—Ingeniero Diátlov, las cosas no van bien —me dijeron.

—¿Qué es lo que no va bien? —pregunté con actitud despectiva.

—Ingeniero, las medidas que usted ordenó para ejecutar el proceso son muy arriesgadas. Violan las medidas de seguridad.

—¡Demonios! Si quieres que las cosas salgan bien, tienes que

hacerlas tú mismo —me quejé.

Resté importancia a sus reclamos y los fulminé con la mirada. Impotentes, se apartaron de mi camino. Salí de mi oficina, dando un sonoro portazo.

Yo tenía muy claro lo que quería conseguir. Así que seguí adelante con el plan.

Me dirigí a la sala de operaciones y me encerré con llave. Sin perder tiempo, elevé el nivel de potencia que generaba el reactor a 200 megavatios y desconecté los mecanismos reguladores del fluido eléctrico. Además, desactivé el sistema refrigerante de emergencia del núcleo. Mis subordinados, que me observaban atónitos, gritaban enloquecidos frente a la ventanilla de vidrio de la puerta de la sala de operaciones, con los rostros desencajados.

En vano, arremetieron, patearon y golpearon: el vidrio de la puerta era blindado, nivel iii, a prueba de ráfagas de ametralladora; y su estructura acorazada era inmune a granadas de mano, disparos de bazuca y lanzallamas.

Sin hacer caso a sus maldiciones, encendí un cigarrillo y los miré fijamente: volví a fulminarlos con mi mirada color turquesa. Entonces cesaron sus gritos.

Cuando los guardias de seguridad llegaron, era demasiado tarde.

¡Buuum!

La fuerte explosión resonó en la planta nuclear de Chernóbil.

El Caos más absoluto se suscitó en sus instalaciones.

Ante la inminencia de uno de los peores desastres que había conocido la civilización, los pobres seres humanos gritaban y corrían, sin saber qué hacer.

Repentinamente, una extraña sensación invadió mi cuerpo.

Me llevó un rato recuperarme, adaptarme.

Minutos después, abandoné el cuerpo humano del ingeniero Anatoly Diátlov, ingeniero en jefe de la planta nuclear de Chernóbil.

Satisfecho por mi eficacia y mi eficiencia, descendí al inframundo.

Había pasado largos siglos allí. Y cada minuto que permanecí en ese lugar fui torturado, martirizado y vejado por mi maestro Lucifer y sus muchos acólitos.

Cierto día, el gran jefe sintió compasión por mí y me encomendó una misión.

—Si la cumples a cabalidad, juro que no te ultrajaré más. Prometo que cesará la humillación. Liberaré tu alma. Y no volverás a saber lo que es dolor…

Así que viajé al año 1986, a la Ucrania soviética, y subyugué el alma, la mente y el cuerpo del ingeniero Diátlov. Así propicié el peor desastre nuclear de la historia. Treinta y una personas murieron durante los hechos iniciales. Pero en las décadas siguientes, más de cinco millones de humanos murieron por efectos directos o indirectos de la radiación.

Estaba seguro: mi maestro se sentiría feliz.

Al llegar al inframundo, el gran jefe en persona me recibió.

—Vaya, es increíble lo que has hecho, Dantalián —dijo al verme.

—Gracias, mi señor. Es un honor serviros.

—Lo sé, lo sé. Lamentablemente, solo has acabado con una pequeña fracción de la humanidad. Así que tu labor está inconclusa.

Pero me encanta tu estilo de hacer las cosas.

—Mi señor, ¿y la promesa que me hicisteis? No es justo lo que me planteáis. Hice exactamente lo que me pedisteis —repliqué furioso.

—No te preocupes. Nadie volverá a torturarte. Nunca más te sodomizaremos. Pero no voy a desperdiciar tu talento, Dantalián. Te liberaré del dolor. A cambio, seguirás trabajando para mí. De hoy en adelante, te convertirás en uno de mis duques.

—¿Y cuándo regresaré a la tierra, maestro?

—Te informaré oportunamente, Dantalián. Tómate un descanso. Relájate. Puedes tomar a cualquier recién llegado al inframundo y profanarlo a tu gusto. O si lo prefieres, hay mujeres a las que puedes despedazar a placer. ¡Diviértete! Cuando regreses a la tierra, tendrás mucho trabajo que hacer.

Mi reposo se prolongó durante treinta y cuatro años humanos. Que en el inframundo transcurrieron con la velocidad de una sangrienta semana de vacaciones.

Sí, retorné a la tierra en el 2020.

La agenda de misiones que me encomendó satán ese año fue interminable.

Originé incendios infernales en Australia, Amazonas y el Congo. Propagué plagas de avispones asesinos en los Estados Unidos y de langostas mortíferas por África y América. Inicié, en China, la peor cadena de pandemias de la historia, cuyos efectos se seguirán sintiendo durante siglos. De virus en virus, de mutación en mutación y, con cada vacuna fallida, trastocaré todos los factores del orden civilizatorio: la manera de trabajar, de educarse, de producir, incluso de amarse. Gracias a mi labor, los humanos se alienarán de maneras nunca antes vistas. Vivirán encerrados en sus casas, cada vez más pequeñas, con miedo a todo y a todos. Con horror del próximo y más

virulento contagio. Con pavor a establecer el más mínimo y amoroso contacto. Con terror a la vigilancia del Estado global, cada vez más autoritario y fascista.

Además, promoveré el desarrollo masivo y agresivo de la inteligencia artificial, la computación cuántica, la ingeniería genética y demás ciencias que ayuden a cumplir los objetivos de suplantar a la inteligencia humana, degradar la esencia humana y remodelar la fisionomía humana. Con máquinas cada vez más inteligentes y personas cada vez más idiotas, terminaremos de convertir al *Homo sapiens* en *Homo stultus*. Y ellos mismos mutarán y degenerarán, hasta convertirse en la peor versión de sí mismos.

Ese año 2020 regresé a Chernóbil, junto a mi querida Elena Plevítskaia. Ese lugar tenía un encanto particular para mí. Todos decían que estaba maldito. Claro, en eso yo me llevaba el crédito. Pero para mí, era un sitio mortalmente encantador. Me acerqué a las clausuradas instalaciones nucleares. Me pareció divertido iniciar un incendio allí. Era como regresar a mis orígenes.

Justo cuando comenzaba a encender las llamas, la Policía ucraniana logró captarnos a mí y a Elena en un vídeo. Así que tuve que huir inmediatamente. Pero en los medios ya tenían mi imagen:

> Un hombre de ojos color turquesa, vestido de negro, es el principal sospechoso de los incendios de Chernóbil, muy cerca de la central nuclear; estaba acompañado de una mujer de grandes ojos rasgados de color azul y llamativa figura —dijeron los reporteros.

En Chernóbil lo pasamos a lo grande, causando daño a más no poder. Lástima que después de esa misión tuve que deshacerme de Elena. La muy puta se dejó embarazar de mí. Pretendía que formalizáramos nuestra relación. Pretendía que la amara, que le fuera fiel, que criáramos al maldito fruto de su vientre. Ella solo había sido para mí un juguete personal de placer. Uno muy bueno, magnífico, excelente; pero solo un juguete, nada más.

¿Qué les puedo decir? Soy Dantalián, duque del inframundo. Capaz de aparecer con forma de hombre o mujer. Muchos son mis rostros. Manipulo los pensamientos humanos y puedo cambiarlos de acuerdo con mi voluntad.

Durante siglos, fui el juguete de placer de mi maestro. Ahora soy su juguete de guerra. Y, ustedes, humanos, siempre serán los juguetes de mi crueldad.

Soy un genocida eficiente, eficaz.

Hasta el mismísimo satán dice que soy despiadado.

Selección de talento

En el año 2015 comencé a trabajar como especialista en adquisición de talento en una importante empresa estadounidense de la industria de la comida, la Dantalián Restaurants Brands International Company.

Me emocionaba formar parte de tal organización. Impactaba positivamente en la vida de la gente, ofreciéndole oportunidades de empleo. Seleccionaba talento humano de alta calidad que mejoraba la experiencia de nuestros comensales.

Cada año contratábamos a más de quinientas personas. Nuestra empresa crecía en reputación, credibilidad, abriendo sucursales en los países más diversos, desde Corea del Sur y China hasta Bélgica y Luxemburgo; desde Estados Unidos y Canadá hasta Australia y Nueva Zelanda; desde Nigeria y Níger hasta Bolivia y Venezuela.

Todos querían ser parte de la corporación. A diario recibíamos miles de solicitudes. Los de Recursos Humanos teníamos un exigente ritmo de trabajo. Sin embargo, esa carga se hacía ligera porque disfrutábamos de un ambiente laboral ideal y un jugoso paquete salarial.

Pero además de estas condiciones objetivas, había algo mágico en la compañía que atraía a las personas, como fragmentos de metal al imán, como abejas obreras al panal. Yo misma, cada vez que veía el logotipo de la empresa —una suerte de D gótica hecha con tres trazos de tinta antigua—, experimentaba una euforia inexplicable, un sentimiento místico que iba mucho más allá de lo laboral. Más que trabajadora de una corporación, me sentía parte de un grupo selecto, exclusivo, una especie de hermandad. Mis compañeros de trabajo vivían una emoción similar.

Transcurrieron cinco años. El tiempo no pasó en vano. Me convertí en la directora de Recursos Humanos de la Dantalián Restaurants Brands International Company.

Una parte de mí estaba en éxtasis. Era una aspiración hecha realidad. Trabajaba en la empresa de mis sueños y formaba parte de la directiva. Mi paquete salarial alcanzaba cifras estratosféricas, con incentivos pagados con las criptomonedas más rentables del mercado y acciones que cotizaban en las bolsas de valores más importantes del mundo.

Pero no todo fue fortuna para mí. Pocos meses después de mi nombramiento acaeció la pandemia del coronavirus. El miedo se apoderó de la gente. Disminuyeron drásticamente las postulaciones. Nadie quería salir de casa. Todos temían por sus vidas. Otros prefirieron beneficiarse de la Seguridad Social. Para colmo, comenzaron a circular rumores conspiranoicos sobre la compañía. Se decía que los tres trazos de la D de nuestro logo representaban, en realidad, al número 6 del alfabeto hebreo (la letra Vav). Así, nuestra comida tenía el propósito satánico de dominar al mundo en nombre del anticristo.

Y mientras fluían los crecientes rumores, las sucesivas variantes del virus —la delta, la épsilon, la eta, la iota, la kappa, la lambda, la pi, la sigma y, la peor de todas, la psi— dificultaron durante lustros la realización del trabajo presencial a escala global. Pese a que las inoculaciones obligatorias, impuestas por el Gobierno mundial, se realizaban cada año.

Empezamos a quedarnos sin personal. Cerramos sucursales en diversas partes del planeta. Algunos de mis compañeros se quedaron en el camino. Unos murieron entre la cuarta y la séptima mutación del coronavirus. Otros dejaban la corporación sin explicación, sin despedirse de manera formal o informal, como si se los hubiera tragado la tierra.

Cierta tarde de invierno, el jefazo máximo de la compañía, Mr.

Bill Dantalián, me llamó para conversar sobre las medidas que tomaríamos para afrontar la situación.

Una emoción mística recorrió mi cuerpo cuando Mr. Dantalián me habló por teléfono. Nunca lo había visto en persona. Siempre nos habíamos comunicado por vía remota. Y como siempre sucedía, sus palabras, aunque breves, surcaron mi espina dorsal con una energía cósmica, casi orgásmica, como la serpiente *kundalini* de la que hablan los gurús hindúes.

Al día siguiente, recibí un boleto para volar a la ciudad de Nassau, en las islas Bahamas. Allí me encontraría con Mr. Dantalián. El vuelo desde Fort Lauderdale fue rápido y agradable. Era la única pasajera de primera clase. Mejor distanciamiento social, imposible.

Una limusina me transportó hasta la mansión de Mr. Dantalián. Se trataba de un inmueble inusual en el paisaje bahameño, donde predominan las casas de colores alegres, diseñadas para el paisaje isleño y marino. El caserón de Mr. Dantalián había sido construido con piedra negra volcánica. Y su arquitectura de aire eslavo recordaba a las ciudades más frías y siniestras de aquella parte de Europa que fue oprimida por la dominación soviética.

Mr. Dantalián resultó ser más atractivo en persona que por vía remota. Lo cual era una exageración. Su rostro siempre me había recordado al de Omar Borkan, aquel modelo iraquí que fue expulsado en el 2013 de Arabia Saudita «por ser demasiado guapo para las mujeres», tal como expresaron en su momento las altas autoridades del país saudí. Sus ojazos verde miel eran hipnóticos. Y su cuerpazo de gimnasio superaba los dos metros de estatura.

Mr. Dantalián me llevó a su estudio privado. No se anduvo con rodeos. La situación era crítica y debíamos tomar medidas radicales, decisiones draconianas.

—Es por eso por lo que tenemos que acudir y seleccionar a otra clase de talento —me dijo Mr. Dantalián con convicción.

—¿Y de qué clase de talento estamos hablando? —pregunté.

—Esa es información secreta que solo podré revelarte después de tu iniciación —dijo con la mayor seriedad.

Cuando dijo la palabra «iniciación», sentí un vértigo cosmogónico, un mareo indescriptible que nada tenía que ver con el whisky Macallan que había bebido durante la conversación. Era como si un vórtice de energía espiritual me llevara a un abismo profundo.

Y así fue.

Las paredes del estudio de Mr. Dantalián se volvieron rojas, rojísimas, como la sangre vertida por el cuello de un animal recién decapitado. Me golpeó con violencia desmedida, gratuita, con el júbilo de un niño sádico al que le gusta destrozar sus juguetes. Sus puñetazos tenían la contundencia de un campeón de boxeo, fracturando mis costillas, mi mandíbula, mi nariz. Luego, rasgó mi vestido de seda blanca y me sometió en la posición de cuatro puntos. Su pene era enorme y bífido, de áspera textura leñosa. Largas y durísimas púas negras surgían de su grotesco glande. Los fogonazos de su esperma quemaban como el azogue cuando me obligaba a practicarle la felación y calcinaban como el azufre cada vez que me sodomizaba.

Sus penetraciones me producían, al mismo tiempo, un dolor infernal y un goce orgásmico. Y así me hice adicta al dolor como la forma más elevada del placer.

La iniciación duró meses… hasta que estuve lista.

Hasta que quedé totalmente transformada.

Cierta mañana de verano, Dantalián, mi jefazo en la tierra y en el infierno, me comunicó:

—Desde ahora tendrás un nuevo nombre. Te llamarás Paimona, demonio de la orden de los dominios del Caos. Eres mi más fiel sirvienta. También eres vasalla de Lucifer, nuestro jefe, quien me

sometió hace años a una iniciación idéntica a la tuya.

—¿Y cuál será ahora mi labor? ¿A qué talento seleccionaré?

—Tu trabajo consistirá en resucitar a miles de jóvenes que han muerto recientemente, por causa de la interminable pandemia. Ellos llevarán a cabo el trabajo que los vivos y temerosos no quieren realizar.

Con dolorosa y adictiva devoción, realicé el trabajo que me encargó Dantalián. Recluté en un año a más de veinte mil zombis, que gracias a los poderes infernales que me fueron concedidos no tenían la apariencia necrótica que suelen tener tales seres en las malas series de ciencia ficción. Ellos estaban dispuestos a realizar las labores que los vivos ya no querían efectuar, y además sin remuneración alguna, salvo la oportunidad de alimentarse con su vitualla favorita: la carne humana.

Dantalián y yo nos regocijábamos de alegría.

Pero en la vida nada es gratis. Todo esto tendría un precio. Así que en los años siguientes tuvimos que entregarle al *hacker* misterioso del inframundo más de cinco millones de perfiles de LinkedIn, que debía borrar no solo digitalmente: había que desaparecer a esas personas a la antigua. Todas ellas fueron dadas de baja en los sistemas de identificación de sus países y en sus redes sociales, desde la isla de Groenlandia hasta la isla de Margarita.

Todos se desvanecieron rápidamente entre los incorpóreos de la sociedad.

Y así, con esta nueva política de selección de talento, en los años dorados de mi gestión como directora de Recursos Humanos, la Dantalián Restaurants Brands International Company recuperó su prestigio y se convirtió en la empresa de mis más infernales sueños.

PARTE VI
LOS CUENTOS DE FELICIA HANSEN GREEN

«Escribimos para saborear la vida dos veces, en el momento y en retrospectiva. Por eso, los escritores viven el doble».

Anaïs Nin

«Si no hay lágrimas en el escritor, no habrá lágrimas en el lector.

Si no hay sorpresa en el escritor, no habrá sorpresa en el lector».

Robert Frost

—No hay nada que hacer. Felicia, eres la hermana mayor, siempre cuidarás de Fortunata pase lo que pase. Eres madura y sabia. La más sensata de esta familia. Estudia algo que te permita llevar una buena calidad de vida. Y no dejes de escribir. ¡Cuando eras adolescente escribías unas historias fantásticas y soñabas con ser escritora! —fueron las últimas palabras que me dirigió mentalmente mi madre.

—Te prometo que siempre cuidaré a Fortunata, mamá. Seré próspera y cumpliré mis sueños —le dije.

Al tiempo que realizaba mi doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar de Caracas, comencé a hacer contactos con dirigentes del partido de Gobierno. Mi capacidad y mi disposición para triunfar a cualquier precio me permitieron escalar rápidamente en los cuadros dirigenciales de la Juventud del partido. Mi conocimiento de la situación internacional me acercó a la burocracia diplomática. Tras culminar mi doctorado, ejercí algunos cargos de menor rango en los consulados de Dominica y Santa Lucía, islas caribeñas. Luego fui trasladada a Europa, donde ascendí rápidamente en el escalafón diplomático. Actualmente, soy la embajadora de mi país en el Reino de España.

Antiguos amigos idealistas, que dejaron de hablarme, dicen que traicioné mis convicciones de juventud. Los envidiosos dicen que mi ascenso es «meteórico e inexplicable». Los aduladores dicen que, en el futuro, seré la próxima presidenta de Venezuela. Ninguna de las tres cosas. Soy solo una mujer pragmática que aprovecha las oportunidades y no deja pasar los trenes de felicidad que le ofrece la vida.

Cada día, trato de hacerle honor a mi nombre.

Aquí en España realicé la famosa maestría de la Escuela de Escritores de Madrid. Estudié con los mejores profesores: Montalbà Bori, Yanina Carchak, María José Codes, Óscar Curieses, Ginés Cutillas, Chema Gómez de Lora… Como trabajo de tesis, presenté un

libro titulado *Una noche en el Distrito Rojo*. A mis profesores les encantó y obtuve mención publicación en la presentación de mi trabajo de grado.

He tenido suerte. El tutor de mi tesis trabaja para Inferno Publishing, la más importante del mundo, y así pude acceder a la burocracia interna de esa importante editorial; y ahora, el libro está siendo considerado para su publicación.

El primer informe de lectura fue muy alentador. Dice:

> La historia empieza a enganchar desde el primer relato, pues sienta las bases del universo y lo muestra como algo apetitoso para el amante del género y de este tipo de historias —con los elementos de mitología cristiana y demás, por ejemplo, y su aplicación a los tiempos actuales—. La mitología creada por la autora y las reglas que rigen el universo descrito funcionan bien, son atractivas y sientan las bases de la naturaleza de la obra. Es algo destacable y aquello que la hace más especial.

Pero tengo que hacer algunas correcciones al volumen, tanto de forma como de estructura.

Las perspectivas son muy buenas. Quizás vea publicado mi libro a finales de año.

Por supuesto, se lo dedicaré a mamá. Y a Fortunata, a quien cuido a la distancia. Ella piensa que la he abandonado, pero nada más lejos de la realidad. Tuve que distanciarme por su propia seguridad. Por eso, siempre hay un par de funcionarios del Gobierno de mi país vigilando sus pasos, asegurándose de que no le pase nada malo. También hay agentes espirituales. He decidido no verla durante algún tiempo. Hay acontecimientos superiores que están en pleno desarrollo, con fuerzas cósmicas que no pueden salirse de control. Fortunata debe tomar sus propias decisiones y no quiero interferir. Al final, si ella colabora, todas las piezas encajarán en un plan más amplio, de vasto

alcance.

Por el momento, les comparto algunas de las historias de mi libro, así como la propuesta de contraportada que redacté para él. Espero que estos relatos sean de su agrado.

Propuesta de texto de contraportada para el libro Una noche en el Distrito Rojo de Felicia Hansen Green

Eterno es el combate entre los dioses del Orden y el Caos. Y el premio es la raza humana.

Las historias de este libro arrancan con el inicio del tiempo y el espacio. Los ejércitos del bien y del mal batallan sin piedad. Sus sangrientos conflictos se reflejan en nuestro mundo. Los efectos de su guerra eterna ya han golpeado las calles de tu ciudad… o las puertas de tu casa.

De Londres a Chernóbil, de Ámsterdam a Caracas, desde la antigua Mesopotamia hasta la Nueva York contemporánea, mortales e inmortales protagonizarán amores peligrosos, crueles ritos de iniciación, violentas relaciones de dominación y sumisión. Ángeles y demonios querrán conquistar el mayor número de almas.

Solo la sangre y los corazones humanos calmarán su sed de poder. ¿Podrán los humanos, rebeldes y blasfemos, liberarse de las pasiones de sus dioses?

Una noche en el Distrito Rojo es el primer libro de Felicia Hansen Green, destacada politóloga, diplomática y escritora venezolana. Ama la fantasía y los gruesos libros de hojas avejentadas. Viajera versátil, ha residido en Francia, Andorra, las Islas Feroe, Gibraltar, Liechtenstein, San Marino, Moldavia, Dominica y Santa Lucía. Hoy es la flamante embajadora de Venezuela en el Reino de España. Cree en los dioses del Orden y del Caos, pero más aún, Neil

Gaiman y Mary Shelley. Gusta cautivar al lector con extrañas fantasmagorías, cuyos sorprendentes finales a ella misma le inquietan y perturban.

PARTE VII
CUENTOS, ENCUENTROS Y DESENCUENTROS ENTRE LO HUMANO Y LO DIVINO

«Las historias tienen que ser contadas o mueren. Cuando mueren, no podemos recordar quiénes somos o por qué estamos aquí. Y cuando no sabemos quiénes somos es porque nosotros mismos estamos muriendo en algún nivel».

Felicia Hansen Green

«El silencio es el enemigo número uno de los cuentistas. Los cuentistas necesitan palabras. Sin ellas, sus historias palidecen, enferman y mueren. Y cada historia muerta es un fantasma que persigue al cuentista que no la ha contado».

Felicia Hansen Green

El profesor Krampus

Marcelo Krampus era un ser de mediana edad que se sentía desdichado en su ambiente de trabajo.

Fungía como maestro de educación primaria en la Escuela n.º 666 del infierno. Era una institución académica ubicada en el borde este del Caos, en los suburbios del inframundo, tradicional dominio del duque Barbatos.

Krampus se levantaba a diario con una desidia insoportable, tras escuchar el despertador a tempranas horas. Cada mañana, soportaba la desgracia de tratar de instruir a aquellos niños que, literalmente, eran entes diabólicos.

Durante eones, Krampus fue devoto del sendero del Orden. Pero fue desterrado a los confines más oscuros del Caos por haber traicionado a sus compañeros de la luz. En cierta ocasión, fue generosamente sobornado para secuestrar a un querubín y entregárselo al duque Viné, uno de los más altos generales de Lucifer. Viné usó al tierno ser angelical como objeto de placer… hasta que al querubín se le marchitaron las alas, perdió su luminosidad y exhaló el último soplo de vida.

Krampus fue descubierto. Y por su falta, fue condenado a pasar un par de eternidades en el inframundo.

El profesor era lánguido, desgarbado, con nariz aguileña y ojos oscuros. Usaba anteojos para mitigar su ancestral miopía. Cada mañana, después de tomarse su acostumbrado café, bien cargado y sin azúcar, tan oscuro como la más infernal de las simas, se dirigía con su maletín negro rumbo a la escuela de párvulos demoníacos.

Conducía un Volkswagen del año 1962. En la *matrix* del

inframundo, podría haber elegido conducir otro auto, pues en esa dimensión del éter cósmico los objetos son proyecciones mentales.

Pero el profesor Krampus, que era amante del *vintage*, había elegido conducir ese viejo vehículo, que apenas podía andar por sí solo. De acuerdo con su proyección, el carro alguna vez había sido rojo, pero su matiz original se había desgastado tras décadas de continua e inclemente exposición solar. Porciones enteras de su carrocería estaban oxidadas. A sus empleadores les repugnaba aquel trasto andante. Pero parecía que a Krampus le funcionaba bien.

Al llegar al salón de clases comenzaba su cotidiana tortura: lidiar con los infantes del mal; tutelar a los vástagos de las majestades del Caos.

Los pequeños diablillos hacían de las suyas: estaban los tiranos que se creían los dueños y amos del lugar; otros danzaban como arañas patas arriba, pegados al techo: parecían criaturas que necesitaban ser exorcizadas con urgencia. También había pequeñas brujas, cambiaformas, chicos hechiceros y demás entes siniestros.

Para contrarrestar las acciones de los veinticinco impúberes a los que tutelaba, el profesor Krampus acostumbraba, cada minuto, a subirse los lentes con el dedo anular. Este tic, en apariencia nervioso, era un eficaz gesto mágico que lanzaba sobre los pequeños engendros. Se trataba de un sortilegio de obediencia.

De esta forma, los mantenía a raya, sin levantar sospechas en las autoridades del colegio. Los engendritos, que por su propia naturaleza debían comportarse malignamente, exhibían un comportamiento ejemplar, con unos modales educadísimos y un trato respetuoso, hasta cariñoso.

Esta paradoja le devolvía cierto sosiego a Krampus: desde la perspectiva de sus jefes, hacía el mal obligando a sus alumnos a realizar el bien.

Tal inversión de roles le divertía.

Transcurrió mucho tiempo sin que sus superiores se dieran cuenta del truco.

Sin embargo, un día fue descubierto por la maestra Anneke Hendricks, titular de la cátedra de Alta Brujería, quien lo observó cuidadosamente mientras hacía su acostumbrado movimiento con los anteojos. La bruja delató a Krampus a las autoridades de la institución y fue expulsado de inmediato.

El profe se quedó sin nada: sin empleo, sin dinero, sin reputación, sin propósito de vida. Lleno de una inmensa rabia, quiso cobrar venganza ante lo sucedido.

Sin nada que perder, Krampus abandonó aquellos dominios espirituales y se dirigió a las regiones astrales que circundan el campo magnético del planeta Tierra.

Durante cierto tiempo, el profesor meditó su nuevo objetivo existencial.

Por un querubín pequeño, había sido expulsado del reino de la luz.

Por amansar a unos pequeños diablillos, había sido exiliado del reino del Caos.

Entonces el profesor Krampus tomó una decisión.

«Mi misión, desde hoy y hasta el fin de los tiempos, será amedrentar a los niños para que se porten bien —pensó—. Aplicaré estrategias de terror, propias del Caos, para que se comporten correctamente, de acuerdo con las directrices del Orden. Mi venganza será doble».

Gracias a una proyección mental, asumió la apariencia de una criatura de largas orejas de elfo y grandes cuernos de antílope. Su piel

era verde, peluda. Y su corazón era demasiado pequeño para sentir amor.

Desde entonces, Krampus se ha dado a la tarea de castigar salvajemente a los niños que se portan mal, desobedecen a sus mayores, dicen palabrotas y hacen berrinches durante la temporada de Navidad. Se ha declarado públicamente como el antagonista de san Nicolás, alias Santa Claus, Papá Noel, el espíritu de la Navidad, etc.

Cada 24 de diciembre, cuando se le presenta la oportunidad, el profesor Krampus sabotea la logística de distribución de regalos de su archienemigo, para evitar que premie a los pequeños que merecen sus presentes.

Por otra parte, los progenitores con inclinaciones sádicas y que gustan atormentar psicológicamente a sus hijos invocan la imagen del profesor Krampus para atemorizar a sus criaturas, especialmente cuando dicen groserías, se resisten a escribir su lista de regalos para Santa Claus o se les ocurre decir que el espíritu de la Navidad no existe y es solo un invento de los adultos.

Cuando los padres se descuidan, Krampus captura a los niños particularmente traviesos y maleducados en su saco. Luego, los traslada a ciertas zonas limítrofes del borde del Caos, donde pasa desapercibido a los esbirros del mal y a los capitostes del Orden.

Allí, cada Nochebuena, lejos de las miradas indiscretas, el profesor desuella, destripa y devora a sus pequeñas víctimas, que nunca más volverán a importunar a los parientes con sus alborotos, griteríos, actos de rebeldía y malas palabras.

El precio de la alta costura

Había una vez, en la ciudad de Brujas, Bélgica, un joven llamado Arthur, un sastre que confeccionaba los mejores trajes para los hombres de buen gusto. Años atrás, había gozado de una excelente reputación y había tenido un sinnúmero de clientes. Pero tras la muerte de su esposa en un accidente y la llegada de su popular colega Noah el Grandioso, ya no lograba vender absolutamente nada. Noah era un hombre alto, apuesto, de cabello oscuro, ojos claros y una perfecta sonrisa que deleitaba a las féminas del lugar. Además, tenía una personalidad encantadora que cautivaba a sus clientes masculinos.

Por su parte, Arthur era delgaducho, tímido, desgarbado y con una gran cicatriz en el lado izquierdo del rostro que lo hacía lucir desagradable a simple vista. A pesar de ser un gran conocedor de la costura, su esposa había sido el alma del negocio: con su belleza y su encanto, deslumbraba a los clientes; pero ahora todo eso era parte del pasado. Arthur ya no era el mismo desde entonces. Cuando los potenciales clientes cruzaban la puerta de su tienda, se espantaban al verlo y, sin mediar palabra, salían con paso ligero por donde habían entrado.

El pobre infeliz agonizaba de envidia cuando observaba al gran Noah desde su tienda. Veía cómo la gente hacía fila para entrar a su negocio. De allí salían con grandes compras. Mientras tanto, él se sumía en la miseria, cada vez más cerca de la bancarrota.

Un buen día, un hombre de mediana edad entró a su local. Miraba cautamente cada traje que se encontraba en exhibición. Observó cada rincón del recinto. Sigiloso, desde una oscura esquina, Arthur no le quitaba los ojos de encima.

—Hola. ¿Alguien atiende en esta tienda? —dijo el hombre

misterioso.

—Sí, señor —dijo el sastre, saliendo del penumbroso rincón—. Mil disculpas. Mi nombre es Arthur. Soy el dueño del lugar.

—Caramba, pensé que estaba solo. Este lugar tiene un aspecto desolador.

—Lo sé, señor. Es que los clientes se espantan por mi aspecto y salen despavoridos. Ni siquiera me dan la oportunidad de mostrar lo que tengo para ellos.

—Interesante y triste situación. Pero yo podría cambiarla.

—Discúlpeme, señor. Con todo respeto, pero a menos que vuelva a nacer y pueda cambiar mi rostro por el de Noah el Grandioso, no creo que eso sea posible.

—Para mí no hay imposibles. Me gusta este traje. Envuélvamelo, me lo llevo.

—Pero ni siquiera se lo ha probado.

—No necesito hacerlo. Se ajustará perfectamente a mí.

—Está bien, como usted diga. Los clientes mandan en esta tienda y, a decir verdad, usted ha sido el único en mucho tiempo.

—No te preocupes. Mañana, al abrir la tienda, todo cambiará. Confía en mí.

—Sí, claro —replicó Arthur con desgano, mientras contaba el cambio para dárselo a su cliente—. Disculpe, no me ha dicho su nombre…

Arthur levantó la cabeza, pero el enigmático hombre había desaparecido.

A la mañana siguiente, el joven despertó desanimado para ir a

su tienda. Al llegar, se encontró con una larga fila de personas esperando por él.

Al abrir, todos lo saludaban con entusiasmo, como si se tratara de otra persona. Los clientes no paraban de llegar.

Ese día vendió decenas de trajes y los clientes se marchaban alegres, dado el buen servicio y la calidad de la ropa que habían adquirido.

El sastre, desconcertado, no podía creer lo que estaba sucediendo. Estaba feliz. Su suerte había comenzado a cambiar. Luego de una jornada extenuante, dio vuelta al aviso de la puerta que decía «cerrado». Mientras lo hacía, se percató de que la tienda de Noah el Grandioso estaba clausurada, como si nunca hubiese existido. Le pareció muy extraño.

Al volver a casa, se dio una ducha. Y al mirarse en el espejo, se percató de que su rostro no era el de Arthur, ¡sino el de Noah! Ya no tenía la cicatriz en el rostro. Pero eso no era todo; al fondo, escuchó una voz conocida y apacible que lo llamaba:

—Cariño, por fin has llegado. ¿Qué tal estuvo el día en la tienda?

Quien preguntaba era su difunta esposa.

Bueno, al parecer había regresado al mundo de los vivos.

—Mi vida, ¿en serio eres tú? —preguntó Arthur atónito.

—Siempre lo he sido, tonto. Parece que no me hubieras visto en años…

Arthur abrazó a su esposa y la besó sin parar. No entendía nada de lo que estaba pasando, pero no podía evitar estar feliz con su nueva realidad. Tenía a su amor de vuelta, mientras su negocio iba viento en popa.

Así transcurrieron algunos meses. Las cosas no podían ir mejor. Pero cierta mañana, en la sección de sucesos del periódico, Arthur leyó una noticia que lo dejó desconcertado: en un accidente de tren de la línea Brujas-Ámsterdam habían muerto cinco pasajeros.

Lo que llamó su atención no fue el hecho en sí mismo, sino que las cinco personas fallecidas eran sus clientes. Era una fatídica coincidencia. Un par de días después, tres de sus clientes perecieron en extrañas circunstancias: una de ellas se cayó de un caballo mientras montaba, la segunda murió ahogada en el mar y la tercera se lanzó del séptimo piso de un edificio de la Breidelstraat.

Todo aquello le pareció muy extraño. Semanas después, los decesos se siguieron sumando. Entre suicidios y asesinatos, sucesos fortuitos y actos deliberados, accidentes laborales y súbitas enfermedades, sucumbió casi un centenar de personas que formaban parte de su cartera clientelar.

Las murmuraciones se multiplicaron en Brujas: el pueblo ahora se refería a Arthur como el Sastre Maldito, pues a aquel que adquiría sus trajes lo visitaba la parca.

Él estaba aturdido, desesperado. Solo pensaba en aquel hombre que le había dicho que todo cambiaría. ¡Él tenía la culpa de aquel infortunio! No encontraba otra explicación. Cierta tarde, el mismo sujeto tenebroso se apareció en su tienda.

—Vaya, he sabido que te ha ido muy bien.

—Todo esto es obra tuya. Ahora muchas personas están muertas por mi culpa. No sé qué diablos hiciste, pero quiero que lo reviertas ahora mismo.

—¿Estás seguro? Ahora tienes a tu esposa de vuelta. El negocio finalmente te genera ganancias. Eres, además, un hombre bien parecido, con gracia, actitud, aplomo. Nada que ver con el perdedor que visité meses atrás.

—Yo no te pedí que hicieras nada de esto.

—Claro que lo hiciste. Envidiabas la vida de Noah, su éxito, el encanto que tenía sobre las mujeres. ¡No te hagas el inocente conmigo! ¡Querías ser él, maldita sea! Ahora tienes más que eso. Las personas de carne y hueso, como tú, viven en una permanente confusión de emociones y pensamientos, esclavizados por deseos imposibles y necesidades insatisfechas. Pensé que te había liberado de todo eso… y que, además, me lo agradecerías.

—No quiero ser el responsable de más muertes. Prefiero mi vida de antes, aunque esté hecha de anhelos incumplidos y amargas frustraciones. Te lo suplico.

—Arthur, sabes que la envidia es un pecado capital. Muchas veces las personas solo muestran lo que los otros quieren ver, cuando la verdad es que sus vidas están podridas por dentro, como manzanas agusanadas. Tú querías la vida de Noah, sin saber que él había hecho un trato maldito conmigo a cambio de su riqueza. Según lo pactado, su cuerpo envejecería mucho más rápido de lo normal. Tendría una existencia exitosa y glamorosa, pero corta y sin amor.

—Pero tú me devolviste a mi esposa.

—Es cierto. Por eso el precio de tu pacto es distinto: por cada día que ella esté contigo, un cliente tuyo morirá. Así, a la larga, te quedarás sin clientes, sin tienda y sin ella, pues, cuando no tengas nada más, ella te abandonará. Las oscilaciones del mundo material y del reino espiritual son paralelas. Y cuando te sumerges en la sustancia oscura, no hay vuelta atrás. Cada triunfo en el mundo material exige un tributo de la oscuridad espiritual. Un costo muy alto.

—Dime, ¿quién demonios eres?

—Desde hace siglos me llaman de varias formas. Unos dicen que soy Hades, dios de la muerte. Hay quienes creen que soy Angra

Mainyu, la personificación persa del demonio, fuente de los males del mundo. El nombre de Lucifer no me ofende, pero tampoco me identifico con él. Otros me llaman Caos y se sienten más inteligentes dándome ese nombre. En la intimidad de mi ser, creo que soy ninguno y todos ellos al mismo tiempo.

—No puedes condenarme a esta vida, te lo suplico.

—Tu vida, que en realidad me pertenece, ya era miserable. Lo siento, pero te mereces lo que te sucedió y lo que te sucederá, por envidiar y desear lo ajeno.

Arthur vivió algunos años más.

Desdichado, sin tienda, sin esposa, con la conciencia retorcida por el mal, vagó por varias ciudades y países.

Todo lo que tocaba se deshacía, se descomponía, se descalabraba.

A su paso, el Caos, la maldición y la muerte campeaban; interminable desastre que, sin querer, había causado.

Peliblue

Érase una vez una mujer de increíble belleza que habitaba en Hertford, un pequeño pueblo cerca de Londres, Inglaterra. Los hombres solían rendirle pleitesía, aunque pocos tenían la fortuna de ganar su atención. Su inusual cabellera azul hechizaba al sexo opuesto. Era de esbelta figura, tez blanca y ojos azules expresivos que hacían juego con su pelo. Tenía vínculos con la nobleza. Su nombre era Emily, pero la conocían como Peliblue.

Los hombres hacían fila para cortejarla. Le enviaban flores, joyas y centenares de regalos, solo para llamar su atención. Pero todo eso fue antes de que sus últimos pretendientes la dejaran plantada en el altar. El pueblo decía que estaba maldita, que un aura oscura reinaba sobre ella. La joven lloraba desconsolada. Aun cuando sabía que nada de ello era su culpa, estaba segura de algo: nunca encontraría el amor. Estaba cansada de repetir que ella no había hecho nada para ahuyentarlos. Simplemente, no la amaban de verdad.

Un buen día, llegó al castillo un hombre apuesto, alto. Pertenecía a la aristocracia y, sin importar los rumores que la rondaban, decidió conquistarla. Charles, como se llamaba, le abrió enteramente su corazón a Emily, hasta que se enamoraron perdidamente. En pocos meses, planificaron una majestuosa boda, con cientos de invitados. Todos en el pueblo solo hablaban del rimbombante acontecimiento, esperando que a la tercera fuese la vencida y el novio finalmente se presentara para unirse en matrimonio a ella.

La noche de la boda finalmente llegó. Para sorpresa de todos, Charles fue el primero en aparecer. Pocos minutos después, Peliblue entró a la capilla tomada por el brazo de su padre. Llegó hasta su amado y ambos dieron el sí que tanto anhelaban para enlazar sus

vidas. La noche de bodas transcurrió en uno de los castillos de Emily. Fue un momento colmado de magia. Emily y Charles desnudaron sus cuerpos para sucumbir en el carnal hechizo del amor.

A la mañana siguiente, ambos sonreían. Disfrutaban uno del otro de su compañía. Peliblue parecía estar feliz después de todo. La desolación del pasado había valido la pena. Su relación se hizo más fuerte con el tiempo. Charles y Emily eran la pareja del pueblo.

Luego de unos meses, Emily comenzó a enfermar. Perdió peso. Su beldad fue desvaneciéndose poco a poco. Su espléndida melena azul se había marchitado, encanecido. Su piel había perdido la sedosa tersura de otros tiempos. Sus labios se mostraban agrietados, resecos. Su esposo, Charles, estaba preocupado. La llevó a los mejores médicos para curarla. Sin embargo, sus esfuerzos no servían de nada, ningún remedio surtía efecto. Estaba muriendo sin razón aparente. En Hertford todos estaban preocupados por su salud.

Una tarde, llamaron repentinamente a su puerta.

—Buenas tardes, mi señor. Es un placer saludarle —dijo un extraño anciano de capa negra y voz trémula—. He venido hasta aquí porque soy pariente de Peliblue. Sé que no está bien, pero tengo la cura para su enfermedad.

—Pero ¿quién es usted? ¿De dónde conoce a mi esposa? —inquirió Charles.

—Ya le he dicho, somos parientes. Dígale que Azazel está aquí. —Está bien, espere aquí un momento.

Charles avisó a su esposa. Al escuchar el nombre del visitante, la expresión de la mujer se volvió sombría.

—¿Quién es ese hombre, cariño?

—Es familia de mamá, lo conozco. Déjale pasar.

—Lo que tú digas.

Azazel se acercó hasta el dormitorio. El aspecto de Emily era deplorable. Pero, tal vez, aquel extraño anciano podría darle una esperanza.

—¿Qué haces aquí, Azazel? ¿A qué has venido?

—Sabes por qué estoy aquí. No puedes morir. Formas parte de un clan muy especial.

—Lo siento, pero esta vez prefiero morir. Amo a Charles como a ningún otro. No le haré lo mismo que le hice a los otros. Pensé que no tenía que volver a repetirlo.

—No seas ingenua. Es tu naturaleza. Además, ¿no ves que te apagas lentamente?

—Eres un desgraciado, un maldito infeliz, Azazel. No le causaré daño.

—Lo harás, maldita sea. Por las buenas o por las malas. De lo contrario, mataré a tu padre, así como lo hice con tu madre, cuando te rehusaste la última vez. Y lo haré con el resto de tu familia. No te quedará un pariente sobre la faz de la Tierra.

—¿Hay alguna otra salida?

—Lo siento, pero nadie puede escapar de sí mismo y de su destino.

Y tras decir estas palabras, el viejo desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Se desvaneció en el acto, sin dejar rastro.

Emily quedó sollozando, totalmente desconsolada. Sabía lo que debía hacer si quería que su familia viviera. Esa noche, esperó a que su amado Charles se durmiera.

Cuando le pareció oportuno, Emily le dio un largo beso. Pero

no era un roce amoroso. Era el viejo modo en que las súcubos, la legión femenina de demonios a la que pertenecía Emily, atacaban a los hombres dormidos y absorbían su energía espiritual, su fuerza áurica, para sobrevivir.

Y así, Peliblue recuperó su vigor, su belleza perdida. Su piel ajada recobró la tersura de antaño. Sus labios volvieron a ser rojos, como pulpa de fruta madura. Y su cabellera volvió a impregnarse de ese intenso matiz azul que era la envidia de las demás mujeres.

Emily se miró en el espejo de la habitación y constató que ahora tenía el aspecto de costumbre. Y luego lloró desconsolada al pensar que había perdido a Charles para siempre.

—Emily, ¿intentaste absorber mi alma? —escuchó, de pronto, la voz de su marido.

—Pero ¿cómo? No deberías estar vivo —dijo Emily sobrecogida.

—¡Claro que estoy vivo! Había esperado con ansias este momento, el instante en que me revelaras tu verdadera identidad. Y ahora yo te revelaré la mía. Soy Abigor, querida. El demonio que gobierna sesenta legiones del séptimo círculo del infierno. Te busqué por todas partes y, cuando supe sobre la extraña desaparición de tus amantes, sabía que eras tú. Estaba seguro de que eras mi alma gemela. Aunque me decepcionas, pensé que me amabas de verdad. Intentaste matarme, con premeditación y alevosía —dijo Charles con sorna—. Y yo, siendo un demonio, he pagado tu mal con bien, pues te devolví la belleza con mi poder infernal.

—Mi amor, yo no quería hacerlo. Perdóname, no sabía qué hacer. Azazel amenazó con matar a mi padre. Él mató a mamá cuando me negué a hacerlo la última vez. Mientras esté sometida a su yugo, siempre estaré destinada a perder a alguien. Él, como ángel de la muerte, tiene poder sobre mí —replicó desconsolada.

—Pues esta vez no se saldrá con la suya —dijo Abigor.

Bajaron al patio del castillo. Allí, Abigor se deshizo de su disfraz de Charles y mostró su verdadero aspecto a la súcubo: resultó ser el más guapo de los grandes duques del infierno. Montaba un caballo negrísimo, más oscuro que la obsidiana, y sostenía una lanza flamígera. Fueron tras Azazel.

Lo encontraron en un bosque cercano, junto con sus súbditos.

El duque del séptimo círculo y el ángel de la muerte se batieron a duelo. La lucha entre los inmortales casi duró una eternidad.

Las satánicas llamaradas de la lanza de Abigor y los celestiales relámpagos que desataba Azazel chocaban en condición de paridad.

Al final, el obstinado Abigor prevaleció. Azazel, quien había traicionado a las majestades satánicas, que por su naturaleza tenía importantes asuntos que atender, escuchó la tiránica voz de los dioses, que le exigieron cumplir los deberes propios de su cargo y no perder tiempo en luchar por la tutela de un demonio.

Y así, tras la ida del ángel de la muerte, Abigor y Emily vivieron felices para siempre en su ardiente oscuridad.

Una decisión irreversible

Transcurrían los años setenta en la ciudad de Caracas cuando ella lo vio por primera vez en el salón de clases tocando su guitarra, interpretando el contagioso éxito de Elvis Presley, *Heartbreak Hotel*. Ella se enganchó desde el primer momento. Él, un joven de ojos negros, delgado y de cuerpo atlético, cabello negro liso abundante; nariz respingada, labios gruesos, de tez trigueña. Vestía un pantalón acampanado amarillo y una camisa negra ceñida. Exhibía un toque *hippy*. No era precisamente el más guapo de la clase, pero era atractivo. Tenía una personalidad abierta, cautivadora e irreverente, un no sé qué que volvía locas a las chicas.

Ella, por su parte, tenía la cara redondita, con grandes ojos color café y cabello largo castaño oscuro. Su figura era sutil. Llevaba puestas unas botas de corte alto, un pantalón de corte bajo y una blusa psicodélica. Era tímida, reservada, introvertida.

Al verla, él dejó de tocar y la abordó:

—Hola, soy Francisco. ¿Cómo te llamas?

—Yo… soy…, eh… —Ella apenas pudo balbucear unas palabras.

—Tranquila. No hay problema si no me quieres decir tu nombre. Lo entiendo, ni siquiera me conoces —dijo él con voz cándida.

—No, no es eso —respondió ella al fin—. Me llamo Raquel, un placer.

—Vaya, qué bonito nombre. El placer es mío, Raquel. ¿Estás en esta clase?

—Sí, hoy es mi primer día.

—Entonces, me sentaré a tu lado. Si no te importa, claro.

«Estaría feliz de que lo hicieras», pensó Raquel. Pero se limitó a responder:

—Está bien.

—Bien, aquí estaré por si me necesitas —replicó él.

Al cabo de unos días, la química entre ambos era inevitable. Raquel lo ayudaba con sus tareas; Francisco la iba a buscar en auto para ir al colegio. Sin embargo, él no se atrevía a dar el primer paso por temor a ser rechazado, mientras ella esperaba impaciente. Así que a Raquel no le quedó más remedio que tomar las riendas del asunto.

Una tarde, mientras estudiaban en casa de sus padres, ella lo encaró.

—Francisco, dime algo, ¿te gusto?

Sorprendido por la pregunta, él no supo qué decir. Inquieto, repentinamente acalorado, caminó hasta el aparato de aire acondicionado y bajó un poco la temperatura.

—Francisco, te acabo de hacer una pregunta. Estoy esperando tu respuesta —le repitió ella.

—Bueno, la verdad, Raquel, es que no me gustas —contestó él.

—¿En serio? —preguntó ella con voz triste—. Pero yo pensé…

Él la interrumpió y la besó dulcemente, con un atisbo de pasión.

—No me gustas: me fascinas. Estoy loco por ti, mi amor —le reveló Francisco, sonriendo.

Luego de estas palabras, se fundieron finalmente en un sublime beso, cargado de euforia juvenil. Para ella era la primera vez; para él, por supuesto, no lo era. Sin embargo, él sintió como si lo fuese.

Desde ese día estaban hechos el uno par, trataban de pasar cada minuto juntos. Iban al parque cada tarde, caminando de la mano como dos tontos; disfrutaban de una buena película en el cine cada domingo. Con frecuencia iban a tomar el sol en la playa y acampaban juntos, viendo las estrellas. Bailaban todos los viernes en la disco de la ciudad. Comenzaron a vivir un mar de aventuras que los hacían sentir en las nubes.

Al terminar el liceo, aunque tomaron caminos diferentes, decidieron mudarse juntos a los Estados Unidos, a la ciudad que nunca duerme, Nueva York.

La familia de Raquel, que era adinerada, había ayudado a Francisco con el pago de su colegiatura. Ellos pensaban que él era el indicado para ella, por eso decidieron apoyarlos a ambos enviándolos a una de las mejores casas de estudio de la Ivy League, la Universidad de Columbia. Ella optó por estudiar Leyes; él decidió estudiar Música.

Un día, mientras paseaban por el Central Park tomados de la mano, Francisco entró a un restaurante de comida mexicana, de la nada salió con un mariachi, interpretando los clásicos mexicanos que tanto le gustaban a Raquel.

Después de cantarle una serenata, Francisco le preguntó:

—¿Te quieres casar conmigo?

Raquel, con los ojos humedecidos, se quedó estupefacta y le respondió:

—¡Síííí! ¡Claro que quiero pasar el resto de mi vida contigo! ¡Te amo, Francisco!

Los dos se fundieron en un dulce abrazo, en un momento que

pareció eternizarse en el tiempo. Sellaron su amor con un delicado beso. Pensaban casarse al inicio de la primavera.

Ambos culminaron con éxito sus estudios. Francisco se convirtió en el vocalista principal de una banda de *pop rock* llamada *Bar Purple*. Pronto comenzarían con sus giras por todo el país. Aunque eso inquietaba un poco a Raquel, ella lo apoyaba y cuando su trabajo lo permitía iba de viaje con él a sus conciertos.

Raquel estaba enfocada en los preparativos de su boda y en el trabajo que desarrollaba en un prestigioso bufete. Todo estaba listo para el 13 de mayo de ese año, fecha que habían escogido para jurarse amor eterno. Solo faltaban algunos meses para la celebración del matrimonio. Ambos estaban alucinando con lo que sucedería ese día.

Una tarde, mientras estaban juntos en su apartamento, Francisco le propuso a Raquel que lo acompañara a París, ciudad en la que *Bar Purple* daría una serie de conciertos.

—Raquel, mi amor, quiero que vayas conmigo a París. Tocaremos allí un par de días, pero podríamos quedarnos unos días más para disfrutar de la ciudad.

—Me encantaría, cielo, pero no estoy segura de poder ir. Tengo mucho trabajo en la oficina, tengo unos casos importantes que resolver. No quiero tener nada pendiente antes de la boda. ¿Te parece si lo escogemos como parada en nuestra luna de miel, luego de volver de Grecia?

—Bueno, está bien, mi vida. Mañana salgo temprano, ¿podrías llevarme al aeropuerto?

—Claro, por supuesto.

Al día siguiente, Raquel trasladó a Francisco al aeropuerto. Él se despidió con un apasionado beso. Ella lo vio alejarse. Él, luego de chequear su equipaje, subió a su avión con destino a París.

Ese mismo día, en horas de la tarde, Raquel recibió una llamada que cambiaría su vida.

—¿Es usted familia de Francisco Green? —dijo una voz ronca al otro lado del teléfono.

—Sí, soy su prometida. Disculpe, ¿quién me habla?

—Señorita, estamos llamando del Departamento de Policía de Nueva York para informarle que el avión en el que viajaba su novio sufrió un accidente y no hubo sobrevivientes —dijo el oficial.

—¿Qué? ¡Eso debe de ser un error! ¡Yo lo dejé en el aeropuerto esta mañana! Seguro se equivoca —dijo ella.

—El nombre de su novio es Francisco Green, pasaporte número 123456, vocalista de la banda Bar Purple, vuelo número ADW666, ¿cierto?

—Sí, esa es su información.

—Entonces, no hay duda, señorita. Lamentablemente, él estaba a bordo de ese vuelo.

Raquel dejó caer el teléfono y cayó en un llanto ahogado de desesperación. Su mundo se acababa de desmoronar. No podía creer que eso le estuviese pasando a ella. Estaba viviendo un idilio con el amor de su vida y en un segundo toda esa felicidad simplemente se desvaneció.

Pasaron los meses. El cuerpo de Francisco nunca apareció, así que tuvo que velarlo en un ataúd vacío. Ni siquiera pudo desearle paz a su alma de la manera que habría deseado.

El tiempo transcurrió muy lentamente para Raquel; trató de rehacer su vida, pero el recuerdo de su amor por Francisco siempre estaba con ella. Cada hora, cada minuto, cada segundo.

Cada vez que Raquel escuchaba el nombre de la ciudad de París comenzaba a sentir palpitaciones, su corazón comenzaba a latir de manera acelerada. Cada vez que en los noticieros oía una historia referida a la capital francesa, comenzaba a sentirse angustiada, afligida. Cada vez que veía imágenes de la Ciudad de la Luz en una película, comenzaba a sentir una urgencia irracional, un apremio existencial, una necesidad de cerrar un ciclo inconcluso. Un ciclo imposible de cerrar, pues Francisco estaba muerto. Nada ni nadie le devolvería la vida.

Le tomó cinco años decidir ir a París, donde se suponía que iba a viajar con Francisco. Necesitaba calmar esa neurótica ansiedad que sentía cada vez que escuchaba una mención de esa ciudad europea. Fue una decisión repentina, impulsiva, irreversible. Una decisión tomada desde el intenso amor que nunca dejaría de sentir por el hombre más importante de su vida.

Compró el boleto y, con muy poco equipaje, abordó el avión.

Quería conocer París para imaginar lo que hubiese sido ir con él, estar ahí con él.

Sentía una nostalgia intensa, inconsolable: era un vacío vasto, imposible de llenar. Un hueco cósmico en el alma. Pero al mismo tiempo, sentía un gozo inexplicable, absurdo, que no sabía de dónde provenía.

Su avión despegó del aeropuerto John Fitzgerald Kennedy con normalidad. Pero esa noche, una tormenta eléctrica, tan intensa como los sentimientos encontrados de Raquel, sacudió con fuerte turbulencia a la aeronave.

Raquel había viajado muchas veces en avión y no era de las que se asustaban fácilmente. Pero aquella tempestad no era usual. Las regiones más oscuras del firmamento, incluso las más lejanas, quedaron ocultas por una nubosidad de matices fluctuantes. Tonalidades fluorescentes, que destellaban con colores que Raquel no

recordaba haber percibido, parpadeaban intensamente en el sacudón de esa madrugada.

De pronto, cada pulgada del cielo brilló de modo tan fuerte que el avión parecía recorrer la superficie de un sol. Era como si las zonas tenebrosas de la bóveda celeste hubieran desaparecido y cada átomo del cosmos brillara como una estrella. Cegados por esa inesperada luminiscencia, Raquel y los demás pasajeros de aquel vuelo de Air France se vieron obligados a cerrar las ventanillas. Pero las raras incidencias continuaron. El avión se sacudía como el toro salvaje de un rodeo. Desde fuera, se escuchaban extraños fragores, más parecidos al sonido de potentes trompetas que al usual retumbo de los truenos del cielo.

Siete horas más tarde, el avión llegó a París, intacto. Cuando bajó del avión, Raquel, llorando, abrazó al piloto y lo felicitó por su pericia al mando de la nave.

Después de chequear su pasaporte en Inmigración y pasar por el tedioso trámite de la aduana, Raquel se trasladó con su equipaje a las afueras del aeropuerto Charles de Gaulle, en busca de un taxi, cuando vio la inconfundible silueta de Francisco.

¡Pensaba que estaba soñando, no lo podía creer!

Él estaba allí, con su juvenil aspecto *hippy* y un ramo de largos girasoles. La esperaba con un cartel que decía: «Raquel, soy yo, Francisco. Y te esperé todo este tiempo».

Ella corrió hacia él para saber si era real lo que veía, ¡y lo fue!

Ahí estaba Francisco, de carne y hueso. Estaba vivo. Incluso se veía más joven, como si no hubieran transcurrido esos largos años de separación.

Raquel estaba absolutamente desconcertada.

—Francisco, mi amor, ¡la policía me dijo que habías muerto!

¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Aquí, mi amor, esperándote desde siempre. Para mí apenas han transcurrido cinco meses.

—¿Cinco meses? ¿Desde siempre? ¿Por qué no me dijiste que estabas vivo? ¡No recibí una llamada, una carta, un telegrama, absolutamente nada! —reclamó ella, exaltada.

—Raquel, debo explicarte muchas cosas. Solíamos pensar que existía un solo mundo, una sola realidad. Pero no es así. Vivimos en un espacio que se desdobla en infinitos cosmos, cosmos unidos por incontables realidades que se alternan, dividen y multiplican. Cada átomo de cada universo es un cosmos en miniatura que vibra a imagen y semejanza de dimensiones superiores. Esas dimensiones se superponen unas sobre otras, como muñecas rusas. Y el cosmos que habitamos es, en su pequeñez, el olvidado átomo de un macrocosmos infinitamente mayor, en un laberinto de dimensiones de Orden y Caos que no tiene fin. Estábamos en mundos paralelos, por eso no podía comunicarme contigo.

Raquel tocaba a Francisco para comprobar que en realidad se tratase de él. Lo era o, al menos, lo parecía. Podía sentir su piel, su cuerpo, su pecho, sus manos y, por supuesto, sus besos. Ella no podía creer lo que estaba viviendo.

Mientras tanto, Francisco la abrazó dulcemente; le tomó de la mano hasta que Raquel le preguntó:

—Y si no estoy en la realidad en la que vivía hasta hace ocho horas, entonces, ¿dónde estamos ahora? ¿Y cómo hiciste para encontrarme en ese laberinto sin fin?

—Llevo cinco meses viniendo a este aeropuerto, mañana tras mañana, esperando que decidieras viajar a París, aguardando impaciente que llegara tu vuelo. Cada cosmos es solo una fachada, una cambiante apariencia. Por eso, una decisión infinitamente amorosa,

irreversible, puede cambiarla. Tú tomaste esa decisión. No fui yo quien te encontró. Fuiste tú quien me halló a mí. Yo solo estaba aquí, esperando que decidieras volver a mí.

La noche del Sulcavis

En el hábitat de la provincia de Soria, en las riberas del río Mayor, Mamá Pata aguardaba ansiosa el nacimiento de sus criaturas.

Ella había puesto tres huevos: dos de ellos eran muy blancos, como era usual entre los de su especie; pero el otro tenía un aspecto muy particular, con ligeras estrías verdes y rosáceas.

Una tarde de primavera, los tres hermosos patitos rompieron el cascarón y contemplaron finalmente el sol de las tierras altas. Todos estaban encantados con los pequeños, no solo porque eran preciosos, sino porque eran amigables, divertidos y buenos con todos sus congéneres de la comarca.

A medida que el trío fue creciendo, uno de ellos fue cambiando: su plumaje, blanco marfil al principio, mutó a un tono cada vez más oscuro, tan lóbrego como el ónice. Una mañana, cuando vio su reflejo en el embalse de San Pedro Manrique, se percató de que su físico ya no era el mismo. Se había convertido en un pato de plumaje tan sombrío como la obsidiana. Pero había otras cosas en su físico que intimidaban y repugnaban a quien se atreviese a mirarlo. Sus ojos rasgados habían adquirido un intenso color magenta. Incluso le habían crecido unos filosos dientes triangulares. Desolado, voló a casa.

—No comprendo lo que te ha pasado. Con el paso de los días te has convertido en un ave asquerosa —le dijo uno de sus hermanos.

—Lo sé, he cambiado, pero, después de todo, seguimos siendo familia.

—Con esa apariencia, ya no eres nada nuestro —sentenció el otro hermano.

Llegó la madre y, al ver a su hijo sombrío, comenzó a llorar desconsoladamente.

—Mamá, no estés triste. Sigo siendo el mismo —replicó el pato de alas color azabache.

—No, lamentablemente, ya no eres como antes. Creo que lo mejor para todos será que desaparezcas —dijo Mamá Pata.

—Madre, pero ¡soy tu hijo!

—Lo siento, ya no lo eres. Voy a pedir que te marches de las tierras altas. Eres… una aberración. Una vergüenza para todos los patos de la comarca.

Afligida, el ave sombría abandonó las riberas del río Mayor. Voló por las tierras altas. Pidió ayuda a sus congéneres.

Los de Fuentes de San Pedro se mofaron de él.

—Eres un monstruo, pato feo —le dijeron.

Los de Taniñe por un demonio lo tomaron.

—Vete de aquí, peste del infierno, pato horrendo —le espetaron.

Los de Valdenegrillos, riéndose de él, lo rechazaron.

—Eres un anormal —le insultaron.

Los de Matasejún fueron más amables y le dejaron dormir una noche en la ermita de San Roque.

—Pero te vas mañana a primera hora —le indicaron.

Con el paso del tiempo, el alma del patito se ensombreció más y más. Se volvió tan umbrosa como una noche sin estrellas.

Transcurrieron unos años. El pato sombrío pasaba sus veranos en Castilla y León y migraba en invierno a las cálidas tierras del Magreb.

Pero un día de verano regresó al embalse de San Pedro Manrique. Allí estaban los que decían ser sus amigos, sus hermanos, su madre, su familia, divirtiéndose sin él, sin parecer extrañarle. Lucían felices.

Mientras tanto, el pato sombrío había despertado a su verdadera naturaleza. Había desarrollado su real potencial. Se había convertido en una prominente ave de gran tamaño que se pensaba extinguida, el *Sulcavis geeorum*. Ave que sobrevolaba las tierras altas mucho antes de la llegada de los tartesios y los iberos, los celtas y los latinos. Ave que compartió hábitat con los dinosaurios que dejaron sus huellas fosilizadas en la Ruta de las Icnitas de Soria.

El *Sulcavis* aguardó sigilosamente hasta que cayó la noche. La oscuridad se cernió sobre el lugar y el ave acometió sin remordimiento alguno su venganza. Embistió uno a uno a sus parientes; con su robusta y poderosa anatomía los sometió; a todos, sin excepción, con sus filosos colmillos, despedazó y desmembró.

Satisfecho, el *Sulcavis*, al que alguna vez habían llamado pato feo, se marchó. Dejaba atrás una estela sangrienta y sabía bien que nadie en las tierras altas se volvería a burlar de él.

La cita

A los diecisiete años me di cuenta de que no me atraían los chicos. Me gustaban las chicas. Fue difícil lidiar con mis preferencias. Aún me afectan los prejuicios sociales impuestos. La mayoría de las personas nos consideran pervertidos, enfermos, depravados, degenerados, caóticos. Que nuestro comportamiento nos condenará al infierno, al inframundo.

La cristiandad y demás religiones ancestrales sostienen que la homosexualidad y el lesbianismo son comportamientos antinaturales, contrarios a los preceptos del Orden. Y aunque en los últimos tiempos muchos simpatizantes del Orden han mostrado mayor tolerancia hacia las orientaciones sexuales no binarias, falta mucho por hacer. Leí recientemente en las noticias que, a escala global, al menos setenta y ocho países tienen leyes que criminalizan las relaciones consensuales del mismo sexo. Los castigos van desde latigazos en países árabes, prisión en Argelia y cadena perpetua en Bangladés hasta la pena capital en Irán, Mauritania, Arabia Saudita, Sudán y Yemen. Por tales razones, aún no me atrevo a salir del clóset, al menos no abiertamente. Yo no vivo en ninguno de esos países. Me siento en cierto modo afortunada, aunque no del todo, porque vivo en Venezuela, y aquí, aunque no es ilegal ser como yo, tampoco se defienden nuestros derechos.

A los nueve años, me enamoré de Karla. Lo sigo estando desde entonces, pero ella es mi mejor amiga. Así que he estado en la *friendzone* y parece que nunca saldré de allí, tomando en cuenta que ya tengo veintisiete. Karla era la única persona que sabía de mis gustos por las mujeres.

Ella era la típica mujer venezolana: atrevida, independiente y con metas muy claras. Su belleza era indiscutible. Tenía una confianza

en sí misma envidiable. Era del tipo coqueta, figura esbelta de ensueño, tez blanca, cabello negro y con pechos de silicona que la hacían lucir alucinante. Tenía una envidiable genética, porque comía como camionero, pero tales excesos no ocasionaban estragos en su cuerpo.

Yo, en cambio, era trigueña, pero nada exuberante. Cabello marrón casi a la cintura. Era delgaducha, pero con las prácticas de tenis que hacía a diario había logrado tener un cuerpo medianamente atlético. Aunque no me consideraba nada atractiva, según Karla, yo tenía un aire a la actriz canadiense Shay Mitchell, con un no sé qué capaz de cautivar a cualquier beldad femenina. Debe de ser por lo morena y el cabello largo castaño lo que le recordaba a ella, pero yo la verdad es que no me creía nada de eso, era tan venezolana como el Santo Ángel. Ella sabía que estaba clavada por ella, porque un día cuando nos fuimos de fiesta en nuestra graduación de bachillerato, en un estado de embriaguez y desinhibición provocado por el alcohol, le confesé mi amor, que, para mi infortunio, jamás ha sido correspondido.

—Siena, deberías darte la oportunidad de conocer chicas. Eres una hermosa y exitosa odontóloga. Inteligente, independiente y ya daría yo por tener tu cuerpo, así de durito y tonificado como el tuyo, pero sabes que soy muy floja para el ejercicio. Si no fuera por mis genes, no entraría por la puerta por todo lo que como —comentó con sorna entre risas.

—Karla, sabes perfectamente que no tengo tiempo. Entre el consultorio, los pacientes y el posgrado que estoy haciendo, apenas tengo unas horas para mí. Por ahora, mi mejor compañía es el tenis.

—Ay, nena, no seas aburrida. ¡Ay, por favor! Dame tu teléfono —inquirió.

—Voy a descargar una de estas aplicaciones de citas. ¿Qué te parece Tinder?

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? ¿Acaso no viste el documental de Netflix sobre el estafador de Tinder? Ay, no, yo paso con eso. No vaya a conocer a alguna loca psicópata.

—No seas exagerada, vale, te estás adelantando a los acontecimientos. Las latinas no caemos en esos juegos; si nos invitan en una primera cita en avión privado, salimos corriendo, pensando que es un narco, pero no será tu caso. Relájate, nena. Mi hermana conoció al que ahora es su esposo a través de Tinder, no todo puede ser tan malo. Pero ¿qué tal si descargamos Grinder? Creo que es una aplicación para gais, ¿no?

—Sí, pero es como tú misma lo has dicho: gais, hombres que quieren conocer hombres. No hay público femenino para mí.

—Pero debe de haber algo en internet. Mira esta, Boomble. Aquí dice que es una aplicación de citas donde son las mujeres las que llevan la iniciativa, probemos con esta.

—Te dije que no lo haré —le repetí con voz cansina.

—Demasiado tarde, ya he creado un perfil con tu foto y tus pasatiempos. Mira, ya tienes unos cuantos *match*, solo falta que decidas hablarle a alguna de estas chicas. Anda, date un chance, mi reina, la vida es una. ¡Vívela!

Luego que Karla se marchó de casa, no pude evitar la curiosidad con esto de las citas *online*. La verdad es que me entusiasmaba la idea de conocer a alguien que me hiciera sentir mariposas, como me hacía sentir mi amiga, pero que esta vez el sentimiento fuese mutuo. Hice *match* con una tal Claudia, en la foto se veía bellísima. Cabello rubio cenizo, blanca, ojos verdes, con unas pecas en sus hombros como las de mi amiga que me desquiciaban, toda una muñeca, le gustaba hacer deporte como a mí y era abogada, según su perfil.

Le escribí y comenzamos a chatear. La química fue

instantánea. Luego de dos semanas, intercambiamos nuestros números y ahora conversábamos por WhatsApp y luego de casi un mes de charlas virtuales decidimos conocernos. Quedamos en vernos en Lola, un restaurante delicioso localizado en La Castellana, Caracas, a las siete de la tarde.

Yo llegué primero, quince minutos antes. La puntualidad y yo éramos grandes amigas y me senté en la mesa que había reservado para esperarla. Me sudaban las manos, me temblaban las piernas, estaba nerviosa. Habían pasado treinta minutos y ella no llegaba, como buena venezolana, pensé. Creí que tal vez no sería la persona que físicamente se mostraba en sus fotos. La noche anterior había visto un programa donde personas que establecen un vínculo emocional como estos, al conocer a sus supuestas parejas, resultan defraudados, porque ante ellos aparecen personas que no son remotamente lo que habían dicho ser, incluso hombres que conversaban con mujeres terminaban conociendo a un hombre. Yo estaba aterrada con esa idea. Había esperado demasiado, así que decidí marcharme.

Entonces, al levantarme, la vi entrar. Quedé sin palabras al verla, era aún más hermosa que en sus fotos. Era un mujerón. Tenía un ligero parecido a Vanessa Gonçalves, Miss Venezuela 2010, solo que no era tan alta como ella. Esa noche, Claudia vestía una minifalda de cuero negro que le hacía resaltar sus piernas torneadas, un top del mismo color manga larga que dejaba ver un poco de piel en su cintura y unos aretes grandes y redondos que la hacían lucir sumamente atractiva. Como bolso lucía una diminuta cartera que hacía juego con su ropa: tacones altos puntiagudos negros, accesorios Swarovski como pulseras y reloj. Y su cabello sutilmente rubio con ondas. Me había deslumbrado con su belleza.

Me sentí un poco intimidada, yo había ido mucho más clásica, para no decir sencilla. Tenía puesto un jean de corte alto, una blusa blanca, unos brillantes como zarcillos, unas botas marrones de tacón corrido y mi iWatch.

—Hola —le dije tímidamente.

—Hola, Siena. Eres mucho más linda en persona, estoy gratamente sorprendida —me dijo dándome un suave beso en los labios que me consternó encantada.

—Pues, yo ni hablar.

Esa noche hablamos de lo que nos gustaba y de lo que no. De nuestras carreras, metas, aspiraciones profesionales, personales. La tertulia estuvo cargada de risitas cómplices, sutiles caricias y miradas coquetas. Luego de unas deliciosas tapas, unos tequeños, un carpacho de lomito y unas cuantas copas de vino en la cabeza, nos fuimos juntas a un bar de ambiente llamado Copas, ubicado en Las Mercedes. Nos besamos apasionadamente mientras bailábamos al ritmo del reguetón. Nuestras hormonas enloquecidas nos hicieron dejar el lugar en pocas horas y llegamos a mi departamento, en Prados del Este.

Hicimos el amor como tantas veces lo había imaginado. Yo había tenido algunas aventurillas a escondidas, pero nada tan vívido como esto. Desnudé lentamente a Claudia, nos besamos desaforadamente, nuestras lenguas se conectaban una y otra vez, nos acariciábamos. Recorrí con mi boca cada rincón de su cuerpo hasta llegar al clítoris y no pude resistirme a chupar su sexo con fuerza, estaba tan húmeda, tan mojada como lo estaba yo. Introduje sutilmente mi dedo dentro de ella y, acelerando poco a poco el ritmo, sentí cómo por dentro succionaba mi dedo y gemía de placer ante la llegada inevitable del orgasmo.

Desde entonces, Claudia y yo nos volvimos inseparables. Yo no podía creer que había encontrado a mi otra mitad. Me sentía agradecida y afortunada por tener su amor, tan honesto, tan puro. Era lo que tanto había esperado. Karla estaba feliz al verme radiante. Me decía que era lo menos que me merecía, después de tanto tiempo. Ella me dio valor para decirles la verdad a mis padres. Al principio fue duro para ellos, pero terminaron por aceptarlo, Claudia lo hacía más fácil con su dulzura y personalidad. Ella hizo lo mismo con su familia,

teníamos una relación de película. Al cumplir nuestro segundo aniversario, decidimos viajar a España para celebrarlo, sus medidas legales lo hacían un lugar seguro para nosotras.

Recorrimos durante una semana las principales calles de Madrid tomadas de la mano, sin la más mínima preocupación. España era un país donde el matrimonio entre personas del mismo sexo era legal, eran gente de muy mente abierta. Visitamos la Puerta del Sol, la plaza Mayor, el Museo del Prado, el estadio del Real Madrid. Paramos a comer en el mercadillo de San Miguel, en un lugarcillo llamado Mas Gourmets, donde disfrutamos de unos deliciosos panes con jamón ibérico. No podíamos dejar de pasar por Chueca, el barrio de referencia para los que son como nosotras. Éramos tan libres, sin sentir la mirada acusadora de la gente.

Durante la última tarde de viaje en tierras madrileñas, visitamos la catedral de la Almudena, otro de los grandes atractivos de la ciudad. Cuando entramos a la iglesia, las inmensas puertas del aposento católico se cerraron tras nosotras. El ambiente se tornó sombrío. Inmediatamente, un escalofrío recorrió mi cuerpo, tomé con fuerza la mano de Claudia cuando aparecieron ante nosotras dos monjas ancianas con cara de pocos amigos.

—Pero miren lo que tenemos aquí, hermana Dolores. Unas pecadoras.

—Sí, hermana Jacinta. Unas repugnantes degeneradas. ¿Cómo se atreven a visitar la casa de los servidores del Orden? Ustedes no son bienvenidas aquí.

—Está bien, nos iremos, no pasa nada —dije con ingenuidad.

—No, no, no. Ustedes no van a salir de aquí sin recibir su castigo por su osadía —respondió una de las monjas.

—Pero no hemos hecho nada malo, ya no vivimos en la Edad Media. El papa Francisco ha dicho que los homosexuales son hijos de

los dioses y tienen derecho a una familia —explicó Claudia.

—El papa está en la mira de los Jerarcas del Orden. Sus comentarios irracionales y acciones cómplices quieren suavizar la aberración de la homosexualidad. ¡Ustedes son la perdición! —gritó con odio una monja, que no lograba distinguir. Me parecían idénticas.

De pronto, lo que había visto en principio como unos rosarios que sostenían entre sus manos se transformaron en unos portentosos látigos de cuero. Aparecieron dos hombres vestidos de monaguillos, quienes con una fuerza brutal nos sometieron a su merced. No éramos lo suficientemente fuertes para zafarnos de ellos.

—Empezaremos contigo. Borraremos esa sonrisa que ilumina tu rostro —le dijeron a mi novia.

Vi cómo le arrancaron la blusa a Claudia y comenzaron a azotarla en la espalda con repulsión, con rabia. Ella contenía los gritos, pero su rostro se consumía de dolor. Cuando la dejaron tendida en el suelo, casi moribunda, mi alma se partió en dos. El amor de mi vida estaba muriendo ante mis ojos y no podía hacer nada para salvarla. ¡Maldita sea! ¡Esto tenía que ser una pesadilla! Sentía que un pedazo de mí se iba con ella.

De pronto, cuando pensaba que era mi turno, dos mujeres y un hombre de belleza extraordinaria salieron a defendernos. Arremetieron contra las monjas y sus secuaces. Los nuevos invitados devoraron con sus dientes letalmente afilados y puntiagudos a nuestros inquisidores. El hombre se dirigió a nuestros verdugos y les dijo con voz satánica:

—Sus carnes han sido consumidas. Y sus almas, la fuente de sus vidas, nos pertenecerán por el resto de la eternidad. Y todo esto es justo castigo por los asesinatos de odio que han cometido. Sufran su karma, perras. Espero que ahora sepan lo que es el dolor.

Mientras tanto, corrí hasta Claudia para asegurarme de que

estaba con vida.

—¡Contéstame, mi amor! ¡Dime algo! ¡No puedes abandonarme así, te lo suplico! Nunca había sido tan feliz en mi vida hasta que te conocí. ¡No me hagas esto! —le imploraba.

—Ya es muy tarde, beba. No queda tiempo para mí. Perdóname, pero no pude resistir los azotes. Quiero que seas feliz, Siena —me decía mientras su mano acariciaba mi rostro.

—No, no, no. ¡No te despidas, te lo ruego! —respondí desesperada entre sollozos.

—Me regalaste los mejores años de mi vida. Me colmaste con tu amor y dulzura. Puedo irme tranquila. Solo promete algo… —dijo, mientras expulsaba sangre por la boca.

—Haría lo que sea por ti —repliqué con profundo pesar.

—Prométeme que harás tu vida con alguien más, que no te quedarás sola, que te volverás a enamorar, que volverás a sentir lo que es el amor.

—No te puedo prometer eso. Siempre serás el amor de mi vida, Claudia…

—¡Prométemelo! —me exigió.

—Está bien, te lo prometo —respondí llorando desconsoladamente mientras la veía desvanecerse entre mis brazos.

—Nunca olvides que te amaré eternamente —fueron sus últimas palabras. Vi sus ojos cerrarse para siempre, mientras mi interior también moría con ella.

Absorta en mi infortunio, vi de pronto cómo se me acercaban los tres extraños.

—Hola, Siena. Soy Lilith, próxima regente del Caos. Ella es la

Sayona, el espectro cautivador que castiga a los hombres infieles. Ella también es venezolana, de los llanos.

—¿De verdad eres tú? Debo de estar soñando, pensé que eras solo una leyenda. ¿Esto es solo un mal sueño? Ya nada importa, Claudia está muerta —exclamé con tristeza.

—Claro que soy yo. Mi nombre de pila es Casilda. Pero prefiero ser reconocida como la Sayona, va mejor con mi nuevo ser —me dijo mientras me daba un apretón de manos.

—Al menos hemos acabado con ellos. De sus cuerpos solo quedan restos dispersos —anunció el hombre con un tono diabólico.

Pero no entiendo, ¿cómo han llegado hasta aquí? Siempre pensé que ustedes eran seres místicos que nada tenían que ver con lo que sucedía en la tierra.

—Siempre hemos estado detrás de cada cosa que pasa, atizando el odio, pero castigando a los odiadores, haciéndolos esclavos de sus bajas pasiones —dijo Mefistófeles.

—Nuestro mantra dice: «El Caos poda lo que debe ser cortado, desordena lo que no evoluciona por estar estancado y aniquila lo que debe ser suprimido» —afirmó Lilith.

—Por eso hemos acudido a tu llamado, aun cuando no nos has invocado. Cuidamos de aquellos a quienes los Jerarcas del Orden no consideran dignos, pues cualquiera que vaya en contra de su estúpida moral no puede ser parte de ellos. Así que ustedes automáticamente son servidores del Caos y nosotros siempre estaremos dispuestos a protegerlos.

—Por cierto, no me he presentado. Soy Mefistófeles, un sirviente de satanás encargado de capturar a almas desalmadas como las de ellas y sus sirvientes. Me las llevaré al segundo círculo del infierno, donde sufrirán sus crueles e intensas torturas día tras día.

—¿Y no hay algo que puedan hacer por mi novia? Ustedes son seres mágicos.

—Me temo que no. La santa muerte debe de estar por llegar. Aunque ya debería de estar aquí, últimamente llega tarde a todos lados —añadió Lilith—. Ah, mira, ahí llegó la muy condenada, impuntual como siempre. Dándoles falsas esperanzas a los parientes de la víctima.

En aquel momento, la temida silueta se mostró, pero su aspecto nada tenía que ver con el esqueleto de túnica negra con guadaña que por mucho tiempo creía que podría ser. Era todo lo contrario, la santa muerta era la personificación de una mujer con un atractivo sobrenatural. Vestía un manto rojo gótico, cabello azabache tan oscuro como la noche que lucía con sutiles ondas, llevaba un chal, velo y corona con calavera y rosas rojas. Su rostro blanquecino, ojos inexplicablemente rojos, enmarcados con círculos negros grandes y distintivos. Una boca formada por una línea horizontal bastante larga y muchas líneas verticales pequeñas que la cortan y una nariz coronada con un triángulo negro en la punta.

La Sayona me explicó que a la santa muerte se le conoce también como la Catrina, que no es mala, aunque tampoco buena. Es un ente que cumple con su función equitativa, sin hacer distinciones entre un ser y otro.

—He venido por Claudia, ha llegado su hora —dijo la entidad en tono solemne.

El cuerpo de Claudia se levantó cual ser vivo, pero lucía diferente. Ya no era parte del mundo terrenal. Me lanzó una última mirada, me esbozó una última sonrisa y se marchó con las entidades del Caos. Me marché de la catedral con el corazón hecho pedazos, pero aliviada porque los culpables habían recibido su merecido. Regresé a Caracas vacía, pero al mismo tiempo totalmente desconcertada por todo lo vivido, toda esta locura de seres místicos del Orden y del Caos. Conocí a la mismísima Lilith, la matriarca del

inframundo, y a la Sayona, quien me creería semejante historia. Pero lo más difícil fue darle la noticia a su familia, que al igual que yo quedaron devastados al saber la tragedia. Pasé los días refugiándome en los brazos de mi amiga Karla. Ella había sido mi mayor consuelo, siempre había estado para mí de manera incondicional. Iba a casa a diario a llevarme ricas empanadas de queso, tequeños y *pizzas* que acompañábamos siempre con cervezas. Ella prefería las ligeras, mientras yo me iba por las artesanales. Lloré durante meses, tenía pesadillas. Ya no podía conciliar el sueño, sufría de insomnio. Mamá también estuvo ahí en mis momentos de ansiedad, en los días más difíciles me llenaba con sus mimos.

A un año de lo ocurrido, mientras me encontraba en mi habitación viendo con melancolía una de nuestras fotos juntas, un estruendo sacudió mi departamento. Pensé que se trataba de un sismo a gran escala. Pero al llegar hasta la sala, la vi, era ella, Claudia, mi amor.

—Claudia, ¿eres tú? —pregunté aún confundida.

—Sí, cariño. Soy yo —respondió dulcemente.

Nos fundimos en un intenso beso, sutil pero apasionado, desaforado.

—No lo puedo creer, ahora volveremos a estar juntas. Todo será como antes —comenté con profunda alegría.

—No tan rápido, Siena. No he venido a quedarme, nada puede ser como antes. Ya no formo parte del mundo terrenal, solo he venido a darte un mensaje de Lilith. Toma, me pidió que te entregara esta carta.

Entonces la abrí y leí lo siguiente:

Siena:

Sé que tu dolor ahora es inmenso, pero esto te hará

fuerte, porque le imprimirá un nuevo propósito a tu vida y estoy segura aliviará tu pena. Como discípula del Caos en lo terrenal, tendrás ahora un nuevo propósito. Serás la nueva justiciera de los crímenes de odio que cometan los miembros del Orden. Los harás pagar por cada acto de rabia, violencia y maldad. Recibirás una carta como esta cada sesenta y seis días con una misión que deberás cumplir exitosamente sin dejar rastro. Cuando estés lista para la iniciación, Claudia y tú se volverán a encontrar en su eterna oscuridad.

P. D.: No confíes en nadie, las entidades de la luz están donde menos esperamos. Sé suspicaz en todo momento. El inframundo te necesita.

La regenta del Caos, Lilith

—Claudia, no entiendo. ¿De qué va esto? —inquirí intrigada.

—Tal como lo dice ahí nuestra madre del Caos, con la salvedad de que cada misión será una oportunidad para estar juntas, yo seré tu compañera en todo esto —respondió alegremente.

—Bueno, supongo que es mejor verte cada sesenta y seis días que no verte nunca —expuse con cierta satisfacción—. ¿Y qué es todo eso de la iniciación? Esta carta dice que solo así podríamos estar juntas para siempre —repliqué con duda.

—Cuando dejamos el mundo terrenal y pasamos a servir al Caos en el plano espiritual, debemos hacer una especie de ritual, que se conoce como la iniciación. La crueldad de este varía de acuerdo con las acciones cometidas en la tierra —explicó detalladamente Claudia.

—¿Cuánto tiempo te queda? —pregunté.

—Tenemos hasta el amanecer —respondió ella.

—Entonces, no perdamos el tiempo —le susurré al oído a mi amada.

—En eso tienes razón —dijo con lujuria.

Esa noche, en mi cama, mientras mi mente se hacía a la idea de una nueva vida más allá de lo que conocía en la tierra, Claudia me sorprendió con un atuendo de lo más sensual, vestía un conjunto de brasier y bragas a juego con cinturón y bandas de muslo con tirantes, anillo de metal, malla transparente que resaltaba sus curvas hermosamente. Su cara inspiraba maldad, sexo, lujuria. Ella probaba entonces cada ángulo de mi boca con su lengua y luego el éxtasis llegaba cuando conseguía deslizarse a través de mi ropa interior. Era al mismo tiempo voraz y exquisitamente exhaustiva. De forma delicada, metía sus dedos en su boca, mientras yo la recibía ansiosa, pidiendo más y más. El momento era diferente a lo que habíamos vivido antes. Era una experiencia fuera de este mundo.

Al día siguiente, al despertar, mi cama estaba vacía. Pero mi corazón, desde la quietud, esperaba deseosa nuestro siguiente encuentro para apalear a las fuerzas del Orden, y así ser felices en el Caos sagrado de nuestro amor.

PARTE VIII
LA SAGA DE LILITH, EVA Y ADÁN

«¿Qué clase de idiota era Eva como para creerle a una serpiente?».

Orson Scott Card

«Si Adán y Eva no eran cazadores-recolectores, ciertamente eran recolectores. Pero el deseo de consumo apareció en forma de serpiente, quien sugirió la posibilidad de que las cosas podrían ser aún mejores que el mismísimo paraíso. Entonces fueron expulsados del jardín y condenados a una vida de trabajo pesado y dolor. Los deseos suplantaron a las necesidades… y las cosas han ido cuesta abajo desde entonces».

Tom Hodgkinson

«Ella es el presagio de pesadillas, así como de muerte, destrucción y locura.

Se dice que reina en una dimensión alternativa, una versión crepuscular de la realidad, sombría y desértica. Lilith es la reina de la oscuridad mental».

Kelly Creagh

El espectro cautivador

Mi nombre es Casilda. Mucho se dice de mí en algunas regiones de América Latina. Pocos conocen realmente mi historia. Hoy les revelaré lo que nadie les ha contado.

Mi relato comienza en la Caracas mantuana. Era el año de 1858. Siendo niña, soñaba con hallar un príncipe azul. Pero ya en mi juventud me di cuenta de que los hombres estaban cortados con la misma tijera, hechos con el mismo molde. Eran mujeriegos, infieles y machistas. Las mujeres éramos un simple adorno para el sexo opuesto. Sin embargo, no perdía la esperanza de encontrar a alguien que valiera la pena.

«Siempre hay una excepción a la regla», me decía a mí misma.

Así, al cumplir los veintiún años, conocí a un joven encantador. En esa época, pensaba que me había quedado para vestir santos, expresión caraqueña que describía a las mujeres que no se casaban. En aquel tiempo, si después de los veinte años no habías conquistado a un varón, te convertías en la tía solterona.

Mi nuevo prospecto se llamaba Severiano. Era el nieto del marqués de Ustáriz. Un trigueño, de ojos castaño claro, cabello corto, con un porte semejante al de nuestro Libertador, Simón Bolívar, solo que un poco más alto. Fuerte, enérgico, trabajador, honesto, de buena familia y, lo más importante, me amaba sin reparos. Hacía todo lo que le pedía. Era atento y romántico. Me obsequiaba flores en cada cita. En fin, el sueño de cualquier fémina.

«Demasiado bueno para ser cierto», me decía a mí misma.

Mi cabeza maliciosa siempre pensaba lo peor de mi enamorado, aunque los hechos demostraran lo contrario. No podía dar

crédito a mi buena suerte.

Durante nuestro primer año de novios, todo marchaba a pedir de boca. Nuestra relación se consolidaba mes tras mes. Así, después de pasar un año visitándome cada tarde en el corredor de la casa colonial de mis padres, Severiano Manuel Salas Monteverde pidió mi mano ante la mirada expectante de mi madre, quien disfrutaba de una taza de té de hierbas, y frente a la presencia vigilante de mis tíos Juan Alonso y Javier Antonio.

Severiano cumplía con las tradiciones de la época, aunque estaba cansado de ellas. En la Caracas mantuana, los encuentros de los enamorados se limitaban a reuniones familiares. Hasta para bailar con mi amorcito, teníamos que pedirle permiso a mi madre.

Era todo muy odioso.

Así que organizamos unos esponsales, una sencilla ceremonia en la que los novios se prometían matrimonio con testigos. Era un compromiso solemne que tenía valor legal. No era necesario que el contrato se formalizara por escrito: el hecho de empeñar la palabra era suficiente para obligar a cumplirlo.

Organizamos el evento con mi madre y su padre como testigos. Aprovechamos el momento para darnos algo de cariño, solo así el contacto era permitido. Nos dimos besos cargados de pasión, toqueteos lujuriosos y un abrazo tierno de despedida.

Aquel día, Severiano me regaló una sortija de oro con brillantes.

Toda mi familia lo adoraba. Mi mamá no ocultaba su admiración por él. Ella era viuda, así que se deleitaba como si fuera yo con ese amor que Severiano me mostraba.

Nuestra relación estaba marcada por un frenesí desbordante, el cual reprimimos hasta el sagrado momento del matrimonio. A mí me

importaba un bledo casarme virgen, pero había decidido guardarme hasta el instante indicado para evitar las habladurías de la gente.

Finalmente, el gran día llegó. La tarde del 13 de septiembre de 1858, en la catedral metropolitana de Santa Ana, obra de Francisco Andrés de Meneses, en la ciudad de Caracas, Severiano y yo contrajimos nupcias. Sellamos nuestro amor para siempre. Dijimos sí al pacto matrimonial para entregarnos el uno al otro, de corazón a corazón.

Solo la muerte podría separarnos ahora.

Los primeros meses de matrimonio fueron un idilio. Viajamos en barco hasta Francia. ¡Me sentía tan afortunada! Vivía un cuento de hadas. Durante tres meses liberamos el deseo reprimido de nuestras pieles. Hicimos el amor en París, Estrasburgo, Lenz, Marsella… hasta que las fuerzas se agotaron. Severiano era vigoroso, insaciable. Yo también lo era. Cada orgasmo era especialmente potente. Me gustaba halar su cabello negro, que le llegaba casi a los hombros, mientras él me penetraba fuerte, profundo, y alcanzábamos el clímax a la par.

Yo, sencillamente, no quería regresar a la realidad, pero había que hacerlo.

De vuelta a Caracas, en nuestra casa, como marido y mujer, me sentí plena. Incluso, mamá se fue a vivir con nosotros. No podía dejarla sola. Después de todo, yo era el único pariente directo que le quedaba.

Los meses transcurrieron. La rutina matrimonial nos envolvió a Severiano y a mí, aunque él insistía en que eran cosas mías. Él trabajaba incansablemente, llevando los negocios de nuestra hacienda. Yo cumplía con mis deberes de esposa. Lo esperaba con la cena servida y lista. Ansiaba dejarlo satisfecho en la cama. Pero casi siempre estaba cansado, extenuado.

Exteriormente, parecía el mismo. Pero algo había cambiado en

su interior. Solo le importaba su maldito trabajo. Ya no tenía tiempo para mí, para nosotros. Trabajaba largas jornadas. Ya no me prestaba la misma atención que antes. Paulatinamente, me volví insegura.

Comencé a sentirme celosa de cada mujer a la que mi marido saludaba cortésmente. No podía controlar la rabia que existía dentro de mí, cuando conversaba con otras chicas o dirigía su atención a alguna fémina.

Pasaba la mayor parte del tiempo sola en casa.

Mamá salía a hacer sus quehaceres en la hacienda. Ella nunca podía estar sin hacer algo. A veces se quedaba fuera hasta tarde.

—Simplemente, no sé estar ociosa. Y el ocio atrae el pecado. Por eso no dejo de trabajar —me decía mamá.

Pasó un año. El vínculo matrimonial se fue deteriorando. Fue entonces cuando uno de los empleados de la casa, Pedro, se convirtió en mi nuevo amigo. Solía encargarse de las labores de jardinería. Tenía un talento especial para hermosear las plantas que tenía a su cuidado. También era un conversador ameno. Me hacía compañía cuando mi esposo no iba a dormir a casa por trabajo. Su forma de hablar era dulce. Me calmaba, me consolaba. Procuraba que siempre estuviese tranquila durante las largas ausencias de mi Severiano.

Pedro se volvió cada vez más cercano.

Cierta tarde calurosa de julio, salí a darme un baño en una quebrada que cruzaba la hacienda. Entonces vi que Pedro me vigilaba desde unos árboles cercanos. Contemplaba mi desnudez con deseo. Pero huyó cuando se percató de que yo lo había visto.

Al regresar a casa, Pedro me esperaba en el dormitorio, sin ropa.

—Pedro, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Sí, estoy loco por usted, mi señora Casilda. Su esposo, Severiano, no le da el cariño que yo podría darle. El amor que vuestra merced se merece.

—Pero yo no siento nada por ti. Solo eres un buen amigo —le respondí.

Pedro, que solía ser un hombre dulce, se enfureció. Con el rostro enrojecido por la ira, me dijo con malicia:

—Ha sido muy ingenua, mi señora. ¿Es posible que todavía no se haya dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué, Pedro?

—Muy simple. Su marido y su madre lo hacen a sus espaldas. Mientras usted duerme, ellos dan rienda suelta a su pasión. ¿De verdad se cree el cuento de que don Severiano pasa horas en su faena? ¡Qué coincidencia que, a esas horas, a su madre no se le encuentra por ninguna parte!

No podía ser verdad lo que Pedro decía. Pensaba que solo lo decía para herirme por no corresponder a sus sentimientos.

—Pedro, quiero que te vistas y te vayas ahora mismo de esta casa. Estás despedido.

—Señora, no puedo perder este trabajo. Seré su esclavo, haré lo que sea si es necesario.

—Te recuerdo, Pedro, que el presidente José Gregorio Monagas abolió la esclavitud hace un par de años. Así que, por ley, tu deseo no tiene ningún efecto. Estás difamando a mi esposo y a mi madre. ¡Vete y no vuelvas! —le exigí.

—¡Se arrepentirá, doña Casilda! Podré ser lo que sea, pero nunca miento —afirmó tajante.

Pedro se marchó de casa. Transcurrieron los días y la duda se había quedado conmigo. Me preguntaba si lo que decía el jardinero era la verdad o era la simple patraña de un hombre despechado. Así que, para cerciorarme, comencé a vigilar a mi madre y a mi marido.

Al salir de casa, acompañaba a Severiano hasta su carruaje. Siempre iba solo. Solía ir hasta el centro de Caracas para tratar negocios relacionados con la hacienda. Después, en las tardes, supervisaba a los capataces y los peones encargados de las plantaciones de cacao y café.

Luego, buscaba a mi madre en el trapiche, donde cada mañana supervisaba a las mujeres que extraían el jugo de caña y elaboraban el papelón. Luego, mamá se trasladaba a la cocina, donde vigilaba a la servidumbre que se encargaba de preparar las comidas. Ella siempre estaba en actividad.

Repetí la rutina de vigilancia durante semanas. Todo parecía normal. Cabalgaba por la hacienda con Rucio, mi alazán, y no llegué a ver nada anormal. Seguro que se trataba de una calumnia de Pedro, por no haber correspondido a sus apetitos y a sus sentimientos.

Una noche, mientras estábamos en el dormitorio, Severiano y yo tuvimos una plática.

—¿Tú me amas? —le pregunté.

—Claro que te amo, Casilda. Eres el amor de mi vida. No hay nadie más —respondió mirándome a los ojos. Parecía sincero en ese momento.

—¡Yo también te amo! No sé qué haría si un día me engañaras.

—Nunca lo haré. —Y me besó apasionadamente.

Esa noche tuvimos relaciones sexuales por primera vez en mucho tiempo. Parecía que recuperábamos el tiempo perdido. Él se quedó rendido y se desvaneció después del último orgasmo. Yo me

quedé con ganas de más y no podía dormir. Pensaba prepararme una infusión de menta y valeriana para calmar mi libido, cuando, de pronto, escuché que él susurraba y repetía el nombre de una mujer en medio de sus sueños:

—María… María… María… María, el nombre de mi madre.

Mierda.

¿Se trataba de ella? ¿O de alguna otra mujer?

María es un nombre bastante común.

¿Sería un simple sueño o una gran coincidencia?

Él calló y siguió durmiendo como si nada, pero yo no pude pegar ojo durante el resto de la jodida noche.

Al día siguiente, al despertar, le pregunté:

—Severiano, mi amor, ¿quién es María?

—¿María? La única María que conozco es tu madre y nuestra santa Virgen, por supuesto. ¿Por qué la pregunta?

—Porque anoche no dejabas de repetir ese nombre mientras dormías.

—Eh, yo, no sé, cariño. Tal vez se trataba de una pesadilla —dijo con voz temblorosa.

—Claro—respondí de modo no muy convincente.

—Es hora de irme. No me esperes esta noche. Llegaré tarde.

—No te preocupes, estaré bien —respondí con la mente en otra parte.

Desde ese instante, mi mente revoloteó entre enfermizos

pensamientos de celos.

Ese día repetí mi vigilancia y no percibí nada extraño. Cabalgué con Rucio hasta los confines de la hacienda, pero no observé nada irregular.

Esa noche no dormí. Me mantuve circulando por cada rincón de la casa y las áreas cercanas de la hacienda. Me fui armada con un cuchillo de cocina, con el que solían decapitar a los pollos antes de colgarlos para desangrarlos. Me daba miedo caminar a solas en la oscuridad. Faltaba medio siglo para que la electricidad llegara a la Caracas mantuana.

Después de medianoche, escuché unas risas que provenían del ático de la casa. Se suponía que llevaba años abandonado y que allí solo se almacenaban trastos viejos o cosas para reparar.

Subí con pasos sigilosos. Cuando me lo proponía, podía ser muy sutil. La puerta del ático estaba apenas entreabierta. Desde fuera se escuchaba un chirrido rítmico.

Cuando me asomé, vi a mamá encima de Severiano. Sus cuerpos desnudos y sudorosos se movían sobre un viejo catre. Ella cimbreaba sus caderas con frenética pasión. Él gemía levemente, tomando con sus manos los grandes pechos de ella. Disfrutaban, a plenitud, del íntimo contacto. Gozaban, a fondo, del sabroso vaivén pélvico.

—Madre, ¡¿qué haces?! —grité.

Ella detuvo, en seco, la sensual ondulación de su cuerpo.

—Hija, qué susto me has dado —replicó jadeante.

—Mi amor, ¿por qué… estás aquí? —dijo mi esposo, hiperventilado.

Lucían extenuados. Obviamente, llevaban largo rato en aquella

reunión de placer.

Después de todo, Pedro había tenido razón.

Mi madre y mi esposo me habían visto la cara de estúpida todo este tiempo.

Pero no lo volverían a hacer.

—Perdóname —fue la última palabra que consiguió decir Severiano, antes de que le hendiera la garganta y le rebanara la tráquea.

Sorprendida, mamá trastabilló y cayó al suelo. Gritó como una venadita indefensa que suplicara piedad al felino que la atacaba. Pero no habría perdón. El afilado cuchillo rajó sus senos aún hermosos y penetró más profundo. No sé cuántas puñaladas le asesté. Pero herí su cuerpo hasta que yo misma me vi bañada en sangre. Sangre de mi propia herencia materna.

Me vestí con la ropa de mamá, tomé el cuchillo y hui de la casa de inmediato. Me hubiera gustado prenderla en llamas, pero no tenía tiempo. La peonada podría haber sido alertada por los gritos de mi madre. Ensillé a Rucio y cabalgué hacia el este, tomando el Camino Real, en dirección hacia la llanura de El Recreo.

Vagué por las riberas del río Guaire durante días. Perdí la noción del tiempo. Llevaba la misma ropa que me había puesto tras liquidar a mamá y a Severiano. Cerca del pueblo de Petare, en el atardecer, me refugié en un bosque de caobos. El fiel Rucio era mi único cable a tierra, mi último contacto con la realidad.

Me sentía confundida, despechada, muy deprimida. Había matado a los dos seres más importantes de mi vida. Había asesinado a las dos personas que más había amado en mi existencia. Una parte de mí se sentía absolutamente miserable. Pero otra parte de mí… se gozaba con los hechos violentos que había cometido.

Ya era de noche y a mi mente volvían, una y otra vez, las imágenes de la muerte de mamá y Severiano. Y tenía que admitir que disfrutaba con cada puñalada propinada; gozaba, con morbo creciente, la visión de los cuerpos mutilados; me producía un clímax casi sexual el recuerdo de las entrañas rotas y los órganos desgarrados; me estimulaba la fragancia de la sangre —hedionda a óxido— que manaba tibia y a borbotones de las extremidades cercenadas. Era tan grande la excitación que me provocaban esas memorias que comencé a tocarme, a acariciarme, a complacer mi intimidad en soledad.

De orgasmo en orgasmo, me desconecté del mundo y alienté mi razón. En ese momento de placer, se materializó ante mis ojos una mujer que no pude identificar. No sabía si era fruto de mis fantasías o producto de algún sueño… hasta que habló:

—Vaya, por fin te encuentro —dijo ella.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —respondí aterrada.

—Soy tu madre espiritual, hija mía. Me llamo Lilith. Soy la encarnación de la belleza fatal y la madre del adulterio. Ambiciono convertirme en la reina del infierno. Incluso, hay quienes me dan el sobrenombre de oscuridad, por puro cariño, ya sabes.

—No entiendo. Pareces una mujer de carne y hueso.

—Sí. En estos momentos lo parezco.

Entonces saqué mi cuchillo y la ataqué. Pero mi intento fue inútil: el filo no le hizo ni un rasguño a la figura evanescente de la mujer.

—¿Ahora me crees, querida?

—Sí, sí —respondí. Estaba muy asustada.

—Vine hasta acá para resolver algunos asuntos pendientes. Sabemos que asesinaste a la puta de tu madre y al cabrón de tu

marido. Y a mí me parece que has hecho muy bien. Has actuado con santa justicia y, además, te has liberado de ciertas estúpidas inhibiciones.

—Dios, ¡perdóname! —imploré arrodillada—. Yo sé que hice mal, aunque ellos me habían traicionado. Lo que no entiendo es por qué lo disfruté y lo disfruto tanto.

—Por los cuernos de Lucifer, no blasfemes, hija mía. El asunto es que, si no intervengo, tarde o temprano serás castigada eternamente en el séptimo círculo del infierno por tus sangrientas acciones. Sin embargo, creo que puedo hacer algo por tu causa. Me gusta tu sed de sangre. Y no solo me gusta, la disfruto y la comparto.

—¿Y qué debo hacer para evitar el castigo eterno? —pregunté.

—Te convertirás en una de mis agentes. Estoy conformando un grupo de seres sobrenaturales que luchamos contra el patriarcado, tanto en el plano terrestre como en el espiritual. Así, en las noches tenebrosas del planeta Tierra, perseguirás a cada varón infiel, a cada hombre que falte al amor de su mujer, a cada mujeriego de mierda que haga sufrir a nuestro género. ¡Los harás pagar por sus malditos pecados! Caerán a tus pies ante tu impresionante beldad. Entonces, cuando los tengas en tus manos, la bestia saldrá de tus entrañas y los convertirás en sangre que vuelve al polvo de la tierra, en almas hundidas en el fondo del inframundo —decretó Lilith.

—Me gusta lo que me propones. Tienes mi atención.

—Perfecto. Pero antes, hija mía, debo convertirte en espectro.

Lilith tomó mi cuchillo e hizo añicos mi cuerpo. No hubo parte de mi anatomía que ella no cortara, escindiera o ultrajara. Lilith comió mi carne, bebió mi sangre y lo disfrutó como si se tratara del más santo de los sacramentos. El pobre Rucio no corrió mejor suerte: fue sacrificado y devorado por las crueles agentes de mi madre espiritual.

Han pasado los siglos y mi alma perdida, cual sensual espectro, vaga durante cada noche oscura para castigar a cada adúltero sin compasión. La verdad es que me siento autorrealizada. Es el trabajo más divertido que existe. Con él doy mi aporte a la reconstrucción del matriarcado en todos los planos de existencia. Escojo a los adúlteros más sexis y mejor dotados del mundo. Con el don de mi belleza los atraigo. Comparto con ellos noches de lujo en los mejores restaurantes del mundo, regadas con whiskies de malta y las más finas cervezas hechas por las más diestras artesanas. Luego voy con mis presas y follo y follo con ellas… y luego, cuando están exhaustos de placer, mis dientes se transforman en colmillos afilados, mis uñas en garras y mis ojos en bolas de sangre. Y en el momento culminante, justo antes de enviar a mis víctimas al mismísimo infierno, lanzo un grito escalofriante y todos los que escuchan ese aullido no viven para contarlo.

¿Vivirás tú para hacerlo?

Cosechas de almas

Belcebú, el Señor de las Moscas, como se le conoce en el Inframundo, estaba haciendo de las suyas en el Este de Europa. Había desatado la guerra de Ucrania, junto con su homólogo, el demonio Bael, uno de los más fieles vasallos de Lucifer.

Belcebú y Bael causaban estragos a pesar del clamor del arcángel Miguel, jefe del ejército celestial del Orden, y del arcángel Gabriel, mensajero principal de los jerarcas de Yavé.

Los demonios del Caos justificaban los ataques de Rusia, asegurando que buscaban proteger a las regiones separatistas del este del país, supuestamente tiranizadas por el ejército ucraniano. Amenazaron con consecuencias inminentes si los súbditos de Yavé buscaban interponerse.

Ángeles y demonios sobrevolaban Europa del Este, mientras discutían acaloradamente.

—¿Y cuáles serían esas otras consecuencias? ¿Acaso serían peores de lo que están haciendo ahora, cobrándose la vida de miles de inocentes? —inquirió molesto el arcángel Miguel.

—Pues, claro, todo podría ser peor. Podríamos ocasionar de una vez por todas la tan esperada Tercera Guerra Mundial. Lo conseguiríamos en un abrir y cerrar de ojos, si lo quisiéramos. Ustedes lo saben. Pero eso no está en nuestros planes por ahora. Necesitamos cosechar cierto número de almas para cumplir las metas demográficas incluidas en el plan quinquenal de nuestra alteza Lucifer. El inframundo siempre necesita sangre fresca. Luego debemos ocuparnos de la lunática de Lilith, quien está armando una revolución para derrocar a nuestro rey.

—Lo que están haciendo no tiene ninguna justificación —dijo Gabriel—. ¿No han cosechado suficientes almas con lo de la pandemia de la COVID-19? Millones de ucranianos han sido desplazados. Están desgastando a Ucrania y provocando una hambruna. ¿Qué quieren? ¿Un nuevo Holocausto?, ¿un nuevo Holodomor?

—Ay, Gabriel, ¡no exageres! —dijo Bael con gesto burlón—. Tú siempre tan quejica. Esto solo durará unos meses. Además, ustedes también se vieron favorecidos con lo de la pandemia de la COVID-19. Incluso más que nosotros. No creas que no hemos sacado la cuenta de la cantidad de médicos, enfermeras, paramédicos y hasta sacerdotes que han muerto en cumplimiento de su deber. Muertes heroicas, dignas, ejemplarizantes. Y toda esa cosecha de almas va para el Orden.

—De hecho, según nuestras cuentas, sumando los niños inocentes y los ancianos que murieron en paz, ustedes cosecharon más almas que nosotros durante la pandemia. Por eso estamos cubriendo ese déficit con lo de Ucrania. Necesitamos unos cuantos meses más de muertes violentas y degradantes. Con eso equilibraremos cuentas —afirmó Belcebú.

—Claro, eso dicen siempre. Que con unos meses les basta. Y, luego, estas cosas duran años —se quejó Gabriel.

—Además, no sería la primera vez que un asunto como este se les va de las manos —dijo Miguel—. ¿O no recuerdan cuando en junio de 1914, en Sarajevo, asesinaron al archiduque Francisco Fernando, heredero de la Corona austrohúngara? Recuerdo clarito que dijeron que eso no pasaría de un sangriento conflicto en los Balcanes. ¿Y en qué derivó? En la Primera Guerra Mundial con sus sesenta millones de muertos. —Nosotros solo le damos un empujoncito a lo que los humanos aman hacer —dijo Bael—. Sucumbir a sus más bajas pasiones, sean bélicas o de otra índole. Además, Miguelito, no te quejes tanto. De los sesenta millones de espíritus, a ustedes les tocó no menos del 33 %.

—Y no les bastó con iniciar la Primera Guerra Mundial. Dieron

rienda suelta a una Segunda, engendrando a uno de los más fieles discípulos del inframundo, Adolf Hitler. Siento repulsión al mencionar su nombre —dijo Gabriel—. Mató a millones de judíos inocentes con el Holocausto, con esa absurda idea de la raza aria y el nazismo. ¡Por favor! ¡Todos somos hijos de los dioses! ¡No hay seres superiores a otros, somos iguales!

—Y de las almas de los seis millones de judíos que murieron en el Holocausto, ustedes cosecharon no menos del 70 %. Pero un generalísimo como nuestro Adolf Hitler bien vale ese precio —dijo el señor de las moscas—. Claro, se comportó como un cobarde cuando se quitó la vida en el búnker, en vez de afrontar la derrota como un verdadero líder. Por eso, tuvimos que propinarle unas décadas extras de tormento. Para que no flaquee en los momentos de presión.

—Es cuestión de sacar cuentas —dijo Bael—. Con cada guerra nosotros ganamos y ustedes también. De la guerra civil estadounidense ustedes obtuvieron a un Lincoln. De la lucha por los derechos civiles, ustedes han sacado íconos como Mandela o Martin Luther King. Podemos tener diferencias de método, pero al final ganamos ambos. Es mucho más peligroso lo que está haciendo Lilith. Sin balas, está cambiando esquemas. Con mano zurda, está erosionando lentamente el patriarcado. Y si el patriarcado cae, peligra la estabilidad de nuestras respectivas jerarquías. Entonces, ¿nos van a dejar hacer nuestro trabajo o van a seguir entreteniéndonos?

—No se lo pondremos tan fácil —dijo Miguel—. Nos quedaremos aquí, en Ucrania, para velar por las víctimas. Iremos a los hospitales a salvar vidas, ayudaremos a los ucranianos a llegar sanos y salvos a los países eslavos vecinos. Les proveeremos de comida, techo y bienestar mientras ustedes terminan este desastre.

—Está bien mientras no se interpongan en el conflicto —dijo Belcebú—. Nosotros no tenemos inconvenientes en que ustedes cosechen sus almas, siempre y cuando nos dejen cosechar las nuestras.

—Entonces, tregua —dijeron los arcángeles Miguel y Gabriel.

—Tregua —dijeron el señor de las moscas y Bael—. Y, por favor, sugiéranle a su alteza Yavé que nos eche una mano con el asunto de Lilith. No debemos dejar que su insumisión se nos escape de control.

Y fue así como, luego de una larga plática, ángeles y demonios hicieron su trabajo en Ucrania y el resto del mundo. Las majestades satánicas ocasionaban pugnas bélicas, matanzas degradantes y actos inhumanos. Los jerarcas celestes procuraban aliviar el daño salvando vidas y llevando la esperanza a los corazones buenos. Y en el proceso, ambos cosechaban almas para sus respectivos bandos.

El cónclave de las entidades del Orden y el Caos

I

El centro cósmico seguía vibrando como siempre. Su infinita potencialidad sin extensión seguía extendiéndose, explorando todas las posibilidades e imposibilidades.

En un momento sin tiempo, en un instante que ningún reloj podrá medir o registrar, el centro cósmico fue el lugar neutral para un cónclave entre las entidades del Orden y el Caos.

En un salón luminiscente, se encontraban reunidos los más altos jerarcas celestes, liderados por Yavé. Había millones de ángeles presentes. Entre ellos destacaban su alteza Miguel, jefazo de los ejércitos celestes; el arcángel Uriel, el encargado de las tierras y de los templos de Yavé; el arcángel Raguel, el encargado de la justicia, de la imparcialidad y de la armonía; el arcángel Morilón, el vínculo entre el macrocosmos y el microcosmos, controlador del hilo de la vida de los mortales; el ángel Sinahel, el encargado de los espíritus de los humanos que pecan; y el ángel Haziel, guardaespaldas personal de Yavé.

Lucifer hizo acto de presencia, en forma humana, como un hombre de extraordinaria belleza, junto con millones de demonios, acompañado de sus más fieles generales y capitanes: Azazel, Dantalián, Mefistófeles, Asmodeo, Leviatán, Belcebú y Belfegor, quienes optaron por seguir a su amo y mostrarse como seres divinamente perfectos. Estaban custodiados por fantasmas, espíritus malignos y ogros.

—Supongo que se preguntarán por qué los he convocado a todos acá —expresó con voz clara y fuerte Yavé—. Debo informarles que una facción femenina de las majestades satánicas del Caos está causando estragos en la tierra, colocando en peligro nuestras actuales jerarquías de poder. De hecho, los he convocado para acordar una tregua, porque Lilith está levantando una revolución entre seres celestes y terrenales. Pretende acabar con el patriarcado en todas las dimensiones, tanto espirituales como materiales. Eso sería catastrófico tanto para el Orden como para el Caos. Es el principio masculino, tanto en su forma ordenada como en su forma caótica, el que permite que el universo se mantenga en constante expansión. Todos sabemos que el principio femenino es simplemente pasivo, receptivo. Y, por supuesto, sería terrible que una idea así se le ocurriera a la sumisa Eva o a la inmaculada Virgen María. Por eso necesitamos una alianza contigo, Lucifer, y tus esbirros.

—Hola, Yavé. Hacía eones que no te veía. Lilith pretende derrocarme y no podemos dejar que eso suceda. Las mujeres son hormonales, viscerales y erráticas. Y tal como dices, son la parte pasiva de la creación. Sería una calamidad que ellas tomaran el mando.

—¿Dónde está Anneke y su clan de brujas? ¿También te han abandonado? —preguntó Yavé.

—Me temo que sí —reconoció Lucifer—. Se han ido con la maldita Lilith. Al igual que mis hijas, han seguido a su madre. ¡Traidoras!

—Con ellas se fueron también los gnomos, los elfos, los duendes y las hadas. Se sentían infravalorados, decían los muy desdichados —replicó Yavé.

—Con el permiso de vuestras excelencias —intervino el arcángel Morilón—. Esta va a ser un guerra larga y sutil. Precisamente porque representa el principio receptivo de la creación, una insumisión femenina no va a ser frontal. Los hombres no saben mucho

de sutilezas: lideran grandes ejércitos, se baten en batallas cruentas y sangrientas. Y se sabe que detrás de todo gran hombre hay una mujer. La mujer, en cambio, tiene otras herramientas. Yo creo que ellas librarán una guerra cultural, ideológica, sexual… Intentarán colonizar la subjetividad de las nuevas generaciones.

—¿Y cómo colonizarán sus mentes? —preguntó Yavé.

—Debo decir que, hoy en día, tienen muchos medios a su disposición —prosiguió Morilón—. Antes, cuando una mujer era sometida o abusada, los hechos eran fáciles de callar. Pero ahora, hasta la noticia del más mínimo abuso se multiplica por las redes sociales. Además, las mujeres han avanzado en el sistema educativo, en los medios de comunicación social, en las estructuras de Gobierno, en el imaginario colectivo. En realidad, Lilith y sus seguidoras saben que tienen muchas armas a su favor. En ninguna época de la historia el patriarcado ha estado tan amenazado como en el siglo xxi.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntaron Lucifer y Yavé al unísono.

—Yo creo que debemos tomar una acción directa y aplastar esa rebelión. Tenemos la fuerza. Tenemos las armas. Tenemos la tradición —afirmó Dantalián.

—No es tiempo para acciones directas —dijo el ángel custodio Sinahel—. Sé, Dantalián, que estás acostumbrado a salvajadas como la de Chernóbil y la de Kabul, que fue un desastre táctico y estratégico. ¿A quién se le ocurre debilitar un bastión del patriarcado como lo eran los talibanes? Esos errores se pagan caro. Ahora nos toca actuar con mano izquierda.

—Y ya sabemos, por sabiduría, que tu mano izquierda no debe saber lo que hace tu mano derecha —sentenció Yavé.

—Exacto —confirmó Lucifer—. Debemos reducir, al mínimo, la presencia femenina en nuestros puestos de comando. Debemos cuidar

cada paso que damos y evitar la fuga de información.

II

Al este del inframundo, en cierta región del Caos, tuvo lugar otra reunión: un lugar de encuentro donde las almas opuestas al patriarcado organizaban una creciente legión que se oponía tanto a la Jerarquía del Orden como a las Majestades del Caos. Buscaban un punto intermedio.

Las diosas Ninkasi, Acila, Ceres, Ceridwen, Gabjauja, Hoppiata, Icovellauna, Isis, Kamui Fuchi, Kuul Gossaih, Mbaba Mwana Waresa y Raugutiene estaban presentes. También los gnomos, los elfos, los duendes y las hadas. Asimismo, los espíritus de las alewives, lideradas por Anneke, la Sayona y sus hijas —Alouqua y Lilin—, y otras fantasmagorías del sur. Por último, destacaba la presencia del espíritu de Mata Hari, quien desde hacía unos meses se desempeñaba como secretaria de Lilith.

Había rumores sobre una ardiente relación íntima entre ellas. Mata Hari había llegado embarazada al búnker de Lilith, pidiendo asilo. Según su versión, las huestes del Caos querían apoderarse de la criatura por nacer, ya que era hija de uno de los jefazos del inframundo. Mata Hari alumbró a una niña a la que llamaron Lilian. Lilith se había encariñado con la recién nacida. Y después se había encariñado apasionadamente de la madre.

—La insurrección del matriarcado es inevitable —sentenció Lilith—. No hay poder cósmico que pueda impedirlo. Por cierto, Eva, muchas gracias por apoyar esta rebelión. La información que has venido suministrando ha sido de gran utilidad.

La presencia de Eva, esposa de Adán, había sorprendido a la asamblea. Eva era una de las figuras icónicas del patriarcado. Y con su milenaria sumisión —que había servido de modelo para generaciones de mujeres obedientes— había contribuido a la consolidación del

machismo en el planeta.

—He reflexionado mucho antes de tomar esta decisión —dijo Eva—. Estoy cansada del rol que he jugado en la historia humana. Estoy harta de representar a la culpable, a la tentadora, a la mujer cuyo pecado condenó a la especie humana a perder el paraíso. No quiero seguir siendo una simple «costilla» de Adán hasta el final de los tiempos. Aunque pertenezcamos a diferentes bandos, hoy nos une un fin en común: la victoria del matriarcado. Todas las que estamos acá apoyamos tu rebelión y tu misión, Lilith.

—Gracias, Eva. Agradezco tu apoyo al movimiento —dijo Lilith—. Y como Eva, tenemos muchos apoyos tanto en las legiones del Orden como del Caos. No puedo mencionar nombres, porque podría poner a valiosas aliadas en peligro. Tal como ellos lo han dicho, esta guerra va a ser larga. Pero sé que, al final, prevaleceremos.

III

La guerra entre el patriarcado y el matriarcado está en pleno desarrollo.

Los cambios se dan a nivel global. A distintas velocidades. Con avances y retrocesos. Numerosas fuerzas visibles de cambio social las lideran. Y cuentan con el apoyo invisible de múltiples y poderosas fuerzas espirituales.

En Occidente, las huestes opuestas al patriarcado consiguen resonantes victorias cada día.

Las leyes a favor del aborto han emancipado a las mujeres del control de la tradición religiosa y la criminalización de las antiguas normas. Le han devuelto a la mujer la capacidad de decidir sobre su cuerpo y sobre su vida.

La representación de la mujer en los medios de comunicación

social ha dado un giro drástico. La visión de la fémina como simple ama de casa, como modesto apoyo del varón, como sumisa esposa atada al matrimonio se desvanece, y tanto en la vida real como en las películas y series de TV vemos a mujeres líderes, mujeres guerreras, mujeres profesionales, mujeres presidentas, mujeres dueñas de transnacionales cerveceras —tanto artesanales como industriales—, mujeres capaces de realizar cualquier labor que les estaba prohibida en el pasado.

Hoy, en ciertas partes del mundo, la mujer que elige amar a otra mujer ya no es objeto de discriminación, sino sujeto con libertad de autorrealizarse, con derecho a desposar a su mujer amada.

Incluso, los varones que quieren mostrar su lado más femenino pueden hacerlo con libertad. Y tanto hombres como mujeres que no quieren responder al estricto condicionamiento binario del pasado pueden elegir libremente otras opciones no binarias para manifestarse física, afectiva, emocional y sexualmente.

Por otra parte, en ciertas regiones del mundo, la mujer sigue condenada a las vejaciones y maltratos de siempre. Tiranizadas por tradiciones retrógradas; por interpretaciones religiosas absurdas; por condiciones laborales, familiares, sociales y políticas que la relegan a un plano de indignidad. Niñas cuyos genitales son mutilados. Homosexuales que son condenados a muerte por su orientación sexual. Transgéneros que no pueden obtener un certificado de identidad acorde al aspecto físico que han elegido tener.

Finalmente, hay sitios del planeta donde la insumisión de Lilith, tras lograr conquistas que son razonables, están llevando la situación a extremos marcados por el odio, la retaliación y la venganza.

Sitios donde nacer hombre es ahora sinónimo de vergüenza, de pecado.

Sitios donde las palabras «varón» o «macho» se han convertido

en malas palabras.

Sitios donde la palabra «papá» ha sido eliminada del diccionario.

Sitios donde la representación del hombre en los medios de comunicación social y las películas es absolutamente negativa, estereotipada, ridiculizada.

Cierta noche, reunidas las lugartenientes de Lilith en consejo, evaluaron los éxitos y las derrotas obtenidos. Y Lilith les dijo, como si estuviera en un trance místico:

—Yo tengo este sueño. Un día toda mujer se elevará sobre todo hombre y vivirá el verdadero significado de este mantra: «Todas las mujeres son iguales entre sí y superiores, tanto individual como colectivamente, a los hombres». Yo tengo este sueño. Un día los hombres de los países islámicos irán cubiertos de pies a cabeza y caminarán de manera sumisa detrás de sus esposas. Y las mujeres rezarán al frente de sus mezquitas, con los hombres orando detrás de ellas.

»Yo tengo este sueño. En cada país de la Tierra, desde el más rico hasta el más pobre, al hombre le será negado cada derecho que, en el pasado, le fue negado a la mujer: el derecho al voto, el derecho al estudio, el derecho a ganar su salario, el derecho a tener propiedades, el derecho a dar sermones en los púlpitos de las iglesias. ¡Todo eso nos lo negaron ellos en los siglos que nos precedieron! ¡Ahora nosotros se lo negaremos a ellos! ¡Yo tengo un sueño hoy! Yo tengo este sueño. Un día, cada hombre de este mundo, viejo o joven, se verá reducido al miserable cumplimiento de las labores domésticas; se verá condicionado a los trabajos más indignos, sucios y pesados. ¡Todo será miseria y desdicha para ellos, así como en el pasado lo fue para nosotras! ¡Yo tengo ese sueño hoy!

Tras la reunión, que finalizó con encendidos aplausos para Lilith, Eva se le acercó para decirle:

—Lilith, creo que estás llevando todo esto demasiado lejos. El propósito era que fuésemos tratadas como iguales. Tampoco se trataba de oprimir al hombre.

—Eva, no te entiendo. Justo ahora que nos está yendo tan bien. ¿Es que acaso no quieres cobrar venganza por haber vivido siempre a la sombra de Adán? ¿Acaso no estabas cansada de ser su costilla?

—Bueno, sí, Lilith. Pero hay hombres terrenales que han sido buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, y ahora están siendo castigados por igual con nuestras normas. No me parece justo.

—¿No te parece justo? Qué interesante. Tú nunca cambiarás, Eva. Nunca.

Lilith sacó un filoso y luminoso cuchillo, que brillaba con un salvaje fulgor rojizo. Cuando estuvo a punto de hender la carne de Eva, ella se defendió con su fuerza celeste haciéndola volar por los aires y caer estrepitosamente al otro extremo del recinto.

—Lilith, por favor, para. No quiero discutir contigo. Estamos del mismo lado. El hecho de no pensar como tú no me convierte en una traidora —replicó Eva, mientras la examante de Lucifer aún yacía en el suelo iracunda.

—Eva, aquí no se valen las medias tintas. Estás conmigo o estás contra mí. Así de simple.

—Entonces, será contra ti, porque estás llevando todo esto demasiado lejos.

De pronto, lo que había comenzado como una riña entre dos entes espirituales femeninos se había convertido en una batalla espiritual. Lilith, que llevaba sangre de vampiros en sus venas, mostró sus colmillos afilados y de un salto la atacó con una casi letal mordida en el cuello, pero al hacerlo su boca se paralizó al hacer contacto con

la sangre bendita de Eva. Esta, por su parte, aprovechó el momento de debilidad de su oponente para tomarla con vehemencia por el cuello con la intención de asfixiarla y lo estaba consiguiendo, cuando Lilith reaccionó, clavándole sus afiladas uñas en la parte baja del estómago. Eva se retorció de dolor, pero no lo suficiente como para propinarle otro golpe celestial que la tomó por sorpresa. En eso, intervino Anneke Hendricks, líder de las *alewives*, quien les dijo:

¡Basta ya! Se supone que estamos en el mismo equipo. Esta absurda pelea no tiene sentido. Nuestro adversario es el hombre y mientras nos dividamos ellos vencerán.

—Anneke, tiene razón mamá —afirmó Alouqua, la primogénita de Lilith—. ¿Es que acaso no se han dado cuenta de que las dos más grandes mujeres de la historia están destinadas a vivir con culpa?

—Por un lado, tú. ¡La dulce Eva! Quien, a pesar de ser la sumisa mujer de Adán, como lo habían supuesto los jerarcas del Orden, fuiste víctima de la furia desproporcionada de Yavé por haber incumplido una sola vez. Por desobedecer una maldita vez, por una única vez te convertiste en la pecadora por excelencia y culpable de todas las calamidades de la humanidad —explicó Anneke a la primera mujer creada por el Orden.

—Por otro parte, estás tú, madre. Quien por tener la osadía de vivir en igualdad te fuiste del paraíso. Ahora eres un demonio lujurioso que va cazando hombres por doquier. Ambas han sido víctimas, pero se han convertido en guerreras y defensoras del matriarcado —explicó Alouqua.

Todas las deidades, brujas, sacerdotisas y demás fantasmagorías femeninas aplaudieron de pie las palabras de Anneke y Alouqua en el este del inframundo. Y para celebrarlo la dirigente de las *alewives* sorprendió a los presentes.

Y para festejar que somos más fuertes, grandes, capaces y unidas que nunca, he aquí una sorpresa.

Entonces, de pronto, en lo más profundo de las tierras del inframundo, brotó una gran estructura hecha de barrotes de hierro, era toda una jaula. Y ahí yacían dos hombres, completamente desnudos, vejados, maniatados, pero con un particular encanto que llamó la atención de todas, en especial de Lilith. Eran dos pelirrojos, con aspecto de irlandeses.

—Creo que estos especímenes no necesitan presentación —comentó Anneke—. Ustedes saben perfectamente que bajo esos rostros de muchachos cándidos, de amigos confiables, se esconden un par de bastardos que trabajan en equipo. Uno, Mortimer O'Flannagan, un pirómano responsable de cientos de incendios que han acabado con la vida de miles de *alewives*; otro, James Joyce, que hace el papel de tonto, que engatusa a nuestras agentes mientras se las pone en bandeja a su socio.

Una Lilith lujuriosa se acercó a ellos. Tomó a Joyce por la quijada y le dio un beso profundo, apasionado, deslizando su lengua hasta lo más profundo de la garganta de aquel tipo. Entonces hendió la carne del hombre a la altura del ombligo. Lo abrió en canal y sus vísceras se desparramaron por el suelo, mientras maldecía con su elegante acento de Cardiff.

Lilith tomó el corazón de su víctima y, alzándolo con aire triunfal, les dijo a las *alewives*:

Venid y comed todas de él porque este es el cuerpo de un maldito feminicida. ¡Nútranse con su sabroso cuerpo! ¡Porque su alma sufrirá condenación eterna!

En eso, intervino Anneke Hendricks, líder de las alewives, quien le dijo a Lilith:

—Mi señora, tengo una sugerencia. Hagamos con el bastardo que queda, Mortimer O'Flannagan, lo mismo que hicimos con el hijo de puta de Albert van der Hulst. ¡Pongámoslo a arder en una hoguera que jamás se apagará!

—¡Propuesta aprobada! —celebró Lilith, cuyos labios chorreaban con la sangre aún caliente del corazón de James Joyce.

Mata Hari, su secretaria y amante, se acercó para disfrutar del banquete.

La esencia espiritual de Mortimer O'Flannagan fue colocada sobre una hoguera de fuego eterno. Así, comenzó a arder en medio de una lumbre que no se apagaría en ningún otro tiempo. Sus interminables gritos de auxilio no serán escuchados por nadie. Sus gemidos de angustia resonarán para siempre en cierto lugar ubicado al este del inframundo, en la que el tiempo no transcurriría nunca jamás.

Para Lilith

Me enamoré de ti desde el día que te vi en el paraíso. Supe que pasaríamos la eternidad juntos, siendo felices. Amándonos el uno al otro, devorándonos hasta el fin de los tiempos. Tu belleza era tan embriagadora como tu personalidad, libre y espontánea. Los Jerarcas del Orden nos habían creado para dar comienzo a la humanidad, llena de sosiego, calma y ventura.

Pero tú preferiste unirte a las fuerzas del Caos, de la Incertidumbre. Te exiliaste a orillas del mar Rojo. Tus palabras aún resuenan en mi cabeza como un martillo que despedaza una roca:

—¿Por qué debo permanecer debajo de ti? Yo también fui hecha con polvo y, por tanto, soy tu igual. Así que estoy muy lejos de rendirme a tus pies.

Pensabas desatinadamente que estabas obligada a obedecerme, pero nada más lejos de la realidad. Aunque debo decir que tu insolencia llegó muy lejos al expresar el nombre de los dioses en vano, al punto de abandonarme sin la más mínima vergüenza.

Un ejército de ángeles fue a buscarte con el fin de redimirte. Sin embargo, los esfuerzos fueron infructuosos. Dejaste a gusto El Paraíso, que para ti se había convertido claramente en un suplicio.

Te transformaste en un ente maldito, maléfico.

Un ser oscuro, una ramera que se enredó con Lucifer.

Mientras tanto, me hundí en la desdicha de un desamor displicente junto a Eva, cuya ingenuidad nos llevó el destierro, a la humillación perpetua. Nuestros padres solo nos habían pedido una única cosa: no comer del árbol prohibido. Pero ella desobedeció a lo

impensable, convirtiendo mi vida en una condenación eterna.

Desde entonces, vivo en la más absoluta miseria, en la desgracia, casi en la indigencia.

¿Cómo pudiste abandonar a tu marido y el Jardín del Edén?

¡Maldita sea!

Miles de años han pasado y todavía sollozo por ti, mi Lilith.

Pudimos ser los hijos dignos del Orden. Al igual que yo, fuiste hecha puramente de polvo, aunque afirmaras que fue diferente contigo. Siempre pensaste que te forjaste del fango y la inmundicia. Prefiero no creer tan vil mentira. Sin embargo, decidiste rebelarte contra los designios divinos y mostrar tu carácter rebelde, dejándome a la deriva, pudriéndome en el hastío de los brazos de una mujer lánguida, sosa y sumisa que está muy lejos de ser tú.

Es mucho lo que se dice de ti. Una parte de los humanos, los más conservadores, te llaman la mujer fatal de la historia. Una suerte de súcubo sensual, una provocadora representación de la perdición de los hombres. He sabido también que has engendrado muchos hijos con el semen que estos derraman durante sus sueños eróticos. Una digna encarnación de la belleza maligna, así como la madre de la desobediencia y del adulterio.

Pero otras personas consideran tu historia extraordinariamente hermosa, digna de ser contada. Te consideran la invocación en defensa de la dignidad, personificada en una mujer que tuvo la valentía de rebelarse contra los mismísimos dioses, para no vivir arrodillada ante mis caprichos.

Te has convertido, Lilith, en el bastión feminista del siglo XXI. Los *millennials* y la generación Z son tus fieles admiradores.

He querido escribirte estas líneas porque, a pesar de todo, ¡te extraño, carajo! ¡Te amo con mi purulento corazón, que aún sangra

por ti! Me he quedado sin alma, después de todo. Solo quiero que vuelvas a mí y me des una oportunidad de mostrarte que soy mejor que cualquier pérfido demonio, que puedo darte lo que Lucifer no puede.

Seré tu esclavo, tu sirviente, tu más fiel lacayo en el Inframundo, por los siglos de los siglos. Estaré acompañándote en la más sórdida oscuridad.

¡¡¡Vuelve, Lilith!!! ¡¡¡Vuelve, amada mía!!!

Siempre tuyo,

Adán

PARTE IX
LA SAGA DE FORTUNATA ABRAXAS HANSEN GREEN (REPRISE)

«Una verdadera wiccana, un verdadero druida tiene cinco deberes: debe saber los conocimientos para practicar los ritos mágicos, debe atreverse a ponerlos en práctica, debe querer la manifestación de sus deseos, debe permanecer callado respecto a lo que hace y debe crecer al mismo ritmo que el mundo que le vio nacer».

El corazón de Abraxas

«Saber se corresponde con el aire; atreverse se corresponde con el agua; querer se corresponde con el fuego; callar se corresponde con la tierra.

Y el quinto elemento, que es el espíritu, se corresponde con evolucionar».

El corazón de Abraxas

El descubrimiento

I

Regresé a Londres un par de semanas después de colaborar con Scotland Yard. Parecía que lo de *misses* White había sido resuelto, al menos para la policía. Pero su paradero seguía siendo una interrogante, tenía muchas preguntas en mi cabeza. Igual que Peter Seaver, de quien no volví a oír jamás desde el fatídico incidente hace algunos años, me pregunto si ambos seguirán con vida. ¿Estarán fuera de peligro?

Por su parte, el abuelo Green comenzó a visitarme una vez por semana. Así que aproveché para hacerle muchas preguntas sobre *misses* White y Peter Seaver. Me contó que tenía a algunos de sus amigos hechiceros tras su pista, pero aún no había descubierto nada que pudiera serle útil. La situación era un total misterio; sin embargo, estaba seguro de que los agentes celestes estaban detrás de todo esto.

Durante nuestras pláticas aprendí también muchísimas otras cosas sobre mi vida.

Cosas que desconocía totalmente.

Me contó que él había sido un demonio que había servido a las majestades del Caos. Por su parte, la abuela, al igual que mamá, provenía de una poderosa legión de brujas, conocida como las *alewives*. En la Edad Media fueron consideradas grandes hechiceras. Dieron origen a la cerveza, lo que les había otorgado independencia, respeto ante la sociedad y cierto poder sobre los hombres. Pero su poder les fue arrebatado por los Jerarcas del Orden, quienes consideraban que su actividad afectaba la estabilidad del patriarcado.

Así, los jerarcas celestes iniciaron una cacería de brujas, a través de Braam van der Hulst, el más fiero inquisidor de toda la historia. Quemó vivas a miles de *alewives* en la hoguera, arrebatándoles además el poderío que tenían sobre la bebida espumosa.

—Ahora entiendo mi gusto por la cerveza artesanal —le dije al abuelo.

—Pero tu madre, por alguna razón, era mucho más que una simple *alewife*. Podía predecir, adivinar o conocer lo que iba a suceder en el futuro.

—Y si podía ver el futuro, ¿cómo es que no pudo ver venir su muerte?

—¡Ay, hija! Desafortunadamente, tu madre podía ver solo el futuro de los demás. No podía ver lo que el universo le tenía deparado para ella.

—Abuelo, ¿y qué papel juega papá en toda esta historia? Mamá era un ser mágico, con habilidades espirituales que parecía ocultarle a papá, pero que nos transmitió a mi hermana y a mí desde muy niñas. Mamá odiaba el patriarcado y todo lo que representaba. Pero afirmaba que papá era la excepción a la regla. Decía que era un hombre bueno, que siempre la vio como su igual. Por eso se amaban y se respetaban. También recuerdo que a papá le encantaba la comida de mamá, pero le repugnaba la cerveza artesanal que ella preparaba. Prefería beber las cervezas comerciales de sabores más típicos. Abuelo, ¿quién era realmente mi papá? ¿Era el simple diplomático noruego que conocí? ¿O era algo más? Necesito saber la verdad.

—Mi querida Fortunata, ¡tu mamá era tan terca como tu abuela! Tu papá, Fausto Vang, era en realidad Ariel, un querubín celestial, discípulo del Orden, por supuesto. Los querubines son la segunda jerarquía más alta de los ángeles, guardianes de la luz y las estrellas. Lucifer solía ser un ángel querubín, a quien se le llamaba el

portador de luz antes de pecar en contra de Yavé. Pese a su origen, tu papá amaba a tu madre como ningún otro ente oscuro o demonio alguno la quiso jamás. Evidentemente, las majestades satánicas y los jerarcas celestes no debían enterarse de tan absurda unión, por lo que tus padres decidieron recurrir a las *wiccanas* y druidas celtas, brujas y hechiceros considerados como los equilibradores de lo espiritual y lo material.

»Ellas abrieron un umbral a dimensiones superiores de existencia y llevaron a tu mamá y a tu papá hasta Mapor City, donde nacieron tu hermana y tú. Se trata, como ya te dije, de la urbe más grande de la elipse de Gavona. Es una metrópolis espiritual que no está registrada en ningún mapa humano, a la que puedes acceder a través de grietas metafísicas vedadas a los seres de carne y hueso. Ellos tenían una buena razón para refugiarse en Mapor City. Allí vivía tu abuela paterna, Kornelia Roeg de Hansen, una discípula del Orden, una angelina de rango menor que se había decantado por la opción del equilibrio. A los jefazos del Orden, el comportamiento de tu abuela Kornelia Roeg les parecía caprichoso. Pero no tan grave como si se hubiera unido a las filas del Caos.

—Sigo sin entender… Nací en una ciudad espiritual donde lo bueno y lo malo se equilibran. Papá es un querubín. Mamá es una bruja. Mi abuela Kornelia era una renegada del Orden que buscaba el equilibrio. Y entonces, ¿cómo es que soy solo una discípula del Caos? ¿Y dónde queda mi hermana en todo esto?

—No te me adelantes, Fortunata, aún no he terminado la historia.

—Entiendo, abuelo. Prosigue, entonces, porque me tienes con el alma en un hilo.

—Ustedes vivieron allí un par de años antes de regresar a la tierra. Las dos jerarquías, Orden y Caos, buscaban a sus padres para castigarlos por mezclarse con el enemigo. Un buen día, tu madre salió de Mapor City a visitarnos a tu abuela y a mí. Ese día, un ente del

Orden la vio y la siguió de regreso. Entonces descubrieron toda la verdad sobre su enlace amoroso y su descendencia aberrante, por la que recorría sangre de ambas facciones. La mezcla era algo imposible de aceptar para los jerarcas del Orden. A las majestades satánicas no les importaba tanto. Se tomaban menos en serio esos asuntos. En estos casos, ellos eran los benevolentes. Así que la única manera de que ellos pudieran estar juntos era que tu padre fuera despojado de sus habilidades como querubín.

»Sus alas le fueron arrancadas como quien mutila a un animal de manera despiadada. Y así pasó a convertirse en fiel sirviente de las majestades del Caos. Ahora es mano derecha de Belcebú, el señor de las moscas. Juntos cosechan almas para el inframundo. Pero para los jerarcas celestes eso no fue suficiente. Y como venganza, tu abuela paterna, Kornelia Roeg de Vang, fue secuestrada por Albert van der Hulst, quien le dio muerte de manera cruel y despiadada. Pero nuestra querida aliada Anneke Hendricks y sus poderosas brujas *alewives* vengaron su muerte, condenando a Albert al infierno por toda la eternidad.

Luego de escuchar cada detalle, no pude contener las lágrimas al escuchar toda esa triste historia de mi familia. Lloré desconsolada como si me acabase de enterar del fallecimiento de mi madre. Reviví cada momento, cada tortura que recibió solo por amar al ente equivocado, por proteger a su familia.

—Así que, desde entonces, Felicia y tú, mi amada Fortunata, son por adopción súbditas del Caos. Ciertamente, también la esencia del Orden circula por sus venas. Pero después de la decisión que tomó tu papá, tu legado se deriva de ancestrales principados, viejas potestades, antiguos gobernadores de las tinieblas de este y todos los siglos, caóticas huestes espirituales del inframundo. Como te dije la primera vez que nos vimos acá, no puedes seguir negando, hija mía, tu verdadero linaje. Siéntete orgullosa, nuestra estirpe es la encargada de expandir el universo maestro y lograr su compleción.

—Pero, abuelo, ¿cómo es que mi padre no me ha contado nada de esto? ¿Mi hermana sabe algo?

—Se supone que no deberías saberlo hasta que cumplieras veintisiete años, que es la edad en la que te iniciarías formalmente como discípula del Caos. Sin embargo, debía contarte esto lo antes posible porque tu vida y la de tu hermana corren peligro. En su ser corre sangre mestiza. Recuerda llevar contigo la gema que te otorgué, te protegerá de aquellos que quieran hacerte daño y será tu umbral de acceso a dimensiones espirituales, solo tienes que pedirlo. Hay mucho por hacer en este mundo, ya es hora de tomar el lugar que te corresponde.

—¿Y qué hay de Felicia?

—Por ella no te preocupes. Está a salvo, pero tú no. Preséntate a ella cuanto antes y toma el lugar que te corresponde.

Yo soy Fortunata Abraxas Hansen Green

I

Faltaba solo una semana para mi cumpleaños 27. Estábamos en la víspera del 13 de abril del año 2022. Me hacía gracia cumplir esa edad. La cultura popular le ha dado un aire trágico y fatal a ese número. Y es que una serie de artistas famosos, conocidos por su temperamento difícil, ha muerto en ese punto de la vida en que se es joven, pero no tanto.

Estaba por cumplir la edad en la que habían fallecido celebridades como el guitarrista de los Rolling Stones, Brian Jones; las cantantes Janis Joplin y Amy Winehouse; el líder de The Doors, Jim Morrison; el líder de Nirvana, Kurt Cobain; el dios de la guitarra, Jimi Hendrix; el pintor Jean-Michel Basquiat; el poeta George Trakl, y el rey Faysal de Irak.

Pero yo no era una celebridad, ni una reina ni una diosa, así que no tenía de qué preocuparme.

Cierta mañana, recibí un mensaje de mi hermana y de papá por WhatsApp:

Felicia.— Hola, hermanita. Dentro de unos días ya serás más vieja.

Yo.— Muy graciosa, Felicia. Tú estás casi en los treinta.

Felicia.— Quién dijo treinta, te equivocas, LOL. Papá y yo viajaremos a Ohio para ir a verte. Ahora está en

Caracas, luego de su paso diplomático por Ucrania. Sabes cómo es. Le gusta hacer el bien.

Yo.— Claro, supongo que es una forma de redimirse, ¿no?

Felicia.— ¿Redimirse de qué, Fortunata? No entiendo tu mensaje.

Yo.— De hacer el bien, quise decir, el bendito corrector.

Felicia.— Ah, sí, siempre me pasa lo mismo. Te veo el viernes entonces, llego a las 5 p. m. al John Glenn.

Yo.— Perfecto, pasaré por ti esa misma tarde.

Felicia.— Papá llegará una hora después, así que lo esperamos y nos vamos a cenar.

Yo.— Seguro. Nos vemos, Felicity.

Felicia.— Muy graciosa, rueda de la fortuna, LOL. Nos vemos, hermanita.

II

Busqué a Felicia y a papá en el aeropuerto de John Glenn de Columbus. Después de cuatro años sin vernos, nos fundimos en un fuerte y dulce abrazo. Nos fuimos a cenar a un restaurante cerca del *downtown* de Columbus, Forno, para celebrar mi cumpleaños. Uno de mis lugares favoritos. Compartimos unas deliciosas *pizzas* al horno y un par de cervezas artesanales. Mi hermana me regaló un ejemplar de su libro *Una noche en el Distrito Rojo y otros relatos*. Papá me obsequió un dije de oro con forma de piedra.

Luego fuimos a mi departamento, donde conversamos hasta

altas horas de la noche.

Les conté de las visitas del abuelo, que se me había aparecido en forma de fantasma. Les compartí toda esa extraña cosmogonía que me reveló: las dos facciones que rigen el universo, los jerarcas del Orden y las majestades del Caos.

Que papá era un querubín y fue desterrado al inframundo.

Que mamá provenía de las brujas *alewives*.

Que mi abuela paterna, una discípula del Orden que se había transformado en *wiccana*, había sido asesinada por el sanguinario inquisidor Albert van der Hulst.

Que mi hermana y yo habíamos nacido en Mapor City, la urbe espiritual de los hechiceros que buscan el equilibrio entre lo material y lo espiritual.

Además, les enseñé la piedra que me había regalado el abuelo para protegerme.

Ambos se miraron atónitos por todo lo que estaba diciendo.

—Entonces, estás mucho más lista de lo que pensábamos —dijo Felicia.

—¿Lista para qué? —pregunté.

—Lista para una gran revelación. Dame la piedra que te dio el abuelo, por favor.

Le di la gema. Felicia la tomó entre sus manos. Nos pidió a papá y a mí que cerráramos los ojos. Luego, comenzó a recitar una especie de salmodia, una suerte de mantra que decía:

Noscere, audere, velle, tacere, evolve.
Noscere, audere, velle, tacere, evolve.
Noscere, audere, velle, tacere, evolve…

Felicia pasó algunos minutos recitando esta fórmula mágica. Yo me fui calmando, relajando. Luego, sentí un subidón de energía, como si hubiera comenzado a vibrar a una frecuencia más sutil. Ingresé a una especie de sueño lúcido. Tal como me había dicho el abuelo, la piedra funcionaba como un umbral para acceder a dimensiones metafísicas.

De pronto, todo el departamento brilló con una luz levemente rosácea. Una mujer hermosa surgió a la superficie. Era el espectro de…

—Mamá, ¿eres tú? —pregunté.

—Sí, hija mía. Soy yo.

Felicia y papá miraban la escena embelesados.

—Amada Fortunata, qué alegría siento de volver a verte. Ha llegado un tiempo de revelaciones trascendentales, de secretos que deben ser urgentemente comunicados. Ya el abuelo te ha contado muchas verdades. Pero faltaba la verdad más grande de todas. Tu nacimiento fue un acontecimiento universal. Por tus venas corre la sangre de los grandes paradigmas que rigen el cosmos: el Orden y el Caos. Pero, además, naciste y viviste tus primeros años en Mapor City, una ciudad mágica cuyos habitantes aspiran al equilibrio de lo espiritual y lo físico. Hay mucho poder latente en ti. Hay mucha potencialidad en ti. Tu ser es una simiente divina. Tu alma es la semilla de una diosa que es dios. Esa semilla debe ser sembrada en el centro del universo para que germine, crezca y se desarrolle. Y el nombre de esa semilla es Abraxas.

—¿Abraxas?

—Sí, hija mía. Abraxas, el uno que es dios y diosa. El uno que es bien y mal. El uno que deja atrás las dualidades, las contradicciones, las polaridades. El uno que es equilibrio.

—No puedo creer lo que estás diciendo. ¿Soy una diosa, un dios?

—Aún no. Eres su semilla.

—¿Y qué significa que soy una semilla?

—Que debes tomar el Caos que hay en ti y dominarlo. Que debes tomar el Orden que hay en ti y extenderlo. Y de ese dominio y de esa extensión desarrollarás un equilibrio que podría traer paz a este universo. Equilibrio que podría irradiar una igualdad plena para las mujeres y los hombres de tu mundo. Equilibrio que podría esparcir una igualdad amorosa entre los seres de todos los mundos. Pero antes de eso, la semilla debe ser sembrada. Y para que nazca el uno que es dios y diosa, la semilla debe morir. Pues solo cuando la semilla muere, germina el árbol del ser que tiene dentro. Árbol que dará frutos. Frutos que darán semillas. Semillas que se transformarán en árboles. Árboles que se convertirán en bosque, en tierra, en mundo, en cosmos.

No lo vi venir.

Papá, con sus fuertes brazos, me sometió. Aunque era siervo del Caos, la esencia del Orden circulaba en su ser. Felicia, al igual que yo, tenía Orden y Caos en cada espacio de su alma. Mi hermana le dio la piedra a mamá, que era una legítima descendiente del Caos.

Ellos formaban una trinidad de fuerzas en equilibrio.

Intenté gritar, pero Felicia puso su mano sobre mi frente. Sentí una corriente energética que me paralizó de pies a cabeza.

Entonces mamá alargó su mano derecha y la introdujo entre mis pechos. Con destreza, hendió mi carne con sus filosas uñas. Y luego me arrancó el corazón.

Mi corazón hecho de carne y de sangre.

Sangre que chorreó entre las manos de mamá y salpicó a mi

hermana y a papá.

Sin compasión, mamá arrancó mi corruptible corazón material.

Un corazón que, al igual que otros, murió a la trágica y fatal edad de veintisiete años.

Con la mano izquierda, mamá tomó la gema que le había dado el abuelo y la colocó en el lugar donde había estado mi corazón material. Y dijo, con aire solemne:

—Que la mano izquierda de la oscuridad sepa siempre lo que hace la mano diestra de la luz. Que la mano diestra de la luz sepa siempre lo que hace la mano izquierda de la oscuridad.

Después de algunos minutos, la gema comenzó a palpitar como un corazón de luz y sombra dentro de mi pecho.

Un corazón que no se corrompería con el paso del tiempo.

Un corazón que no bombearía sangre, sino poder. Poder cósmico, espiritual.

En ese momento, Felicia tocó mi pecho y suturó con su energía la herida que me había hecho mamá. Mi piel quedó perfecta, sin marca ni mancha.

De pronto, escuché en mi mente unas palabras que me dictaba mi nuevo corazón.

> Una verdadera *wiccana*, un verdadero druida tiene
> cinco deberes:
> debe saber los conocimientos para practicar los ritos
> mágicos,
> debe atreverse a ponerlos en práctica,
> debe querer la manifestación de sus deseos,
> debe permanecer callado respecto a lo que hace
> y debe crecer al mismo ritmo que el mundo que le

vio nacer.
Noscere, audere, velle, tacere, evolve…

Saber se corresponde con el aire; atreverse se
corresponde con el agua;
querer se corresponde con el fuego;
callar se corresponde con la tierra.

Y el quinto elemento, que es el espíritu, se
corresponde con evolucionar.
Noscere, audere, velle, tacere, evolve…

Ahora no sé quién soy. Y para saber quién soy, tendré que explorar todas las alternativas de mi ser. Y mi ser es el universo.

Soy una infinita potencialidad sin extensión.

Una nada sin centro, sin sustancia, sin forma, pero llena de todas las posibilidades e imposibilidades.

Soy la semilla del dios y de la diosa; la simiente de la diosa y del dios.

Y por delante me queda un camino infinito para evolucionar.

Agradecimientos

Quiero agradecer a Raquel, Francisco y Heizel, mi familia incondicional, por creer en mí por encima de los desafíos. También quiero dar gracias a Carmelo, mi mentor, por impulsar mi pasión por la escritura. A papá, que desde el cielo ha fungido como una gran motivación.

Igualmente, agradezco a mis amigas Valeria, Alba y Daniela, por inspirar algunas de mis historias. También les doy las gracias a Juanita y Andrea por leer los primeros borradores de este libro, por apoyarme y compartir el gusto por la lectura.

Por último, pero no menos importante, a tres de mis autores favoritos: Edgar Allan Poe, Neil Gaiman y Mary Shelley, por inspirarme con su estilo narrativo para contar historias oscuras y fantásticas.

Índice

PARTE I
ORDEN Y CAOS.
UNA CRÓNICA ANTIGUA

La luz que surge en el borde del caos
El lucero del Alba
La insumisión de Lilith

PARTE II
LAS HACEDORAS DE LA BEBIDA SAGRADA

La bebida sagrada
Una noche en el Distrito Rojo
Post scriptum
Con las zapatillas bien puestas

PARTE III
LA MISIÓN DE SINAHEL

El espanto del sur

PARTE IV
LA SAGA DE FORTUNATA HANSEN GREEN

Yo soy Fortunata Hansen Green
Bienvenida a Londres
El sabor de lo prohibido
Rastros perdidos

PARTE V
LA SAGA DE ELENA Y DANTALIÁN

Tiempo de gracia
La mirada de Dantalián
Selección de talento

PARTE VI
LOS CUENTOS DE FELICIA HANSEN GREEN

PARTE VII
CUENTOS, ENCUENTROS Y DESENCUENTROS ENTRE LO HUMANO Y LO DIVINO

El profesor Krampus
El precio de la alta costura
Peliblue
Una decisión irreversible
La noche del Sulcavis
La cita

PARTE VIII
LA SAGA DE LILITH, EVA Y ADÁN

El espectro cautivador
Cosechas de almas
El cónclave de las entidades del Orden y el Caos
Para Lilith

PARTE IX
LA SAGA DE FORTUNATA ABRAXAS HANSEN GREEN (REPRISE)
El descubrimiento
Yo soy Fortunata Abraxas Hansen Green

Agradecimientos